

AQUÍ MANDO YO

HISTORIA ÍNTIMA DE PODEMOS

LUCA COSTANTINI



Índice

Dedicatoria

1. El búnker
2. Los soportales de Bolonia
3. Tania Sánchez, la madrina
4. El amigo americano
5. Te quiero
6. El racimo de uva
7. *Tu quoque*, Carmena
8. *Chicken Game*
9. La caída de los dioses

Epílogo. Ruleta rusa

Agradecimientos

Créditos

A Laura, Eleonora, Maria y Elena.

EL BÚNKER

«¿Me estás llamando errejonista? ¿Me consideras un traidor?», le preguntó enfadado Ramón Espinar a Pablo Iglesias antes de levantarse y marcharse cerrando la puerta de la nueva residencia del líder de Podemos, en el verde y acomodado municipio de Galapagar, provincia de Madrid.

Era un día frío de enero. Más aún en las afueras de la capital, donde el aire era limpio y fresco. Dos agentes de seguridad aguardaban a pocos metros de la entrada de la residencia de Iglesias y su pareja, Irene Montero, número dos de la formación. Ya avanzado el día, llegó al chalet una pequeña delegación de dirigentes del partido. La encabezaba Espinar, hombre de confianza del secretario general, además de compañero de mil batallas y protegido por el propio Iglesias, incluso durante la polémica de especulación sobre un piso social que en su día quitó una pátina de pureza a aquel proyecto que decía poder cambiar por completo España.

El grupo liderado por Espinar se dirigía a una reunión muy delicada. En la residencia se encontraban Iglesias, Montero, sus dos mellizos y la niñera. El encuentro era reservado y se celebraba en lo que irónicamente varios dirigentes de Podemos llamaban el búnker. Este era y es la residencia de la pareja que lidera el partido: un chalet de piedra, protegido por bajos muros y alejado de la jauría madrileña. El encuentro versaba sobre la estrategia a adoptar ante la mayor traición hasta aquel momento conocida en Podemos. Uno de los fundadores, Íñigo Errejón, acababa de anunciar a través de las redes sociales su desafío máximo: entraba en la plataforma creada por Manuela Carmena, la alcaldesa de Madrid, y concurría a las elecciones regionales fuera del partido.

Errejón se había limitado a enviar en aquella mañana del 17 de enero una breve llamada al móvil de Iglesias. Le informaba de su decisión. Sin más. Minutos después había aparecido al lado de Carmena, ella de 75 años, él de 35, para sellar la alianza que suponía el comienzo de la semana más trágica de Podemos. La efeméride era dramática: el partido estaba a punto de cumplir su quinto aniversario.

En la cocina del chalet de Iglesias, durante la reunión con Espinar, pronto se delinearon dos posturas. La frentista y la aperturista. La primera, cómo no, representada por Iglesias, ya ciego de venganza. La segunda, conciliadora, defendida por Espinar, quien, como su interlocutor, acababa de ser padre. «Está claro que Íñigo es un traidor, pero hoy por hoy no nos conviene hacerle la guerra», era el argumento defendido por el hombre de mayor peso de Podemos en Madrid.

En una guerra siempre hay vencedores y vencidos, mientras que en la guerrilla esa dicotomía se difumina. Y resistir significa ganar tiempo. La guerra de guerrilla era el enfoque defendido por Espinar. Una táctica destinada a salvar los muebles, incluso si hacía falta apostando por un preacuerdo electoral con Más Madrid, formación a la que todos ya apodaban «el partido de Errejón».

Iglesias llevaba pocas semanas de su baja de paternidad autoimpuesta. Los meses anteriores habían sido duros. Un parto prematuro y de alto riesgo le había hecho reflexionar sobre el sentido de su trayectoria, y en definitiva de su futuro. Errejón, el antiguo compañero y amigo desde los años del activismo universitario y de las primeras tertulias en el programa *La tuerka*, llevaba meses sin visitarle. Si algo de amistad quedaba, aquel anuncio lanzado en Facebook lo había quemado todo.

«No podemos esperar. Tenemos que decir que Íñigo ha creado un nuevo partido y dejarle al margen de Podemos por la vía de los hechos», apostaba Iglesias, azuzado por Montero, siempre escéptica sobre la lealtad de Errejón. Espinar resistía. Sobre todo en lo tocante a la dura confrontación electoral. «Hay compañeros que se irán con él, tenemos que impedirlo». No todo estaba perdido a su juicio. El concepto de «traición» había calado en las crónicas de los medios de comunicación y también entre los inscritos al partido. La fidelidad es una cualidad muy apreciada en los ambientes políticos, así como en el ejército y en los clanes de la malavida. Pero para Espinar había márgenes de negociación. Sobre todo hacía falta evitar que en la periferia el partido se rompiera tal y como estaba ocurriendo en la capital. Quería ganar tiempo y aislar a Errejón, para demostrar el escaso recorrido de su plataforma, y relanzar un proyecto de convergencia en el que podían caber todas las sensibilidades, sin que por ello se perdiera el «espíritu fundacional» de Podemos.

La conversación subió de intensidad. Hasta niveles jamás imaginados por el entonces vicario madrileño de Podemos. Iglesias empezó a dudar de él. Espinar era el encargado de coordinar a los barones territoriales del partido; eso le otorgaba un poder considerable, aunque el secretario de Organización fuera Pablo Echenique, un pablista de pura cepa. Hasta que la sangre llegó al río. Iglesias acusó a Espinar de ser él también un errejonista, o sea, un conspirador que trabaja en la sombra para desbancarle del trono de Podemos. Una ofensa a la cara. Algo así como tildar en los años treinta a un comunista de trotskista. Y el anticipo de una rápida condena del líder. «¿Me consideras un errejonista, un traidor?», le repreguntó enfadado Espinar. Se levantó y se marchó cerrando la puerta del búnker.

Aquella reunión selló la segunda grave desavenencia interna en tan solo cuatro días. Un punto de inflexión, con Iglesias bloqueado en su vivienda e Irene Montero en el Congreso de los Diputados, echando gasolina al fuego de la polémica. Hubo acusaciones a Errejón de oportunismo y arribismo. Se le pidió que evitara acudir a las reuniones (encuentros, por cierto, a los que llevaba un año sin ir). Hasta se le reprochó no renunciar a su escaño, «porque hasta mayo [fecha de las elecciones autonómicas y municipales] de algo tendrá que vivir», dijo Echenique. El búnker, o fortaleza, adquirido por Iglesias para buscar un nicho de relax, se estaba convirtiendo en casi una cárcel. Los dirigentes del partido le acusaron de cerrarse a todo tipo de crítica y estar alejado de la realidad. Todo eso tan solo seis meses después de la feroz polémica sobre su compra.

Fue a mediados de 2018 cuando se filtró la información de que los Iglesias-Montero se habían hipotecado a treinta años para comprar una vivienda en las afueras de la capital, por un total de 660.000 euros. Una cifra ingente que chirriaba con las acusaciones de especuladores que lanzaban contra sus contrincantes políticos. Y una contradicción con sus promesas de cercanía a los «de abajo», que zanjaron con un referéndum interno y a la búlgara que les otorgó la legitimidad de seguir al mando del partido.

El chalet dispone de jardín, tiene 268 metros cuadrados, cuatro habitaciones y tres baños, además de una piscina que en realidad es pequeña y poco profunda para poder nadar en ella. Un defecto originario que alimentó el enfado de Montero, quien se quejó en privado por el revuelo mediático generado por algo que en su opinión es menor de lo que aparenta. Aun así, sobre el precio a pagar desde el sector inmobiliario aseguran que la operación es un chollo. Que el valor del chalet es de al menos un millón de euros. Mientras que sobre el antiguo propietario sobrevuela un velo de misterio. Nadie sabe quién es. Algo peculiar para una ciudad como Madrid, cuyo círculo de elites es reducido y muy cotilla.

Sectores influyentes de la izquierda madrileña van más allá. Aseguran que detrás de la compra se encuentra el emprendedor y amigo de Iglesias, Jaume Roures. El magnate catalán de la televisión fue quien en los días más duros del golpe a la democracia en Cataluña ofreció su vivienda en Barcelona para celebrar un encuentro entre Iglesias y Oriol Junqueras, líder de ERC. Él se define «amigo» tanto de Iglesias, como de Juan Carlos Monedero y Ariel Jerez, fundadores de Podemos.

En algunas fotos del portal Idealista, que retratan el interior de la vivienda antes de la compraventa, se pueden apreciar en las paredes fotografías de los rostros de históricos líderes del comunismo soviético y chino. Entre ellos, Mao. Rostros del panteón comunista sin duda poco habituales para una residencia ubicada en la sierra, a pocos kilómetros de las villas de la burguesía madrileña que sale de la ciudad el fin de semana. Sobre aquella compra sobrevuela una tercera versión, que apunta a los fondos recibidos desde países de América Latina y con los que Podemos supuestamente había pagado las primeras campañas electorales. Pero esa tesis, que circula en los ambientes de la izquierda de la capital, carece de pruebas y los responsables de Podemos siempre

han negado tener vínculos financieros con los gobiernos populistas de América Latina (Bolivia, Venezuela y Argentina, entre otros). Sobre este punto volveremos luego.

Sea como fuere, el chalet de Galapagar es importante no solo por la incongruencia ideológica, sino también por la iconografía. Esa residencia para adinerados está en las antípodas del barrio rojo de Vallecas, zona popular de la que Iglesias juró no alejarse nunca. Su mudanza fue leída como el símbolo de la hipocresía de dos dirigentes crecidos como activistas en la lucha por la vivienda digna y social. Como en las antiguas dachas de los secretarios comunistas soviéticos, Iglesias asume la costumbre de invitar a su residencia a varios dirigentes para hablar de manera confidencial sobre todo tipo de asuntos. Antes que Espinar, también Carmena le había visitado para intentar cerrar la candidatura conjunta para el Ayuntamiento, que finalmente fracasó.

El chalet de Galapagar también se ha convertido en el símbolo de la deriva personalista de Podemos. En una palabra: hiperliderazgo. Con ese término se explica la degeneración de un instrumento político pensado como colectivo, pero que ha acabado bajo el mando de un solo hombre, o de una sola pareja. Una formación cuyo símbolo es el círculo y que se ha reducido a entidad vertical, en la que el líder hace y deshace a su antojo. Ejemplos de este tipo de formaciones se pueden encontrar en varios partidos o movimientos de la época de la pos Guerra Fría. En Italia, por ejemplo, con los partidos de Berlusconi y el Movimiento 5 Estrellas de Beppe Grillo y la familia Casaleggio, o en Francia, con Marine Le Pen y Emmanuel Macron. También Ciudadanos, el otro actor de la nueva política española, parece inclinado a ese tipo de dinámica.

El personalismo exasperado del líder político suele conducir a su aislamiento. La obsesión por el poder y el temor a las traiciones le empujan a eliminar a todos los versos sueltos. Se rodea de personas de extrema confianza, pero también de lacayos y de dirigentes intelectualmente modestos. Iglesias comienza a tomar esa deriva en enero de 2016, cuando estalla el escándalo de la *Operación Jaque Pastor*. El Pastor es una jugada del ajedrez pensada para ganar un partido en tan solo cuatro movimientos. Si el adversario no lo neutraliza de inmediato, quien lo practique conseguirá un jaque mate en pocos minutos. En aquella época el partido estaba dividido sobre apoyar o no al PSOE de Pedro Sánchez y su gobierno de coalición con Ciudadanos. Iglesias rechazaba esa postura. Quería dar el *sorpasso* al PSOE.

Todo se precipita con el hallazgo de un ordenador abierto en la sede del partido, y *boom*: se descubre un chat liderado por Errejón en el canal encriptado Telegram con directrices para crear lo que los pablistas llamaron el «partido dentro del partido». Ven que Errejón va buscando apoyos en los territorios, concretamente en el País Vasco, Cataluña, Andalucía y Madrid, para plantar cara al líder de Podemos. En el chat participan una decena de personas. Entre ellas hay dirigentes muy destacados: Rita Maestre, Sergio Pascual, José Manuel López y Emilio Delgado, entre otros.

Este grupo fija como primer objetivo tomar el control de la federación madrileña. Y de ahí lanzar un ataque global a Iglesias. Empieza el baile de acusaciones e Iglesias reacciona de inmediato. Cesa al secretario de Organización, Sergio Pascual, amigo

íntimo suyo y de Errejón. Llevaban años juntos en el activismo de izquierda, pero el juego había acabado. Ahora la cuestión va de política y poder. «Aquí ya no hay amigos», sentenció el líder.

De aquel episodio a la reunión entre Iglesias y Espinar en Galapagar han pasado tres años y el partido es irreconocible. El líder aparece cansado, exhausto, desmotivado. El golpe asestado por Errejón y Carmena es demoledor. Algunos empiezan a hablar de un Iglesias «paranoico». «Cuando uno le va a visitar, tiene miedo a preguntarle dónde se encuentra el baño», ironizan. Desde su época de activismo en la Universidad Complutense de Madrid, Iglesias ha crecido con la idea de que la política es como el arte de la guerra. El Sun Tzu vallecano practica un deporte en el que es esencial adelantarse a su enemigo. Errejón, más hábil con la palabra, aprende de él. Y aplica esa táctica sin remordimientos para crearse un espacio político propio fuera de Podemos, y contra él.

Iglesias se siente sobrepasado. Esta vez no ha visto llegar la jugada. Cerrado en el búnker ha desoído a los que le habían alertado. «Hay un vídeo de hace meses en el que está Errejón abrazando a la masa como si fuera John Kennedy, y empieza a verse la M», comentaban esos dirigentes. Son miembros de Podemos. Pero los más atentos son los de IU, a menudo ninguneados por Iglesias y su círculo. «Decíamos que ojo, este [Errejón] es capaz de hacer cualquier cosa, pero nos decían que no, que no... hasta el día antes del anuncio. Pero los de Madrid lo que estábamos percibiendo era esto», añaden *a posteriori*.

El fuego amigo es, además, cruzado. En esos mismos días, Carmena sale y ataca a Iglesias. Asegura que no contará en la lista para el Ayuntamiento con ningún dirigente de Podemos. El tercer partido a nivel nacional se acerca al abismo. Puede quedar fuera del Consistorio y también de la Comunidad, donde hace falta recoger al menos un 5 por ciento de votos para tener representación. Las decenas y decenas de trabajadores del partido, acostumbrados en estos años a vivir con sueldos que llegan hasta los 50.000 euros brutos al año, se echan las manos a la cabeza.

La conjura de Carmena y Errejón, también llamada de las empanadillas, fue un movimiento cocinado y servido en primera persona por la alcaldesa de la capital. Ella llevaba meses alejada de Iglesias y las relaciones eran ya irreconciliables. Se habían reunido tres meses antes, de forma confidencial. Debían debatir sobre los equilibrios de la candidatura mixta, con políticos elegidos por la regidora y miembros de Podemos. Carmena había alertado a Iglesias de que no quería celebrar primarias; que la lista tenía que ser redactada por ella sola, para evitar desbandadas internas. Pero Iglesias le había recordado que las primarias eran obligatorias, que así lo dictaminaban los reglamentos del partido. Rápidamente se rompieron todos los puentes.

Tras intuir el nivel de la conspiración, Iglesias decide que necesita reflexionar y ganar tiempo. Ahora sí lo ve claro. La decisión de Errejón de sumarse a la plataforma de Carmena fue todo menos extemporánea. Y en la operación colaboran tanto la todopoderosa alcaldesa de Madrid, como Tania Sánchez, su excompañera, que había

sido relegada a una posición subalterna en el partido y en el Congreso por su enfrentamiento con Montero. «Tania está en el ajo desde el principio», le aseguran los dirigentes más veteranos. Y el secretario de Organización de Podemos, Echenique, así como Monedero, cargan la tinta de sus mensajes en Internet contra el exnúmero dos.

En la cabeza de Iglesias y de sus dirigentes más afines rebota una idea: que Errejón movió ficha esperando a que Montero volviera de su baja de maternidad, el 9 de enero, e Iglesias se cerrara en el chalet. Prisionero de su decisión de alejarse de la política para dar «ejemplo», deja que Montero ataque: «Los puentes se han dinamitado», afirma en los pasillos del Congreso. En el partido crece el malestar. Hasta que también Espinar tira la toalla. Nadie se lo esperaba. El madrileño no ve amago de acercamiento a Errejón y renuncia a todos sus cargos: el interno y los sillones de senador y diputado de la Asamblea de Madrid. Es un tsunami.

Las paredes de la casa morada empiezan a tambalearse. Iglesias convoca un Consejo Ciudadano extraordinario. Es una reunión en la que la dirección se mide con los dirigentes territoriales. Todos juntos en los poco más de cuarenta metros cuadrados de la sala principal de la sede de Podemos en la calle princesa de Madrid, a los pies de la Gran Vía y a la sombra del Edificio España. Fuera empieza a llover. Los dirigentes locales llegan uno tras otro driblando a los periodistas y las cámaras. Por la mañana se filtra un documento firmado por los barones de Podemos en el que se pide acercarse a Errejón y la distensión. Quieren seguir la vía Espinar de apaciguamiento. Entre ellos hay pablistas como José García Molina, de Castilla-La Mancha, el único que desempeña un cargo de gobierno. Pero la cumbre se cierra en falso. No hay destitución de Errejón ni una hoja de ruta clara a favor de la creación de una plataforma conjunta con Más Madrid.

Casi después de siete horas, errejonistas (los pocos que quedan) y pablistas se cruzan en los bares debajo de la sede del partido. No hablan entre ellos. «Esto se ha atascado, no hemos votado nada», comentan los errejonistas. Creen que todavía hay margen para hablar. Pero se equivocan. Iglesias, que había intervenido por Skype al finalizar el encuentro, ha decidido su estrategia. Contratacará. Habrá guerra y el conflicto será sin cuartel.

Su plan no es nuevo y es conocido en los ambientes del comunismo español. Consiste en evitar que Errejón se presente como una víctima, para que no se convierta en el ganador moral de la contienda. Es lo mismo que le ocurrió a Santiago Carrillo, histórico líder del PCE, en los ochenta. «A Carrillo nunca se le expulsó, ni hubo acta de la comisión de garantía en ese sentido. Hubo una resolución política del Comité Central que consideraba que las posiciones de Carrillo le colocaban fuera de la disciplina y que quedaba autoexcluido del PCE. Esto es lo que ha hecho Íñigo y esta es la respuesta que le ha dado la dirección», recordaba en esos convulsos días de enero uno de los dirigentes más veteranos de Podemos. Mientras, a pocos metros de la calle Princesa, en la calle Ferraz, sede del PSOE, una dirigente socialista comentaba: «Íñigo no sabe la mierda que le va a caer encima».

Ione Belarra, miembro del *entourage* del secretario general, da una ligera pista de lo que ocurrirá en los días siguientes: «El movimiento secreto de Íñigo ha sido un error y nos ha hecho mucho daño. Pero ahora que se ha ido y ha montado otro partido, toca pasar pantalla y habrá que ponerse de acuerdo con su partido y otro más». La idea del «nuevo partido» será repetida hasta la extenuación por los dirigentes de Podemos. Es la expulsión de Errejón por la vía de los hechos. Podemos ya no es su casa.

Se activa la purga pablista. Todos los asesores errejonistas vienen fulminados en pocas horas. Lo mismo le pasa a los de Espinar. Incluso dirigentes de primera fila sospechosos de comulgar con Errejón o Espinar son alejados. Personas involucradas en Podemos desde el comienzo, que habían comido y hablado con Iglesias hasta hace pocas semanas, están apartadas. Algunos logran salvaguardar un pequeño espacio interno. Pero la noche de los cuchillos largos ha comenzado.

Hábilmente Iglesias y Montero no han descubierto sus cartas hasta terminada la reunión con los barones territoriales. Y solo entonces han dado el primer paso de lo que pronto se conocerá como la «respuesta testosterónica» de Iglesias a Errejón. Es decir, una declaración de guerra que si por un lado llama al ostracismo contra el traidor, por el otro se convierte en la frase que Iglesias empleará a partir de entonces para acallar todo tipo de crítica o debates internos: «Aquí mando yo».

LOS SOPORTALES DE BOLONIA

Corre el año 2010. La ciudad italiana de Bolonia está a punto de entrar en la primavera. El invierno, como siempre, ha sido duro y lluvioso. De ahí sus 38 kilómetros de soportales construidos en la época medieval. Debajo de uno de ellos, en pleno centro, se encuentra la Facultad de Ciencias Políticas. Las paredes son rojas anaranjadas, como todas las del centro. Pero hay pintadas. Muchas de ellas hablan de okupación y de las políticas del gobierno de Silvio Berlusconi. Son las que quedan del movimiento estudiantil de la *Onda* (ola) contra los recortes.

Un joven y muy radicalizado Errejón se desplaza a la ciudad italiana. Lo hace casi diez años después de que Pablo Iglesias también pasara por sus calles. Aunque a diferencia de su amigo de la Complu, que vino de Erasmus, él llega para terminar su tesis doctoral. Quiere aclarar algunos asuntos sobre la teoría de Antonio Gramsci, el fundador del Partido Comunista Italiano y muy conocido por el concepto de hegemonía.

La ciudad es activa cultural y políticamente. Pero en primavera es sobre todo un lugar de encuentros, amistades y amores. En las calles son miles los estudiantes que pasean y llenan los bares hasta entrada la noche. La mezcla entre italianos y extranjeros es marca de la ciudad. Errejón saborea ese ambiente, pero no se puede dedicar de pleno a ello. El tiempo corre y debe entregar su trabajo.

El futuro número dos de Podemos se instala en una pequeña vivienda en el centro de la ciudad, donde se quedará hasta el comienzo del verano. Vive cerca del antiguo Mercato di Mezzo, incrustado entre las pequeñas vías más medievales de la urbe. Está muy próximo a la plaza Mayor, donde los tanques americanos dejaron una huella indeleble de su entrada en 1945, y a la pequeña Osteria del Sole, fundada antes del descubrimiento de América (1465) y alcoba de juristas, con grandes mesas de madera compartida y olor a mosto y vino. La leyenda narra que los españoles del Real Colegio de España —también conocidos como bolonios— que durante siglos se desplazaban a la ciudad trasnochaban con frecuencia en esa bodega.

Errejón se quedará seis meses en los que trabaja duro. «Largas horas de trabajo febril, desesperación y entusiasmo», así lo recuerda él mismo. Se dedica de manera compulsiva a la lectura de Gramsci. Aprovecha la edición crítica de Valentino Gerratana

de los *Cuadernos de la cárcel*, realizada por el Instituto Gramsci, el gran centro de promoción cultural del PCI. Su contacto académico es Sandro Mezzadra, experto en estudios poscoloniales y articulista de *Il Manifesto*, el diario fundado en 1969 por Lucio Magri y muy crítico con la corriente mayoritaria del PCI. Es el mismo profesor que antes había conocido a Pablo Iglesias y Rita Maestre, pareja sentimental de Errejón durante su estancia Erasmus en Bolonia. Con ese profesor Errejón habla de la teoría del comunista. Son pocos los encuentros, pero le sirven para encuadrar mejor al intelectual italiano y sacar oro de algunas de sus reflexiones. Sobre todo aquellas que *a posteriori* refuerzan su argumento del aburguesamiento de la izquierda.

Bolonia es conocida en Italia como la ciudad roja. Los comunistas la gobiernan desde los años cincuenta. Es su gran ejemplo del *buongoverno*. En los años setenta, cuando Estados Unidos vivía una profunda crisis política y económica, los americanos instalaron allí incluso una sede de la prestigiosa Johns Hopkins University para estudiar el «caso Bolonia». Su objetivo era desvelar el secreto de la ciudad roja del lado occidental del telón de acero en la que crecía la prosperidad y no la pobreza. Contrariamente a lo que se puede imaginar, la Facultad de Ciencias Políticas en Bolonia, sin embargo, no es roja, sino *blanca*. Sus fundadores fueron en mayoría demócratacristianos y la crearon como contrapoder a los comunistas. Pero el grueso de sus estudiantes lo ignora. Posiblemente también Errejón.

Aunque joven, Errejón no es un novato. En su mochila lleva experiencias que muchos coetáneos habrían envidiado. Pudo ver en primera fila el trabajo de la Asamblea Constituyente en Bolivia de 2006 con Evo Morales. Lo hizo gracias a la Fundación CEPS (Centro de Estudios Políticos y Sociales), el centro de estudio de ideología anticapitalista en el que trabajan también Iglesias y Juan Carlos Monedero. Un lugar de actividad intelectual y política, pero que desaparecerá del mapa poco después de que se descubra que Monedero facturaba a través de una sociedad (Caja de Resistencia Motiva 2) al menos 425.000 euros en lugar de declararlos mediante IRPF. Un escándalo mayúsculo que obligará al fundador e inspirador de Podemos a dar un paso al lado, y que según algunos es la prueba de la financiación oculta del partido, alimentado por gobiernos de la izquierda populista latinoamericana con el fin de desestabilizar al sistema político español. Sus dirigentes siempre han negado tajantemente esas vinculaciones, mientras que hoy en día es imposible buscar información sobre la CEPS en Internet, puesto que su web ya no existe. Un hecho que no deja de ser anómalo y sospechoso.

Forjado en los estudios latinoamericanos, el futuro secretario de Análisis Estratégico de Podemos domina las teorías de autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Pero en Italia busca a pensadores sagrados de la cultura política occidental. Es de buena familia. Su padre es un alto cargo administrativo afiliado al PSOE, pero él está obsesionado con la idea de superar el espacio político de las izquierdas tradicionales. Pertenece a un grupo que lleva años criticando la institucionalización de Izquierda Unida, así que se deja conquistar por las reflexiones de Gramsci que en los años veinte

del siglo pasado ponía en tela de juicio la ortodoxia del comunismo ruso y marxista. Sus frases le sirven (en otros momentos utilizará otras) para argumentar la necesidad de superar el espacio tradicional de la izquierda alternativa al PSOE. De Gramsci también le atrae la relación que establece entre la construcción del relato y la conquista del poder.

Para Errejón, Gramsci, el intelectual y periodista turinés, plantea una vía de conquista del poder alternativa a la toma del Palacio de Invierno pues fue consciente de que Occidente no era Rusia, y que Turín, en particular, era una ciudad rica, con alma aristócrata, pero también un músculo industrial y obrero. Errejón admira la intención de revertir la relación de la estructura económica marxiana con la superestructura cultural y semántica, así como la voluntad del pensador italiano de «re-pensar el comunismo desde la perspectiva de Occidente, que no es aquí un término geográfico sino político cultural». «Para Gramsci la hegemonía es una operación fundamentalmente cultural que va más allá de la unificación de fuerzas decretada por dirigentes políticos», escribe Errejón para diferenciar la figura del italiano de la de Lenin, a quien admira. Se trata en definitiva de llegar al poder a través de la construcción de un imaginario colectivo que determina una hegemonía cultural y no con el revólver. Una vía que Errejón convertirá en el primer mandamiento de Podemos: haz que se crean tu relato.

En ambas estancias, la italiana y la suramericana, Errejón aprende dos conceptos fundamentales para su futuro político. El primero es que para crear un relato alternativo es esencial pensar de manera alternativa. Es Heriberto Cairo, profesor de estudios latinoamericanos de la Complutense quien le empuja hacia esta reflexión, según reconoce el propio Errejón. Cairo es una de las figuras emblemáticas en la formación tanto de Iglesias como de Errejón. Fue director de sus dos tesis doctorales, y si bien políticamente se desmarca de ellos en el momento del nacimiento de Podemos, ambos le reconocen una influencia determinante en su forma de pensar. El segundo elemento lo halla en Italia. Sobre todo en el arte italiano de la construcción del relato y de la penetración de la política en la esfera de la cultura. Una arena en la que importa más la palabra que la fuerza. Y donde Errejón se siente cómodo. Es el terreno en el que finalmente encuentra una plena convergencia con Iglesias, al que Errejón apoda «compañero de mente incisiva y voluntad bolchevique», que concibe la política como una «guerra».

Iglesias debe haberle hablado bien de Bolonia. En la ciudad universitaria ligar es fácil, y ambos tienen fama de tener interés en las mujeres. Quizás más que en los libros y las series. Los dos se habían conocido unos años antes en la cafetería de la Complutense. Había sido un flechazo. Rápidamente se habían hecho amigos y compañeros de debates. El reconocimiento intelectual era mutuo. Iglesias llegó a escribir de Errejón: «Tuve la suerte de darle una clase (una sola) que me permitirá, en el futuro, presumir de haber sido profesor nada menos que de Íñigo Errejón». En esa misma introducción, Iglesias también elogia a Manolo Monereo, politólogo y uno de

los futuros diputados de Podemos y pieza clave de la formación: «He compartido muchas conversaciones que han tenido su peso durante la redacción de la tesis. Quizá lo más importante que me enseñó Manolo es que la militancia es una posición moral que después se llena de ciencia». Errejón le respondió años después: «Él [Iglesias] me enseñó que el arte de la guerra se practica con método y tesón, haciendo más que diciendo; cómo me quiere». Dos figuras clave, la de Monereo y Errejón, con las que Iglesias llegará a una ruptura humana e intelectual al sustituirse la alegría de la academia por la lucha por el poder.

Iglesias había desembarcado en la ciudad roja casi diez años antes que Errejón. Veinteañero imberbe pero ya con pelo largo, en la cartera tenía el carné de las Juventudes Comunistas, y como otros coetáneos italianos de la izquierda antiglobalización condenaba la condescendencia de la socialdemocracia con el capitalismo. El mantra de la casta comenzaba aquí, con el resurgir de los movimientos posmarxistas que habían esperado décadas para torcerle por fin el brazo a la maquinaria del PCI y que en ese 1999 dirigían sus ataques contra el muy poco habitual gobierno de izquierdas en Italia. Concretamente, contra Massimo D'Alema, *ex enfant prodige* de las juventudes del PCI, que había llegado a la presidencia del gobierno después de que Romani Prodi cayera por tan solo un voto, tras la traición de la facción de Rifondazione Comunista de Fausto Bertinotti, *escisionista* de los *escisionistas* del PCI.

En aquel invierno de 1999 hacía frío en Bolonia. Días de lluvia, casi nieve, y la habitual niebla que envolvía la ciudad. La temperatura rozaba los cero grados. Para un español, acostumbrado a la luz hasta las seis o siete de la tarde incluso en diciembre, vivir en esas condiciones puede resultar como estar en Austria. A las cuatro de la tarde oscurece y se encienden las luces amarillentas de los soportales, que hacen que el paraguas sea accesorio. Sobre todo en la zona académica, entre las dos torres y la calle de las facultades, la vía Zamboni, dedicada a un héroe del Risorgimento, cuyo apellido es el mismo del joven estudiante que a los 15 años de edad intentó asesinar a Benito Mussolini, en esa misma ciudad el 31 de octubre de 1926. Iglesias estudiaba entonces derecho. Para registrarse tiene que ir en la histórica Facultad de Jurisprudencia, que se ubica muy cerca de Letras y Filosofía, cuna de los movimientos estudiantiles de los años setenta, y de la calle Valdonica, donde las Brigadas Rojas matarían pocos años después de la estancia de Iglesias al profesor de derecho del Trabajo Marco Biagi, en su último triste acto de barbarie.

El ambiente en la Facultad de Derecho es pijo y poco interesado en la política. Como otros estudiantes alternativos, Iglesias es rápidamente absorbido por la Facultad de Políticas. Esa facultad tiene su sede ya fuera de la zona de la universidad, aunque no muy lejos. Se encuentra en un palacio de estilo neoclásico y rococó, con aulas pequeñas y no siempre aptas para necesidades de una universidad reconocida a nivel europeo. Ejemplo clásico de cómo en Italia el presente es rehén del esplendor de su pasado, sus departamentos son como laberintos, con baños situados en lugares extraños, y estatuas

y columnas que se interponen entre los estudiantes que esperan su turno antes de un examen. Encontrar el despacho de un profesor puede convertirse en una novela de Dan Brown. Y en las aulas es habitual encontrar frescos del siglo XVIII, útiles para distraerse durante las horas de clase.

La Facultad de Políticas en Bolonia vive en aquellos años una florida actividad política. El joven Iglesias entra en seguida en el círculo del Aula C. Se trata de un aula icónica. Okupada y alérgica a todo tipo de veto. Tolerada por los rectores, aunque en ella se pueda beber alcohol, comer, fumar tabaco y porros. «*Resistenti fino alla fine*» (Resistencia hasta el final) reza uno de sus lemas. Es el centro neurálgico de los colectivos de izquierda, que en ese momento aspiran a convertirse en referentes en Italia de la protesta No-global. En ese espacio de 70 metros cuadrados se celebran debates, se presentan libros, se ven películas y documentales. Por Bolonia pasan escritores y personas relevantes del mundo del izquierdismo radical, y la universidad y los centros sociales tienen una estrecha relación. El aula C es la antesala para llegar a otros grupos activos en Italia. Uno particularmente en auge es el de los desobedientes de Luca Casarini, de Padua, la ciudad natal de Antonio Negri, inspirador de las Brigadas Rojas. Con ellos Iglesias estrechará amistad e irá al G-8 de Génova de 2001.

En aquellos años Iglesias también conoce a Gemma Ubasart. Guapa y veinteañera como él, la catalana había decidido estudiar Políticas *in extremis*, después de dejar sus clases de *ballet*. Su relación con Iglesias pudo ir más allá de la mera amistad, según algunos, pero lo cierto es que fue una de sus principales compañeras durante aquellos meses de Erasmus que el futuro líder de Podemos considera centrales en la construcción de su convicción política. «Políticamente soy un italiano. Mi cabeza política se hizo en Italia», dice en una entrevista en CTXT. Ubasart, como otras mujeres que estuvieron cerca de los líderes de la futura formación morada, gozará de una interesante trayectoria política. Ocupará la secretaria de la federación catalana, hasta que un encononazo con los madrileños, y concretamente con la nueva pareja de Iglesias, Tania Sánchez, la alejarán del cargo.

No es casual que Iglesias asuma que el momento crucial de su madurez política lo vivió en Bolonia. «Debía yo estar hojeando *Il Manifesto* y allí encontré las crónicas y algunas fotografías de los disturbios de Seattle que hicieron fracasar la cumbre de la Organización Mundial del Comercio», explica, recordando unos acontecimientos que le hicieron cambiar el rumbo de su vida. Y añade: «La primera vez que tuve noticia del que habría de ser el tema de mi tesis doctoral fue el 1 (o tal vez el 2) de diciembre de 1999, en un autobús urbano en Bolonia». En aquel autobús se entera de la ya mencionada protesta de Seattle contra la cumbre de la Organización Mundial del Comercio.

Los días de Seattle tienen un significado inmenso para el futuro de la izquierda mundial. Allí se dan cita ecologistas y anarquistas, además de sindicalistas revolucionarios y activistas antiglobalización. La izquierda reformista hace algunos guiños, pero está ausente. Y el mundo contempla cómo la protesta está siendo liderada

por el activismo más radical, que tiene entre sus objetivos la destrucción del reformismo, entendido como caballo de Troya del capitalismo. «La OMC acaba con la democracia», rezan las pancartas. El comercio mundial se convierte en sinónimo de injusticia y antónimo de democracia. El soberanismo baja al ruedo y critica el internacionalismo. La izquierda tradicional anda perdida tras llegar a la conclusión de que el mercado, eso sí, regulado, es beneficioso para los trabajadores, y no puede asumir las tesis soberanistas, porque las asocia al nacionalismo. El choque es enorme y cristaliza alrededor de conceptos que van cuajando en Italia y que Iglesias también exportará a España años después.

El punto más álgido de la protesta será, sin embargo, Génova, en 2001. Batallas campales en las pequeñas calles de la ciudad portuaria. Actuación violenta de la policía y protestas organizadas como si se tratara de una guerrilla. Manifestantes protegidos de la cabeza a los pies para salvarse de las embestidas de los agentes, y listos para contratacar con barras de hierro, piedras y cubos de basura. Carlo Giuliani es un italiano que vive en Génova. En la mañana del 20 de julio tiene previsto ir a la playa con unos amigos, pero cambia su plan a última hora. La ciudad arde por la protesta. Decide manifestarse, pero lo hace encapuchado y atacando a una patrulla de la Policía que se había quedado bloqueada en una pequeña plaza de Génova. Un joven agente en sus primeras horas de servicio y asustado dispara a la cabeza de Giuliani. La furgoneta que acude al lugar atropella el cadáver del joven. Cuando murió Giuliani, Iglesias como muchos otros activistas que había conocido dos años antes en Bolonia, estaban en Génova. E Iglesias habla ante los micrófonos en una de sus primeras intervenciones públicas: «Un compañero que estuvo detenido narra cómo le fueron golpeando en la furgoneta hasta que llega a la comisaria. Cómo les golpearon en la comisaria. Cómo les obligaron a gritar Viva el Duce. Cómo destruyeron su dinero y le rompieron el pasaporte. Y finalmente les dejaron en la calle». La de Génova es una guerrilla urbana e Iglesias decide dedicar a aquella experiencia su tesis de doctorado.

La pelea entre reformismo y revolución que vive la izquierda italiana viene de antaño. La magistral película *Los camaradas*, de Mario Monicelli (1963), con un magnífico Marcello Mastroianni representando a un escritor crítico con los sindicalistas reformistas, lo explica todo de manera muy sencilla. A finales de los noventa, no obstante, ese debate se manifiesta de manera algo naïf y posmoderna. Recoge elementos de la experiencia del 68, aunque descontextualizados. Mientras los dirigentes históricos del extinguido comunismo escriben y se enfrentan a un pasado problemático tras la implosión del socialismo real, los herederos de la izquierda posmarxista pueden brindar. Por fin tienen la oportunidad histórica y cultural de señalar aquel comunismo dogmático y racionalista como incapaz de interpretar las desigualdades derivadas de la globalización. Mezclan elementos como el impacto ambiental del desarrollo industrial con una visión desacomplejada de la tradición, incluso de la comunista.

Es Herbert Marcuse quien se impone a Carlos Marx. Declaran la muerte del «socialismo científico» y el comienzo de una era de izquierdismo camaleónico, oportunista, tercermundista, relativista y sobre todo muy reacio a asumir vínculos con

la autoridad. Un movimiento que escucha Ska-P a la vez que crítica los recortes en la escuela pública. Aquel ambiente es el que respira Iglesias. En el Aula C de Ciencias Políticas, o en los centros sociales como el TPO, acrónimo de Teatro Polivalente Ocupado, que surge en la Facultad de Bellas Artes y luego se desarrolla en una nave fuera del centro histórico de Bolonia. «El TPO es antifascismo y antisexismo, es comunicación y libertad. Es un artesano paciente que quiere plasmar prácticas de libertad y derechos», reza uno de sus eslóganes.

Además del debate en el seno de la izquierda, Iglesias observa en Italia otro fenómeno incipiente y muy revolucionario. Se llama berlusconismo. Iglesias mama del laboratorio italiano del primer populismo europeo. Es la nueva ola berlusconiana, formada por abogados y supuestos *outsiders* de la política. Gente acostumbrada a ganar el debate en televisión en el cuerpo a cuerpo, sabiendo que la cámara premia a quien ataca y no a quien reflexiona. Políticos que apelan al estómago y que se escudan en su lejanía de las ideologías. Es la antipolítica que, si se siente acorralada, amenaza con querrelas judiciales pero nunca asume estar equivocada. Todas tácticas de comunicación que Iglesias copiará a la perfección diez años después, cuando nacerá la estrella televisiva de las tertulias, desde *El gato al agua* hasta los platós de La Sexta.

Como Errejón, el futuro líder de Podemos se reconoce plenamente en el esquema de político-intelectual-periodista representado por Gramsci. Es susceptible al lenguaje verbal y elogia su sensibilidad por la acción. Iglesias vive durante meses en una ciudad roja, pero que ha hecho de la gestión y la moderación su clave de éxito. Sin embargo, Iglesias no se mueve en los ambientes del entonces Olivo, la coalición liderada por Prodi, sino que elige sus antagonistas, empapados de populismo, que en Italia florecen tanto a izquierda como a derecha. Mira los primeros *talk show* políticos en un país donde el político gris y reflexivo, tal vez algo oscuro de la Primera República, deja paso a otro, bien maquillado y sonriente, con el traje de Armani y la corbata de seda. Es el cambio genético que desembarca de la mano de Silvio Berlusconi, y que pronto lo arrollará todo. Y que se resume en el gran golpe de efecto que Iglesias practicará en todas las primeras tertulias a las que acudirá como activista y luego como secretario general de Podemos: el *y tú más*.

La clave de la experiencia italiana para Iglesias es la que le hace entender que en la política del siglo XXI prima la acción. Alejado de la teoría, lee a Maquiavelo pero con los ojos de Gramsci, del que él y otros dirigentes de Podemos recogen solo lo que les interesa. Más que la germinación de un pensamiento político, como sostiene Iglesias con cierta épica, en Italia el futuro líder de Podemos lo que de verdad aprende es un método de comunicación y un sentido de la política populista que le permitirá convertirse rápidamente en un tertuliano de éxito. Adapta la revolución mediática del magnate italiano a la situación nacional española. Y suma a su crítica de la secularización del reformismo el ataque al liberalismo, convertido en enemigo de la democracia y de la «gente». Une el método mediático de Berlusconi a los argumentos recogidos entre colectivos de la nueva izquierda.

Pocos años después pondrá en práctica lo aprendido en Italia. En 2014, en La Sexta, se encuentra en una tertulia con Albert Rivera y Alberto Garzón. Eduardo Inda, todavía periodista de *El Mundo*, le presiona preguntándole por qué en su formación no aplican las listas abiertas. «Es el peor defecto de la vieja política», acusa. Iglesias intenta defenderse, diferenciando entre el nombramiento de una lista electoral y la construcción de una dirección de partido. Pero cuando se ve en dificultad aplica el método Berlusconi: «Problemas internos tiene el PP, que algunos tienen cuentas en Suiza. Problemas internos tiene el PSOE, que algunos están en consejo de administración. Nosotros lo que tenemos es debate interno y no tenemos ningún inconveniente en tenerlo con luz y taquígrafo», afirma. La conversación automáticamente se dirige hacia los partidos mencionados, que intentan defenderse. Iglesias ha salido del apuro y ahora los que deben explicarse son otros.

Iglesias dejará en Italia amigos y algunos contactos académicos, después de su vuelta años más tardes a Florencia, para terminar sus estudios doctorales. Pero la influencia de Bolonia será de tal calibre que, al volver, se decanta por los estudios politológicos. No es casual que en su tesis doctoral dedique un capítulo a la historia de los desobedientes, que él enlaza con la experiencia del llamado «posobrismo». Se trata de una corriente posmarxista que como bien recuerda Iglesias en España nunca tuvo demasiado éxito, pero que en la cabeza del joven politólogo se traduce en dos maneras de entender la política y la actualidad: alejarse de las elites dominantes en el segmento de la izquierda, tanto de IU como del PSOE, y crear un nuevo marco político-sentimental para proyectar lo que será Podemos. Este es el núcleo de la futura bomba atómica que Iglesias lanzará sobre la política española, y que la crisis económica ayudará a que cuaje.

«No hemos llegado al fin de la Historia, estamos apenas en su comienzo», reza una cita mencionada por Iglesias y referida a Marco Revelli. La idea del fin de la historia, famoso artículo de Francis Fukuyama para hablar de la necesaria coincidencia entre liberalismo y democracia después de la caída del muro de Berlín, representa para la izquierda alternativa la liberación del peso del determinismo histórico. Es el «sueño» del 68 adaptado a una lectura global que plantea renegar del comunismo, pero también del neoliberalismo, ambos considerados totalitarios y antiglobalistas. El terreno en el que crece esa nueva doctrina es fértil. Los jóvenes en los países desarrollados se esfuerzan por encontrar su camino. El exceso de publicidad crea falsas expectativas que el «sistema» no es capaz de satisfacer. Se van buscando nuevos referentes, e Iglesias suma a su receta las experiencias populistas de América Latina.

Entender que la política es «guerra» y acción le asemejará más al primer Mussolini, que abandonó el socialismo para entregarse a la revolución permanente, que al Gramsci que murió en las cárceles fascistas. Pero él se ve como un político del nuevo siglo. Desacomplejado hasta el cinismo y extremadamente pragmático. Alérgico, como Errejón, a la pureza y marginalidad de la izquierda. Y en eso tiene razón. Sabe que para que su plan salga adelante hace falta conquistar a IU. Puede ser desde dentro o

desde fuera, como finalmente ocurrirá, pero siempre aprovechándose de los sectores de la izquierda radical y críticos con todo lo que huele a política institucionalizada. «Que se queden con la bandera roja y nos dejen en paz. Yo quiero ganar», afirma en junio de 2015.

TANIA SÁNCHEZ, LA MADRINA

«Pablo, tienes que liderar esto». Es febrero de 2014 y en un hotel del pueblo madrileño de Fuenlabrada empieza a tomar forma la estrategia de Podemos. Dirigentes de Izquierda Unida acuden a un encuentro secreto con Pablo Iglesias y Juan Carlos Monedero. Entre ellos está el andaluz Manuel Monereo, Alberto Garzón, promesa de IU, y Jorge García Castaño, también dirigente de IU. A la mesa, solo hay una mujer. Es Tania Sánchez, diputada de IU en la Asamblea de Madrid y rostro conocido de las tertulias en televisión. Quien habla de liderazgo es Tania Sánchez y a quien se refiere es a Pablo Iglesias. Se lo iba repitiendo desde finales de 2013, cuando en la cabeza del tertuliano va cuajando la idea de que debe nacer un nuevo actor político con el objetivo de eliminar al PSOE, y, si hace falta, fagocitar IU. «Hay que matar al PSOE», repetía Tania Sánchez en aquel periodo.

El clima político está muy encendido y la crisis económica merma el apoyo al PSOE. IU, en cambio, está al alza. En el partido de izquierda hay incluso cierto nerviosismo. Algunas encuestas locales apuntan a que podría ser el primer partido de ese segmento. Es el momento propicio para bajar a la arena, pero Pablo Iglesias, que había sido asesor de IU en varias campañas electorales, está resentido. Lleva años de tertuliano y con éxito. Así que propone que el partido le incluya en la lista electoral de las europeas de mayo de 2014. Llega a pedir primarias abiertas, convencido de barrer gracias a la izquierda reivindicativa, pero los veteranos de IU se oponen y la organización las impide. La cúpula le considera un buen comunicador, pero delante de él hay otros políticos que esperan su turno. La oligarquía interna es un muro infranqueable para las aspiraciones de quien, como Iglesias, ha logrado el éxito mediático en pocos meses.

Además de las televisiones, también las calles están encendidas. En 2012, ya cuarto año oficial de crisis económica, el paro alcanza el 50 por ciento de la población juvenil. Un año más tarde, el Instituto Nacional de Estadística fija en 6,2 millones el total de desempleados del país: veinte puntos más que ocho años antes. La prima de riesgo se va disparando. En los telediarios se multiplican los gráficos en los que la solidez del sistema económico español se la juega con Italia en ser el próximo en necesitar un rescate financiero europeo después de Grecia, Irlanda, Portugal y Chipre. La frase de

José Luis Rodríguez Zapatero de que España estaba «en la Champions League de la economía mundial» suena a gafe.

Iglesias, que como otros miembros de la izquierda alternativa ve con buenos ojos a Zapatero, se concentra en criticar al PSOE de Felipe González. Forma parte de una corriente cultural cultivada en centenares de seminarios académicos, conferencias y debates en los que el gran tema era la traición del histórico líder del PCE, Santiago Carrillo, por aceptar una transición consensuada con la derecha, y Felipe González, autor de una modernización económica, que, según la nueva izquierda, ha favorecido al gran capital y aniquilado a los trabajadores. Conjeturas inmaduras, cuando no falsas, que asocian la Transición a una traición a las clases populares. Los jóvenes poscomunistas se creen la «generación más preparada de la historia» y quieren enmendar a sus antepasados, para lanzarse a la conquista de su gloria presente. Mezcla de rebeldía juvenil y cinismo, conectan con todos aquellos que por la crisis están enfadados y resentidos, para decirle al poder: ¿dónde está lo mío? ¿dónde está mi trozo de pastel?

La relación entre Tania Sánchez e Iglesias comienza en esos años de dura crisis económica. Los dos habían empezado a salir después de compartir mesa en *La tuerka* de Pablo Iglesias. Van al teatro, cine, conciertos... Llegan incluso a coquetear en las redes sociales. «Se comenta, Pablo Iglesias, que acompañarás a los Chicos del Maíz en la gala de la música independiente, ¿me llevas o irás con Cifuentes?», escribe Tania Sánchez en Twitter en junio de 2012. «Si te vistes de rojo, a juego con mi corbata, te llevo conmigo, diputada», le responde Iglesias. «Me encanta vestirme de caperucita roja, hasta el lunes lobo feroz», replica ella. Y el toque final de Iglesias: «Tararearemos juntos “abajo el régimen, hay que tomar el congreso”. Me pondré guapo rubia». Ahora, Iglesias ha borrado esos mensajes, mientras que Tania Sánchez los sigue teniendo en su *timeline*.

Él vivía en Vallecas, una zona icónica de la izquierda madrileña, en un piso heredado de su abuela, aunque a menudo se quedaba a dormir en el dúplex de ella, en Rivas-Vaciamadrid. Ese municipio es otro lugar emblemático de la izquierda madrileña. Es el pueblo con la edad media más baja de toda la Comunidad de Madrid y el feudo rojo de una región controlada por el Partido Popular. Rivas ha crecido sin parar en los últimos años. La receta liberal de Esperanza Aguirre, la presidenta regional, ha activado el sector comercial y permitido la entrada de inversores. El gobierno de izquierdas de Rivas ha aprovechado el flujo de dinero para promover un desarrollo urbano, acompañado por buenos servicios públicos y políticas ecologistas. Su modelo convence incluso a los sectores conservadores. Algunos electores del PP votan a IU en Rivas. Por ahí pasan Tania Sánchez, Pablo Iglesias, Rafa Mayoral y hasta una muy joven y totalmente desconocida Irene Montero.

Iglesias había llegado a Vallecas con 14 años, desde Soria y poco después de la separación de sus padres. Nacido en Madrid el 17 de octubre de 1978, había crecido como hijo único en una familia muy de izquierdas con dos padres jóvenes: la madre,

María Teresa Turrión era abogada de Comisiones Obreras, y el padre, Francisco Javier Iglesias, inspector de hacienda y profesor de historia con un pasado en el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP). Con ellos había acudido a las primeras manifestaciones, y sus padres le contaron la historia de su unión, surgida delante de la tumba del fundador del PSOE. De los años en Soria el futuro líder de Podemos mantiene un recuerdo dulce: el deporte por las calles de la ciudad bañada por el río Duero, las lecturas de novelas de aventuras, la forja de un carácter fuerte, que quiere ganar siempre, de cólera fácil y orgulloso como a menudo ocurre con los hijos únicos que han tenido una infancia feliz. «Ni a las chapas me gusta perder», explicará en una entrevista con la periodista Pepa Bueno.

Tras la separación de sus padres, se había instalado en el sur de Madrid, con la madre. Y acto seguido se había afiliado a las Juventudes Comunistas. Estudia y quiere tener buenas notas. Pero en Soria ha aprendido a ser directo. Hereda el carácter castellanoleonés proclive a ver el mundo en blanco y negro y a considerar la lealtad algo esencial en las relaciones humanas; otro rasgo típico de los hijos de padres separados. Le gusta decir las verdades a la cara, jugar con las palabras; es pragmático y oportunista, pero también idealista. Iglesias es un madrileño atípico, con una cierta sabiduría de provincias que le diferencia de las personas que en la época universitaria comulgarían con él y que se convertirían en sus amigos. Uno por encima del resto: Íñigo Errejón, con quien fundará Podemos y quien cinco años después protagonizará una escisión que amenazaré con dinamitarlo todo. «Se ha portado como un cerdo», dirá de él Jorge Verstryngge, el profesor muy mayor de Iglesias, pero también querido amigo.

Iglesias conoció a Errejón en la Complutense, poco después de inscribirse en la Facultad de Políticas. Había oído hablar de él como de un estudiante activo en las luchas sociales y muy inteligente. Desde el principio se acercó a este joven madrileño de buena familia (también izquierdista) y cinco años menor, muy beligerante en los asuntos sociales. A muchas manifestaciones Errejón acudirá con el número de teléfono de Jaume Asens, el abogado catalán de los centros sociales, que mantuvo una relación con Ada Colau y con quien también Iglesias hará una profunda amistad. Para Iglesias, Errejón es casi como un hermano menor: «Llegué a la Facultad de Políticas después de Derecho. Entonces me habían hablado de un chaval muy listo, pero que aparentaba algo así como seis años. Imaginaos la edad que podía aparentar Íñigo cuando tenía 19 años. Yo tenía 24, y le veo ahí, sentado en la puerta de la cafetería con un trocito de pan, al que le estaba echando un sobrecito de azúcar. No pude evitar acercarme y decirle: “Pero, ¿por qué comes pan con azúcar?”. Y me dice el pobrecito: “¿Es que es como un suizo?”. En ese momento me dieron ganas de adoptarle, y efectivamente le adopté», dirá antes de que su relación se contamine de rencor político.

Errejón, de hecho, no es como Iglesias. Detrás de su fogosidad rebelde se esconde un calculador, una persona atenta a no desvelar lo que piensa, un corredor de fondo que choca con el esprinter que es Iglesias. Los dos provienen de familias diferentes. La de Iglesias, de militantes de izquierdas, y la de Errejón de altos cargos proclives al cambio de chaqueta. El padre del futuro número dos de Podemos, José Antonio

Errejón, por ejemplo, estuvo en los verdes en los ochenta; luego se pasó a militar en IU, tras el acuerdo entre ambos partidos, hasta acabar a partir de 1993 en la corriente de Nueva izquierda, que luego se convertiría en partido y confluirá en el PSOE. En todos estos años, fue alto cargo del gobierno de Felipe González. Esa diferencia de fondo entre Errejón e Iglesias surgirá pronto. Mientras, como militante de base en IU, Iglesias destaca por sus habilidades oratorias. Aun así, los más duros del grupo no dejan de considerarle el niño bueno de la formación. Es un buen lector y en esos años pasa de las novelas de aventura a los clásicos del pensamiento comunista. Entre ellos, obviamente, Lenin. Le apasiona el baloncesto, que llegará a analizar en clave *leninista* cuando despega su vocación política. Se hace conocer en la Complutense como profesor asociado comprometido con el activismo y por sus métodos de enseñanza poco convencionales, que los estudiantes aprecian. También tiene detractores: los sectores más izquierdistas de la Facultad de Políticas creen que es un «pelota» con los catedráticos de mayor rango, y que su actitud revela maneras acomodadas y cierto clasismo. Celebre fue el vídeo en el que Iglesias relata una, la única, pelea en la que se vio involucrado de joven. En ella acabó rompiéndose una falange y recurre a expresiones despectivas como «lúmpenes» y personas de «clase inferior a la nuestra» para referirse a sus contrincantes. Palabras que luego él consideró como parte de la ironía propia de los colectivos universitarios.

Durante la etapa universitaria cristaliza la personalidad de un político de combate, pero no de gobierno. Es una contradicción sobre la cual Iglesias quizás no reflexiona a fondo. En varias intervenciones se muestra abrumado por la responsabilidad del gobierno, y a veces califica de aburrida su actividad como parlamentario. Quiere ganar, es un rasgo de su carácter del que no se desprende nunca. Y en un primer momento está dispuesto a emplear todos los métodos para hacerlo. Pero también siente el peso de la tradición, de un izquierdismo más bien ortodoxo que le acabará acercando a Irene Montero, guardiana de las esencias. Es sincero cuando dice que no se ve en la política durante toda la vida. Su sueño es la cátedra y la televisión. Y aunque se queje desde el principio le gusta el papel de *divo*. Cuida esa faceta con atención. Por ejemplo, repitiendo una salida de la facultad en su scooter rojo cuando las cámaras que acuden a la Complutense después de las elecciones europeas de 2014 lamentan no haberlo podido grabar. En su trabajo como presentador es perfeccionista, hasta duro con sus trabajadores, aunque amable con los invitados, que a menudo señalan su cortesía y sencillez. Esto sí, el programa siempre acaba con un monólogo del presentador en su minuto de oro.

Iglesias quiere pensar de sí mismo que es un valiente, porque aprecia a los valientes. Pide a los suyos fidelidad hacia él y no tiene escrúpulos contra sus adversarios. Cree que forma parte del juego ocultar información y esconder verdades. En su escalada aplica una de las máximas de Lenin, que reza: «Hay que estar preparados para mentir, engañar, hacer operaciones ilegales, omitir o suprimir la verdad». Cree que la mejor defensa es el ataque, y le gusta ver la política en clave

freudiana. Es lo que él llama el «elemento erótico y viril de la política», que resume así: «El factor humano y emocional que consiste en hacer lo que no te esperas: que voy a salir a pelear; esto crea un escenario que deja a tus adversarios en una situación de vamos a ver quién gana la pelea».

Ambiciosa como su compañero, Tania Sánchez cree que ambos tienen un importante futuro por delante. Cuando comienza la relación, Iglesias es la pequeña estrella de las tertulias televisivas. Un personaje público que va capitalizando la rabia social con recetas populistas y que despierta recelos tanto en el PSOE como en IU. Debido al clima social de desafección a la política, su estilo directo, tal vez maleducado o provocador, genera simpatía en el público. Aquel día en que se enfrentó en televisión a Federico Jiménez Losantos, gran referencia del mundo conservador, hablando del significado de la protesta Rodea el Congreso, las redes ardieron. Nadie se dio cuenta de lo importante que era activar el bombo digital. Pero Iglesias sí. Y aquel incendio tuitero fue todo salvo casual. El asociacionismo universitario, con el que tenía estrechos contactos, le brindaba un pequeño ejército de seguidores en las redes, que lanzó para convertirse en una estrella en la noche de la crisis. Los productores se lanzaron a por él. Sobre todo los de La Sexta, que vieron en el formato del *talk show* político un nicho de audiencia por explotar. En otros países europeos estos formatos eran habituales, se desarrollaban con colores chillones, risas y aplausos del público. La Sexta incorporó ese planteamiento y lo mantiene hoy en día porque le sigue dando rédito.

A medida que se habla de su vínculo con Iglesias, Tania Sánchez se convierte en la reina de los cotilleos en IU. Es una mujer con carácter, guapa e inteligente, que siempre ha tenido éxito con los hombres, según cuentan sus excompañeros de IU. Algunas personas empiezan a considerarla «la mujer de...». Un apelativo que Tania Sánchez rechaza, aunque disfruta de la fama, entre otras cosas porque las televisiones la llaman y eso significa visibilidad y dinero. Acostumbrada a lucir un *look* alternativo —tuvo incluso una época punky—, de repente se presenta a las reuniones del partido y en la Asamblea de Madrid con americanas. Va pintada y se pone tacones: toda una provocación para el mundo de los jóvenes de izquierda involucrados en la retórica antiglobalización. Frecuenta incluso cursos de *community manager*. Aun así, cansada de ciertos estereotipos, además del trato que recibe en el entorno de Iglesias, reivindica su papel de protagonista y empieza a comentar a sus más allegados acerca de su relación con Iglesias: «¿Y quién te dice que no sea yo quien le maneja?».

Entre 2013 y 2014, cuando Iglesias ya se ha convertido en una pequeña estrella de la televisión, en la cabeza del activista y politólogo cuaja la idea de buscar un cargo público de relieve en IU. El movimiento del 15-M, surgido en la Puerta del Sol en 2011, es el trampolín con el que los dos jóvenes, ambos con el carné de las Juventudes Comunistas, quieren dar el salto a la política nacional. Tania Sánchez mira con interés a ese fenómeno. Cree que ella puede convertirse en intérprete de la protesta y rejuvenecer IU. Es arrogante, pero de esas personas que sabe lo que quiere. Los veteranos del partido le hacen promesas, pero siempre a medio o largo plazo. Después

de los años de Julio Anguita, el partido ha perdido atractivo entre los jóvenes. Pero la crisis es una oportunidad. Quiere cabalgar la ola. El partido heredero del PCE, sin embargo, no acepta asumir el ataque antipolítico que corean los jóvenes del 15-M. Cree que los partidos son esenciales para salvaguardar la democracia. Y que la Constitución ha sido un avance que hay que defender, aunque falten por cumplir algunos artículos sociales (curiosamente este es el mismo argumento que empleará Iglesias en la campaña electoral de 2019). La idea del «régimen del 78» que Podemos convertirá en su gran lema es para los dirigentes de IU una blasfemia.

Tania Sánchez apoya la pretensión de Iglesias de liderar la lista de IU a las europeas de 2014. Ese tiene que ser el primer paso importante de su carrera política. Mientras, ella se dedica a trabajar para ser la cabeza de lista en las regionales o locales madrileñas. El único problema es que Iglesias es desordenado e impulsivo. No es madrugador y le gusta trasnochar. A su lado, no obstante, tiene a una persona muy trabajadora, y que a diferencia de otros activistas posee la llave de IU. Sánchez conoce a centenares de dirigentes y sabe cómo funciona por dentro la maquinaria de IU y que hay sectores que cuestionan las líneas estratégicas del partido. Es crítica con Gaspar Llamazares, por ejemplo, y lo será también con Cayo Lara, que acabará entregándole el partido en una especie de harakiri en el que también colaborará Alberto Garzón. Este joven dirigente que Telecinco intenta lanzar poco antes de la irrupción de Iglesias es, con Tania Sánchez, la segunda pieza fundamental de la Opa hostil de Podemos contra el partido heredero del PCE.

«Veníamos diciendo desde el 15-M que hacía falta algún tipo de liderazgo que diera un puñetazo sobre la mesa», comentará años después Iglesias, recordando esa etapa. Ante la inacción de Alberto Garzón y Enrique Santiago, pensó: «Voy a dar el golpe sobre la mesa yo». Y lo hará interpretando que no se trataba de crear una corriente de opinión o un sector que presionara hacia un cambio interno en el partido, sino una operación de conquista de su espacio político. Algo inédito hasta aquel momento. Sonriendo, admitirá: «Recuerdo que el argumento era: nos va a venir genial porque va a acelerar la renovación de IU. Ahora, mi impresión era: como no puede haber dos cosas al mismo tiempo, si la renovación somos nosotros, podrán poner dirigentes muy jóvenes en IU, pero eso ya se quedó viejo». Esa frase revela su conocimiento de que lo que estaba haciendo no se trataba de rejuvenecer IU, sino de traicionar a muchos compañeros, en una operación *de facto* de escisión.

Iglesias y Tania Sánchez comparten una misma lectura sobre IU y las limitaciones de un partido que es incapaz de ofrecerles una oportunidad. Aunque entre ellos también hay diferencias. Él, por ejemplo, niño bien de las Juventudes Comunistas, es afín a la rama anticapitalista del grupo. Tania Sánchez, en cambio, de clase más baja, está a su derecha. De carácter más duro, es contraria a los llamados posibilistas de IU, es decir, los reformistas, pero también desprecia a los residuos del PCE, con los que, en cambio, Iglesias tiene buenas relaciones. Tania Sánchez es miembro de la corriente más minoritaria de IU. El partido le paga el piso y le da trabajo, lo mismo que ocurrirá con otros dirigentes de Podemos que alcanzarán la cima sin lucir en su currículum ninguna experiencia profesional duradera, pero no le era suficiente. Había sido asesora

y concejal. Entre 2009 y 2012, había intentado asaltar la dirección regional madrileña. Se había aliado con los anticapitalistas para luchar juntos contra la dirección. Pero había perdido todas sus batallas internas.

La cuestión ideológica era, obviamente, residual. El verdadero problema es y ha sido la ocupación del poder. Y en eso Tania Sánchez no fue hábil al principio. Lanza en varias reuniones intentos destinados a modificar los equilibrios internos a su favor. Quiere más protagonismo y ser la cabeza de lista en un momento de revulsión. Pero fracasa. Los veteranos hacen bloque y logran ganarle siempre la batalla. Es entonces cuando la dirigente de IU decide convertirse en la madrina de Podemos: «Sin Tania no existe Podemos, por el simple hecho de que Podemos fue en primer lugar una Opa a IU, y en eso ella resultó fundamental», afirman exaltos cargos de ese partido.

Para calentar los motores y crear grietas en IU, Tania Sánchez afirma delante de varios dirigentes que hay una formación política nueva y pujante que quiere ofrecerle ser la candidata en la Comunidad de Madrid. Lo va repitiendo varias veces, pero lo único que logra son portazos. Tras perder todas las batallas internas, a partir de 2013 decide cambiar de registro. Ahora quiere ganar la guerra. Se dedica a trabajar en la sombra. A *tejer* alianzas, buscando apoyos a su proyecto: dirigentes descontentos, ambiciosos que se sienten ninguneados, todo tipo de afiliado o miembro que puede ver con buenos ojos la superación de IU como sujeto político. Jorge García Castaño es uno de los primeros en sumarse al plan. Un «traidor» para muchos, aunque algunos le reconocen que, por lo menos, avisó y lo hizo de manera limpia. Acabará como edil en el gobierno municipal de Manuela Carmena y ahora en el partido de Errejón.

Mientras, Iglesias ofrece a IU una última posibilidad. Pide una y otra vez a sus personas más cercanas que le incluyan en las listas para las europeas de 2014. IU maneja encuestas internas que señalan que puede llegar hasta a un 15 por ciento de votos. Sería el mejor resultado electoral de su historia. Iglesias, que había sido asesor externo también de Cayo Lara, intenta jugar todas sus cartas. Escribe a varios dirigentes y les pregunta que tal van las negociaciones. Manifiesta imprudencia, comentan algunos, y sobre todo despierta recelos porque para muchos políticos de IU no respeta las jerarquías internas. Se desconoce si su plan de atacar al partido desde dentro está ya en marcha, o si su intención de llegar a la Eurocámara esconde la voluntad de utilizar los fondos europeos para construir las primeras células de Podemos. Sea como fuere, Iglesias al final tiene que ceder porque IU vuelve a elegir a Willy Mayer como candidato para los comicios europeos.

El joven tertuliano decide que ha llegado el momento de romper con todo aquello. Convoca en su casa de Vallecas una cena en la que participan Tania Sánchez, Manuel Monereo, Ramón Luque y Marga Ferré (esta última finalmente no acude al encuentro). Iglesias les comunica que los rumores sobre la posible creación de otro actor político que pugnaría por el mismo espacio de IU son ciertos y que él va a liderar ese proyecto. Para algunos dirigentes de IU ese joven treintañero es como un «hijo» y rechazan esa jugada. Pero otros la promueven. La que más, obviamente, es Tania Sánchez. La

operación coleta (así se llamará) pasa por sumar a miembros de IU, los anticapitalistas y grupos del tejido asociativo. En los chats internos y los emails se menciona a Iglesias como P.I. El secretismo es máximo, para que nada se filtre antes de tiempo y sobre todo para que no surjan dudas entre los actores.

La reunión secreta en el hotel de Fuenlabrada, celebrada pocas semanas después de aquella cena, servirá para trazar la hoja de ruta del nuevo partido, todavía movimiento. La primera etapa del proyecto será intentar ganar y fagocitar a IU; la segunda fase, el ataque al PSOE. En ese momento, Tania Sánchez tiene el apoyo de muchos dirigentes del PCE, de las Juventudes Comunistas y de los andaluces. Pero ante su plan de conquista, además de Cayo Lara —de quien Sánchez tiene una muy mala consideración— solo resistía la federación madrileña. Esa era una de las secciones más poderosas y los amotinados de IU liderados por Tania Sánchez deciden que hace falta desestabilizar el sur de Madrid para debilitar a los madrileños de IU.

En el pleno de la tormenta, algunos miembros de IU sospechan con fuerza de las maniobras de Tania Sánchez. En la reunión en ese hotel madrileño con Monedero e Iglesias, en la que se decide activar la Opa a IU y que esta empiece por el sur de la capital, Tania Sánchez redacta el listado de nombres de los dirigentes afines. Ese papel es la prueba de la traición que están cocinando. En él aparecen los miembros del partido que se sumarán al proyecto, y que luego abrirán las puertas a Podemos para que se haga con el espacio político de la izquierda alternativa al PSOE. El papel empieza a moverse de mano en mano, y llega incluso a quien va alertando desde hace tiempo sobre aquellos movimientos. Pero, en un inesperado giro de los acontecimientos, acaba perdiéndose. El destino ha decidido sonreírle a Tania Sánchez. Su conjura quedará en un rumor durante demasiado tiempo. Hasta que será muy tarde.

Ángel Pérez, portavoz de IU en el Ayuntamiento de Madrid, entra en la diana de los amotinados. Saben que si no cae Pérez, ellos no podrán dar el asalto. Le intentan embarrar con el escándalo de las tarjetas black, aunque nunca se pudo probar que el entonces portavoz tuviera constancia de lo que habían hecho dirigentes del partido y sindicalistas con las tarjetas de crédito escondidas de Caja Madrid. Político hábil y experto, aunque demasiado reservado para la sociedad del siglo XXI, Pérez aguantará la desbandada de IU hasta que Alberto Garzón, ya desde la coordinación nacional, moverá paulatinamente la formación hacia el abrazo del oso. Tiempo después comentará: «Alberto Garzón, lo que ha hecho, ha sido entregar esa fuerza política [IU] al populismo y barrer la izquierda transformadora de este país. Lamentable, pero esa es la realidad».

En la cocina de los movimientos inspirados en el 15-M, Podemos no es la única iniciativa encaminada a recoger el voto del desencanto. Lo harán decenas de siglas, pero todas aplastadas por la fuerza de los morados, que en aquellos años es también económica. Los jóvenes comunistas sabían cómo recaudar fondos a través de las cooperativas activas en el ámbito del ladrillo y de la cooperación internacional. Y son los mejores en moverse en la televisión. Asumen que deben actuar como *showmen*

para tener audiencia. Conocen la fuerza del discurso populista gracias a las experiencias políticas latinoamericanas y no reparan en moralismos: el fin justifica los medios. A medida que Iglesias se hace representante *in pectore* de todas las reivindicaciones populares de la crisis, su imagen pública despegas. No podía tener pedestal mejor para alcanzar una gloria rápida, tal vez efímera. Encuentra enseguida la fama, pero, sin saberlo, cava su tumba como líder político y estadista. Ganará, pero España no le querrá. En las encuestas acabará siendo el líder peor valorado. Y sufrirá por ello.

Así mismo, Iglesias observa con gran interés las protestas callejeras que nacen como setas. Desde las mareas por la sanidad pública, hasta las iniciativas contra el bipartidismo, los desahucios y la monarquía. Es un momento de revulsión social. La palabra indignado recorre los principales diarios europeos durante los días en los que los manifestantes madrileños deciden pernoctar en la Puerta del Sol. Están inspirados en lo que está ocurriendo en la plaza Tahrir de El Cairo. Afirman que la democracia no es real y duermen casi un mes ocupando el suelo público, con un desfile de policías noche y día a su lado para garantizar el orden y los servicios de limpieza. En Egipto, los manifestantes piden lo que los españoles consideran que es falso. Y el régimen de Hosni Mubarak empleará el ejército para disolver la protesta. En las revueltas de la plaza Tahrir morirán más de un centenar de personas.

La lejanía de IU de la protesta de los indignados permite a Iglesias y su grupo buscar adeptos en ese caldo de cultivo. Los futuros líderes de Podemos se vuelcan en el movimiento. Errejón, por ejemplo, ayuda a organizar la acampada en la Puerta del Sol, y el grupo al que pertenece, Juventud sin Futuro, está detrás de los anuncios previos a la celebración de la manifestación. Se encarga de difundir en las redes mensajes como «Toma la calle» y «Democracia real ya», carteles escritos en amarillo sobre negro que corren como la pólvora por Facebook. Iglesias, en cambio, se mantiene al margen. Acude como reportero de la pequeña televisión de TeleK donde tiene sus primeras horas de emisión. Pero, como Errejón, se sorprende por la magnitud de la revuelta, y llega a afirmar: «Algunos estudiantes de mi facultad, que estaban muy politizados y tenían mucha formación política, se desesperaban en los debates con gente corriente. Yo les decía que eso era lo importante del movimiento, que había gente de todo tipo, que venía de muchos lugares, que pensaba diferente y eso le daba un carácter laico que seguramente era lo fundamental del 15-M».

El grupo de Juventud sin Futuro no forma parte de los jóvenes comunistas. Menos dogmático y en cierto sentido más radical, quiere actuar sin lastres ideológicos. Estuvo en los escraches contra Rosa Díez en la Complutense de Madrid, y mira con gran interés Internet como herramienta para crear opinión y moldear el discurso político. Errejón, fascinado por algunas teorías de Gramsci que cree poder adaptar al mundo contemporáneo, tal vez pervirtiéndolas, sostiene que las palabras son sus armas. Iglesias, de espíritu más leninista, tiene contactos con el grupo de Juventud sin Futuro. A él también le interesa la construcción del relato como antesala de la acción política, pero en los ambientes políticos ya consolidados no deja de ser un *outsider*.

Para Iglesias, Errejón es un buen amigo. Y en otra cena le desvela su proyecto. Le comunica que existe una plataforma que aspira a convertirse en partido después de la

publicación de un manifiesto. Errejón frunce el ceño. No lo ve claro. Iglesias intenta convencerle. El vínculo entre ambos es muy fuerte y para Pablo Iglesias era «muy importante» que Errejón participara, afirman personas conocedoras de aquel encuentro. Errejón gana tiempo, pero acabará subiéndose al carro a última hora. Lo hará tan solo pocas semanas antes de las elecciones europeas en las que Podemos se convertirá en un fenómeno político nacional e internacionales, con 1,3 millones de votos desde la nada y barrerá a todos los otros partidos y movimientos que también aspiran a liderar el sentimiento de indignación por la crisis.

El manifiesto que abrió el baile de Podemos se titulaba *Mover ficha: convertir la indignación en cambio político*. Se difunde en enero de 2014, a través del diario online *Publico.es*, de Jaume Roures. Es un globo sonda respaldado por personas del ámbito cultural y académico, que liderará Juan Carlos Monedero. El documento traza las líneas maestras del proyecto de Podemos y se empieza a hablar de Pablo Iglesias como candidato. Aparece por primera vez la palabra Podemos, aunque el nombre todavía no es oficial: «Quienes firmamos este manifiesto estamos convencid@s de que es el momento de dar un paso adelante y de que dándolo nos vamos a encontrar much@s más. Los de arriba nos dicen que no se puede hacer nada más que resignarse y, como mucho, elegir entre los colores de siempre. Nosotros pensamos que no es tiempo de renuncias sino de mover ficha y sumar, ofreciendo herramientas a la indignación y el deseo de cambio. En las calles se repite insistentemente “Sí se puede”. Nosotras y nosotros decimos: “Podemos”», reza el manifiesto.

Su publicación es la antesala del nacimiento oficial del nuevo proyecto político, que se inaugurará en el Teatro del Barrio de Lavapiés (Madrid), el 16 de enero de 2014. En el escenario se encuentran tanto Errejón como Iglesias. Errejón, aunque llega el último, comienza en seguida a dar muestra de su habilidad. Él es el artífice de poner en la papeleta electoral de las elecciones europeas de 2014 el rostro de Iglesias por encima del símbolo del partido para aprovechar su imagen mediática. Es una revolución. El nuevo líder del partido que ha elegido el color morado y su número dos apuestan por un personalismo político que la izquierda tradicional rechaza desde la asunción de la tragedia soviética y el fracaso de las dictaduras latinoamericanas.

Pero Podemos se mueve en otras coordenadas. Las arcas de la formación ya están repletas de fondos para la campaña electoral. Son los mismos Iglesias, Tania Sánchez y Monedero quienes comentan a otras personas, con las que hablan para convencerles de la solvencia del proyecto, que reciben dinero de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Para el movimiento morado el enemigo es el liberalismo. Y el populismo, su inspiración. Todo vale con tal de convertirse en referente de la izquierda alternativa al PSOE.

EL AMIGO AMERICANO

La noche del 6 de diciembre de 2015 fue vibrante en Caracas. Venezuela llevaba 16 años de gobierno bolivariano y la oposición antichavista esperaba con ansia los resultados de las elecciones de la Asamblea Nacional. Políticos y dirigentes de Podemos, el partido que había nacido hace tan solo un año y se había estrenado con éxito en las elecciones europeas de 2014 (1,2 millones de votos y cinco diputados, entre ellos Iglesias), estaban pendientes del resultado electoral. Era el tercer intento de la oposición a Hugo Chávez y a su ahora sucesor, Nicolás Maduro, de demostrar que el país quería cambiar de rumbo. Los dos anteriores habían fracasado. Pero esta vez el resultado sería otro: la Mesa de la Unidad Democrática, movimiento de oposición a Maduro, obtuvo 112 escaños de los 167 del hemiciclo. Una mayoría aplastante que significaba, o al menos así pensaban, un tsunami para el chavismo. El PSUV (Partido Socialista Unido de Venezuela) pasaba de 100 escaños a 46, mientras que la oposición, de 63 a 112. A partir de ese momento, los antichavistas, algunos de ellos en la cárcel, podrían nombrar jueces del Tribunal Supremo y promulgar leyes orgánicas.

Si esa noche fue vibrante en Venezuela, en Madrid había tensión. En los días previos, la oposición a Maduro había alertado que de ganar las elecciones habría investigado el *dossier Podemos*, es decir, la supuesta financiación por parte de Chávez de un partido afín, apoyado para contrarrestar la información crítica con el régimen bolivariano que se publicaba en España. Los peores presagios se cumplieron de inmediato. Nada más tomar el Parlamento, los antichavistas lanzaron un duro ataque a la formación de Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero. Anunciaron la puesta en marcha de una comisión parlamentaria interesada en esclarecer su supuesta financiación por parte del gobierno venezolano, además de los de Bolivia y Ecuador.

«El Gobierno venezolano debe explicar cómo una fundación extranjera y el partido Podemos recibieron millones de euros entre el año 2002 y 2015, por supuestas asesorías a los gobiernos de [Hugo Chávez](#) y [Nicolás Maduro](#). Vamos a llegar al fondo de estos hechos porque están dentro de las funciones de nuestra Comisión de Política Exterior, Soberanía e Integración», afirmó Luis Florido, presidente de la Comisión y quien encabezará la investigación junto a los diputados Ángel Medina y Williams Dávila. La fundación extranjera a la que se referían Medina y Dávila era la Fundación

Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS), una entidad registrada en la Comunitat Valenciana y con sede en la planta baja de un pequeño callejón del centro histórico de Valencia. En ella había colaborado y trabajado la plana mayor de Podemos: desde Juan Carlos Monedero a Pablo Iglesias, Íñigo Errejón, Carolina Bescansa, Sergio Pascual y Luis Alegre. Algunos, como Iglesias, Errejón y Alegre, habían desempeñado cargos organizativos, como el de miembro del consejo ejecutivo. O sea, que no habían sido investigadores interesados en publicar artículos para enriquecer un currículum académico, sino que habían formado parte del órgano rector de la misma.

Esa vinculación no era un asunto baladí. La oposición venezolana sospechaba que detrás de los informes y consultorías encargadas por el gobierno de Chávez a la CEPS se escondía la financiación oculta a un partido político en el extranjero. Podemos había nacido oficialmente en el otoño de 2014, después de irrumpir en los comicios europeos de mayo (antes se había constituido como partido instrumental). La Junta Electoral Central había avisado de que ninguna persona o entidad extranjera podía financiar a los partidos españoles que se presentaran a las elecciones europeas. El incumplimiento derivaba en una falta administrativa, aunque un año más tarde, en 2015, una modificación de la norma ya postulaba medidas penales, con pena de cárcel de hasta cinco años para los infractores. El anuncio de una investigación en Venezuela sobre la actividad de la CEPS debió generar tensión en la fundación, todavía dirigida por personas afines a Podemos. A los pocos días, de hecho, la CEPS decidió disolverse. Su actividad se suspendió en medio de una fuerte polémica mediática, y después de una batalla que la fundación había desempeñado para negar todo tipo de relación entre los encargos recibidos por el gobierno bolivariano y Podemos, aun asumiendo «el hecho de que algunos miembros de PODEMOS hayan pertenecido o pertenezcan a la Fundación CEPS, y que incluso hayan podido colaborar en proyectos que la entidad ha tenido o tiene en el exterior».

La CEPS acusaba a los medios de «faltar a la verdad» y de dirigir «ataques continuos»; palabras duras para rechazar todo tipo de vinculación y supuestas ilegalidades. En su acta de defunción, los directores de la CEPS consideraron, en cambio, que ni siquiera merecía la pena escribir una nota de prensa. Pero ¿existe una relación entre el cierre repentino y oculto de la CEPS y las acusaciones de ser, o haber sido, la cabeza de puente en la financiación desde Caracas a Podemos?

Todo apunta a que sí. La suspensión de actividad permitió, por ejemplo, que el dominio en Internet de la entidad se sustituyera por otro. *Ceps.es* es hoy el sitio web del Centro Europeo de Estudios Sociales y Políticos: una especie de blog no vinculado a ninguna universidad y que induce a la confusión respecto a lo que fue la fundación primigenia. El cierre de la CEPS, además, hizo que desapareciera todo el material custodiado en su página web. Un hecho insólito si se piensa que ahí se hallaban trabajos de investigación, estudios y análisis supuestamente de valor académico o científico. Sin embargo, aunque la intención fue borrar todo tipo de huella digital, no se consiguió. Internet ofrece servicios para recuperar webs que han sido borradas. Es algo

parecido a una instantánea digital, que permite navegar en esas páginas tal y como se encontraban en fechas elegidas aleatoriamente. Y, de ahí, bucear en algunos documentos que se han quedado incrustados en la Red.

En fecha 11 de febrero de 2015, pocos días antes de su defunción, por ejemplo, la CEPS abría su página con comunicados en los que pedía rectificaciones a los medios. Y en los apartados sobre su actividad genérica se encontraban frases como esta: «Durante más de una década, nuestra experiencia política ha estado concentrada en América Latina proveyendo consultoría política, jurídica y económica a fuerzas y gobiernos progresistas en la región». Los países mencionados eran Venezuela, Ecuador, Bolivia, El Salvador y Paraguay.

La arqueología digital desvela que la entidad «cooperó» en trabajos de «diseño de políticas públicas» y «organizó o co-organizó» programas de «formación académica» y de «formación de cuadros políticos». Es decir, que la cantera de Podemos formó a cuadros políticos en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Guatemala. Y que los colaboradores de la CEPS asesoraron a fuerzas políticas de izquierdas en procesos electorales en Venezuela, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Paraguay, Colombia y Perú. Aquí, la difunta CEPS reconoce la finalidad de su trabajo en clave política nacional: «Queremos participar en la construcción de un puente entre las experiencias emancipatorias de América Latina y los intentos de construcción de políticas de izquierdas contrahegemónicas en Europa». Según sus principios, la CEPS apostaba «por el poder constituyente como capacidad democratizadora de avance histórico de las mayorías sociales».

Hasta sus últimos segundos de vida, la CEPS aseguró no tener nada que ver con Podemos, y que afirmarlo representaba una burda mentira. Esa tesis, sin embargo, es como mínimo cuestionable. Cargos altos o intermedios de Podemos trabajaron, colaboraron y participaron en proyectos de la fundación y en sus propios órganos directivos. Además de Alegre, Errejón e Iglesias, Fabiola Meco Tebar, exgerente de la CEPS, fue diputada y coportavoz de Podemos en Valencia; Ángela Ballester Muñoz, responsable de cooperación con América Latina, fue miembro del Consejo Ciudadano de Podemos y exdiputada en el Congreso, y el propio presidente, Alberto Montero Soler, originario de Cornellà, fue diputado de Podemos y portavoz del área económica en el Congreso. Montero Soler, catedrático de la Universidad de Málaga, fue, además, el profesor que permitió a Íñigo Errejón disponer de una beca académica en el año 2014, cuando él ya estaba diseñando la campaña electoral de Podemos. Su tarea investigadora para la Universidad de Málaga consistía en analizar el sector de la vivienda en la región. Tenía un sueldo mensual de más de 1.800 euros, financiado por la Consejería de Fomento, controlada por la hija del dirigente y candidato de IU, Willy Mayer. Según ese convenio público, Errejón tenía que desarrollar un trabajo de campo, que, posteriormente, se descubrió que incumplía. Las críticas internas y externas llevaron a la Universidad de Málaga a suspender el contrato y a declarar la «inhabilitación» del politólogo y hoy flamante líder de Más Madrid, que se erige en defensor del sector público.

Pero ¿cuánto dinero había levantado la CEPS para sus informes y estudios en Venezuela? ¿Hubo una financiación paralela proveniente de otros países como Ecuador, Bolivia y hasta Nicaragua? ¿Algunos de esos fondos siguen escondidos? Datos oficiales y definitivos no han salido hasta ahora a la luz. En las entrañas de la vieja web de CEPS se recogen ingresos de 442.838 euros (2011); 778.963 (2012) y 798.059 (2013). En cuanto a los gastos, la CEPS desembolsó en 2011 casi 200.000 euros más de lo que recaudó, mientras que en los dos siguientes ejercicios el balance es casi de equilibrio. En esos tres años, el total de colaboradores contratados alcanzó el número de 42 profesionales. No hay constancia de más registros, aunque en determinadas informaciones aparecidas en diarios digitales y de papel se ha llegado a hablar de 7 millones de euros, cobrados desde 2008 a través de Venezuela. El diario venezolano *El Nacional* calculó 3,7 millones de euros en concepto de encargos de estudios de los colaboradores de la entidad. La fundación decidió incluso establecer una sede en Caracas (así lo afirman fuentes de Podemos, aunque en el rastro de la web de la CEPS no se encuentra dicha información). Fue en 2002, y desde aquel momento, según escribió *El Nacional*, «comenzó una larga historia de servicios de asesoría a varios entes gubernamentales, incluyendo el Despacho de la Presidencia [...] Uno de los involucrados en las actividades fue Pablo Iglesias, miembro del patronato de la CEPS desde 2008».

Iglesias y Errejón trabajaron en asesorías para el gobierno de Chávez, mientras que Monedero tendría, según el rotativo, acceso incluso al Palacio de Miraflores, sede del presidente del gobierno bolivariano. Un exministro de finanzas chavista, Rafael Isea, respaldó esos datos durante un encuentro con tres policías presuntamente enviados por el ministro Jorge Fernández Díaz durante el gobierno de Mariano Rajoy, como pieza de una investigación a Podemos que está siendo ahora analizada por la Audiencia Nacional en el marco del caso Villarejo. El informe llamado PISA (Pablo Iglesias S.A.) que recogía esos pagos fue utilizado por la UDEF para activar una investigación sobre supuestas irregularidades fiscales en los cobros. La UDEF quiso comprobar si los beneficiarios habían declarado a Hacienda las recaudaciones, puesto que de no haberlo hecho podían haber incurrido en irregularidades tributarias (el delito penal de financiación exterior entró en vigor a partir de 2015). Sin embargo, aquella investigación nunca prosperó y los tribunales consideraron que el informe Pablo Iglesias S.A. carecía de interés y valor judicial.

Esa línea de defensa ha sido siempre esgrimida por Iglesias para negar una conexión financiera entre Podemos y el régimen bolivariano, aunque testigos del nacimiento de Podemos y dirigentes de Izquierda Unida sostienen que sí existió tal patrocinio y que los propios promotores del partido morado alardeaban de los vínculos políticos y financieros con Chávez para demostrar la solvencia de su proyecto. La primera campaña electoral de 2014 es, según decenas de fuentes consultadas, la demostración de que la maquinaria de Podemos estaba bien engrasada y que no es creíble pensar que todos los actos celebrados en aquel año (una veintena, en todo el territorio español) provinieran de fondos recaudados a través del asociacionismo

universitario y el mundo de la izquierda alternativa. El grueso de los testigos, no obstante, ha preferido hablar desde el anonimato, de manera que su valor es cuestionable.

Aunque algunos datos sí se pueden poner sobre la mesa. La afinidad política e ideológica de Podemos con los gobiernos de la izquierda populista latinoamericana es innegable. Prueba de ello es la defensa de Chávez que el propio Iglesias desarrolla en los primeros años de tertuliano. Y también existe el interesante testimonio del dueño del Canal 33, Enrique Riobóo, quien afirma que Monedero intentó comprar su emisora entre 2012 y 2013, por un total de 200.000 euros, asegurándole que el dinero provenía de Caracas. En Podemos, de hecho, todavía hoy se considera a Monedero como el enlace con los gobiernos amigos de América Latina. Es algo parecido a un gestor de las relaciones institucionales con esos ejecutivos deseosos de influir en la opinión pública de un país como España. Errejón, antes de que naciera Podemos, llegó incluso a tener un piso franco en Caracas. Desde la capital de Venezuela se encargaba de la construcción del relato del nuevo sujeto político. Aspiraba a ser el ideólogo y mano derecha de Iglesias, el comunicador, según el testimonio de Riobóo que afirma que el joven politólogo intervenía en los directos de la televisión en la que trabajaba Iglesias desde la capital venezolana.

En ese punto es necesario rebobinar y volver a los primeros pasos que Iglesias y Monedero dan para hacerse con un trozo del pastel televisivo. Corría el año 2012 y España olía a protesta e indignación. Iglesias buscaba espacio televisivo para lanzar una nueva tertulia inspirada en la izquierda antisistema, de cuyos ambientes provenía. Tocó la puerta de un pequeño canal madrileño, Canal 33, nacido en 1994 como «tele de barrio» y de aspiración progresista. Logró que en Canal 33 le ofrecieran un plató, las cámaras y los focos necesarios para emitir un programa semanal, llamado *La tuerka*. Iglesias era el presentador y el encargado de buscar patrocinadores. De hecho, era también empresario: controlaba una productora, Con Mano Izquierda, que se encargaba de garantizar la emisión de la tertulia. Esta productora servía para contratar a colaboradores, como cámaras y asistentes. Un pequeño ejército de trabajadores que en muchos casos estaba vinculado al asociacionismo universitario. El director del canal consideró que un debate político orientado desde la izquierda era enriquecedor para la cadena. Pero advirtió a Iglesias y Monedero de que «aquí tenéis que venir con algún patrocinador».

Obsesionado con la escalada al éxito mediático, Iglesias quería que *La tuerka* se convirtiese en un programa puntero de las tertulias políticas. El formato era todavía novedoso en España. Solo se encontraba algo parecido en Intereconomía, La Sexta y RTVE con el canal 24 horas. La tertulia de la emisora pública la dirigía el periodista Xabier Fortes (ahora recuperado por Rosa María Mateo en el programa matinal de TVE). La experiencia italiana le sugirió a Iglesias que el *talk-show* político habría explotado pronto. Esa intuición fue tan importante para el futuro del joven profesor y aspirante a presentador de televisión como la comprensión de que el 15-M había

modificado el equilibrio político a nivel nacional. Una mezcla de novedades estructurales y superestructurales que en la historia de la política suelen desembocar en el surgimiento de personalidades especiales y premonitoras, por bien o mal que se les pueda juzgar.

El propio Iglesias, años después, en el libro entrevista con el periodista Enric Juliana vincula el nacimiento y éxito de Podemos al instrumento televisivo: «Podemos no surge de la sociedad civil, sino de la televisión. Somos un producto que asume la idea del *popolo de la televisione* [sic] y que en última instancia no se politiza a través de instrumentos que conoce debido a su presencia en la sociedad civil, sino de instrumentos que es capaz de observar en la televisión. En el momento en que esta circunstancia ofrece la posibilidad de construir un instrumento electoral, se desarrolla una voluntad de construirse desde abajo».

La protesta del 15-M ha sido el detonante de una serie de colectivos que, surgidos de manera desordenada, Iglesias comprende y aspira a liderar. La comunicación política es su arma. Entiende que hace falta empujar y difundir ese espíritu, y que es necesario emplear a fondo la televisión. El líder de Podemos, de hecho, no nace como político, sino como comunicador. Así le consideran los dirigentes de Izquierda Unida cuando él les propone encabezar la lista para las europeas. Y comunicador político sigue siendo en estos días, siempre atento a cómo el relato se impone a los hechos y a dominar la información a través de la propaganda. Muchos miembros de Podemos apartados o excluidos por las diferencias ideológicas con Iglesias sentencian que el partido «solo ha sido un trampolín para su éxito personal, y ahora lo es para el de Irene Montero».

Tras el primer año de emisión de *La tuerka*, el joven tertuliano con la coleta y el *piercing* cree que su producto puede despegar. Plantea a Riobóo que pase de una emisión semanal a la diaria. Una apuesta que el empresario no comparte: «Nuestro ánimo no era ser teletuerka», dice. Ante la negativa, Iglesias y Monedero plantean adquirir el canal. Explican a Riobóo que están trabajando para recibir fondos de Irán y del régimen chavista, y preguntan cuánto vale ese canal vecinal que en su día quiso competir con La Sexta. Riobóo cifra su valor en un millón de euros. Monedero no se asusta y le pide tiempo. Tiene programado viajar a Caracas y preguntar a Chávez sobre la disponibilidad de dinero. El profesor de la Complutense que como se ha dicho había sido asesor del presidente de Venezuela, además de Gaspar Llamazares, presumía de una relación directa con él. Chávez, sin embargo, está gravemente enfermo y Monedero no logra el dinero esperado. Vuelve a Madrid y comenta a Riobóo que solo tiene 200.000 euros. El director de Canal 33 rechaza la oferta, entre otras cosas porque desde el principio duda de si ceder la emisora al dúo Monedero-Iglesias. Según Riobóo, el viaje relámpago de Monedero termina incluso frustrando al profesor madrileño, quien se queja de que el sucesor de Chávez, Maduro, no es el revolucionario inteligente que comprende el poder de los medios y la importancia de la hegemonía cultural: «Es que Maduro no es Chávez. Maduro es un conductor de autobús que se ha encontrado con la

Presidencia —y lo decía en el tono más despectivo posible— de Venezuela, y entonces la financiación no va a ser todo lo generosa que estaba...». El empresario le contesta: «Seguid realizando vuestra tertulia *La tuerka* e intentad conseguir patrocinio, ya que veo que, evidentemente, tenéis medios para conseguirlo».

Las declaraciones de Riobóo se pueden encontrar en las actas de la comisión de investigación que se celebra a finales de 2018 en el Senado y que analiza la financiación a Podemos. Durante esa comisión, el ponente del PP, Luis Aznar Fernández, enfoca el grueso de sus preguntas tanto sobre el intento de compra de Canal 33, como sobre la conexión entre el dinero recaudado por la CEPS y la financiación de Podemos. Iglesias y Monedero niegan la existencia de ilegalidades, porque los datos que la fundación CEPS cita sobre sus entradas se refieren a la fase anterior al alumbramiento de Podemos. Aznar Fernández le argumenta entonces a Iglesias: «Todos ustedes cobraban de la Fundación CEPS y se van de la fundación el día que fundan Podemos. ¿Y por qué se van? Porque saben que, a partir de ese momento, al menos de forma legal y transparente, ustedes no van a poder seguir cobrando. Fíjese qué casualidad, la Fundación CEPS, cuando usted trabajaba para ella, destinaba 200.000 euros anuales para pagos al personal; pero el día que ustedes, el trío fundador —vamos a llamarle así—, se van de la Fundación CEPS a fundar Podemos, a partir de ese momento —y esto es documentación oficial que, como usted sabe, obra en nuestro poder—, en el capítulo 2, destinado a sueldos del personal de la Fundación CEPS, constan cero euros». Los datos son correctos, pero Iglesias durante la comisión evita responder a esas preguntas. Se escabulle en un rifirrafe retórico y tramposo sobre las interrupciones en una comisión y el valor de la educación en el que Aznar Fernández cae de manera inoportuna. Y vuelve a escudarse en las querellas rechazadas por los tribunales por falta de subsistencia en la acusación de una supuesta financiación ilegal. Aun así, durante su intervención Iglesias no niega ni que la CEPS recibiera encargos consistentes por parte de Chávez, ni que la entidad con sede en Valencia, y de la que él era «miembro ejecutivo», fuera algo parecido a una cantera de políticos con una vinculación ideológica muy estrecha con América Latina.

Monedero, por su parte, negará haber formalizado «ningún tipo de compra» con dinero de Venezuela para Canal 33. Sostuvo que no recordaba haber ofrecido 200.000 euros para seguir emitiendo en Canal 33, aunque apuntó que «igual se pudo hacer». Y añadió que el objetivo era «comunicar algo» en un país «que tiene la peor prensa de todo el continente», lo que confirmaría el interés del chavismo en construir un relato alternativo sobre el gobierno bolivariano en España y Europa. Durante la comisión y en las entrevistas siguientes, Monedero acusa al PP de servirse del Senado para manchar el nombre del partido morado y ocultar las relaciones con sectores de la policía que Podemos llama «cloacas». Aun así, admite que en aquellos años, desde el otro lado del Atlántico los gobiernos de izquierdas se sienten incómodos con la prensa española. Es decir, que Monedero reconoce los vínculos personales y políticos con el mundo bolivariano, y también los encargos económicos. Pero sostiene que en ningún momento ese dinero sirvió para financiar directa o indirectamente a Podemos.

Más allá de lo que está aún por aclarar —o desmentir—, una sombra negra se extendió sobre la formación a principios de 2015, cuando el propio Monedero tuvo que regularizar el cobro de 425.150 euros que su empresa facturó a los gobiernos de [Venezuela](#), Bolivia, Nicaragua y Ecuador por trabajos realizados tres años antes. Monedero había creado en 2013 una sociedad, Caja de Resistencia Motiva 2, sin empleados ni estructura administrativa, que le había permitido pagar un IRPF reducido a Hacienda (por Impuesto de Sociedades y no persona física) por los trabajos redactados para los países mencionados. El ingreso de aquel dinero en la empresa de Monedero se realizó menos de tres meses antes de la publicación en *Publico.es* del manifiesto considerado fundacional de Podemos y cuando la operación de acoso y derribo a Izquierda Unida ya estaba en marcha (finales de 2013). Según las explicaciones que dio en su momento el profesor de la Complutense, ese dinero procedía de una consultoría sobre la implementación de una moneda única en los estados de la llamada ALBA (Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América). El ALBA era un organismo promovido por [Cuba](#) y Venezuela, al que luego se suman Bolivia, Nicaragua, Honduras y Ecuador.

Iglesias mientras tanto buscaba contactos también en oriente. Concretamente con la república islámica de Irán, cuyo dinero servirá para el programa *Fort Apache*. Esta segunda tertulia encuentra su hueco en los espacios televisivos de HispanTV, un proyecto en el que los emisarios orientales aseguran que están dispuestos a invertir sumas importantes de dinero. Si bien Iglesias logra entrar en la red del dinero proveniente de Teherán, va repitiendo en los círculos de izquierda que no lo hace por convicción, sino por pragmatismo. De la república islámica y de HispanTV, Iglesias reconoce que no le gusta que las mujeres tengan que ir tapadas con el velo. Pero asume que el dinero de ese régimen sirve a la causa de la izquierda antisistema, como a Lenin un siglo antes le sirvió el dinero del káiser alemán para derrocar a la Rusia zarista. En nombre de una *realpolitik* posmoderna y muy personalista, Iglesias llega a erigirse en genio bolchevique del siglo XXI, por decirlo con el politólogo Jorge del Palacio, y en un momento en el que las Juventudes Comunistas españolas anhelan rodear las Cortes, tal y como antes los rusos habían ocupado la Duma.

«Hacer política es cabalgar contradicciones», explica Iglesias durante una reunión con las Juventudes Comunistas. «Así es la política, así es la política... A los alemanes les interesaba poner un tren a Lenin para que desestabilizara Rusia; a los iraníes les interesa que se difunda en América Latina y en España un discurso de izquierdas porque afecta a sus adversarios. ¿Lo aprovechamos o no lo aprovechamos? Para mí, quien haga política tiene que asumir cabalgar contradicciones y nosotros estamos dispuestos a cabalgarlas», añadía, y agregaba: «¿Son contradicciones? Por supuesto que sí. Las mujeres que trabajan en HispanTV, que presentan programas, tienen que aparecer con un pañuelo que les rodea la cabeza. ¿A mí me gusta eso? No, no me gusta, no me gusta. ¿Eso es un motivo por el cual yo podría permitirme decir: “Ah, ¿pues entonces no trabajamos en esta cadena?” No, creo que es más efectivo lo que estamos haciendo».

Los iraníes quieren que en Madrid se establezca una cadena que llegue hasta América Latina. La república islámica está aislada en el tablero internacional. Estados Unidos y la Unión Europea aplican duras sanciones y desde 2006 los presidentes venezolano e iraní, Chávez y Ahmadineyad, comienzan a presentarse juntos como los enemigos del imperialismo de Estados Unidos. Es algo parecido a una alianza estratégica. En 2007, activan un fondo común de 2.000 millones de dólares para invertir en países amigos. Chávez apoya en foros internacionales de América Latina la voluntad de Teherán de avanzar en su programa nuclear. Llega incluso a amagar con vender aviones de combate. Los fondos en común aumentan a 4.000 millones. En esos años los telediarios de Caracas (y los cubanos) atacan a menudo a España. Lo hacen con imágenes dirigidas a señalar la crisis inmobiliaria y los desahucios como emblemas del fracaso del sistema social europeo. Lanzan el mensaje de que, por mucha pobreza que exista en Caracas, todos los ciudadanos tienen un techo.

En enero de 2013, pocos meses antes de la muerte de Chávez, TeleSur emite un reportaje desde España, realizado por el español Jacobo Rivero, en el que se habla de «ataques» de los medios españoles contra «el proceso revolucionario venezolano». En el reportaje, Rivero entrevista a Pablo Iglesias, quien habla de «rearme mediático por parte de la derecha ante la hipótesis de que pueda haber una situación difícil en Venezuela derivada de la salud del presidente». Rivero acabará escribiendo una biografía de Iglesias (*Conversación con Pablo Iglesias*, Libros Urgentes, 2014) y trabajando como asesor para el área de Cultura en el Ayuntamiento de Manuela Carmena.

El gobierno de Carmena, de hecho, se convertirá en otro canal institucional de financiación de lo que se puede considerar como el mundo de Podemos. Rivero, por ejemplo, dirigirá una radio municipal de nueva creación, con un presupuesto millonario durante cuatro años, mientras que el flujo de dinero en informes y estudios, incluso de lo más disparatados, como el del impacto de género para la autovía M-30, levantan sospechas por parte de los partidos de la oposición. El PP elabora un listado de empresas contratadas por el Consistorio y consideradas afines al partido de Iglesias y a las otras formaciones de la coalición de Carmena (IU y Ganemos). La suma de esos contratos, algunos encargados a dedo y sin concurso público, asciende a 20 millones. El portavoz de los populares, hoy alcalde de Madrid, José Luis Martínez-Almeida, denunció esos contratos a la Oficina Anticorrupción. Ese dinero y las informaciones que salen en los principales periódicos nacionales generan la ira de algunos de los concejales del gobierno de Carmena, que emplean todos los métodos para intentar enfangar a los informadores. Uno de los más activos es Jorge García Castaño, afín y protegido de Tania Sánchez, que se descolgará de Podemos para pasar al nuevo partido de Errejón, después de una vida de militancia y sueldo público en Izquierda Unida.

La galaxia de pequeñas empresas y cooperativas afines a Podemos es, de hecho, la otra gran mina de oro del partido. A través de ellas afianzarán la estructura de la formación. Se trata de empresas que logran dinero a través de los programas de cooperación internacional y que trabajan también en el sector inmobiliario, según coinciden fuentes de IU y Podemos. Los jóvenes de la izquierda alternativa saben muy bien qué hay que hacer si quieres que tu proyecto político salga adelante. Algunas de esas empresas colaboran con la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), que se ha hecho fuerte e influyente. La PAH nace en 2009 en Barcelona con el afán de unir a personas que se encuentran en proceso de ejecución hipotecaria o que tienen dificultad para pagar la hipoteca cuando estalla la crisis económica. Promueve los escraches a políticos y Ada Colau, su fundadora y máxima representante, se hace famosa gracias a programas de televisión de gran formato. Podemos y sus aliados le deben la vida a la televisión comercial: una paradoja para un segmento que debería considerar a ese ámbito una infracultura y opio del pueblo.

La crisis de la vivienda y la lucha contra los desahucios representan una pata importante del sistema de recaudación de fondos en Podemos. Personas de la vieja cúpula de IU en Madrid recuerdan, por ejemplo, cómo Tania Sánchez se reunía con el núcleo original (Errejón lo definirá «irradiador») de Podemos y describen la importancia de la PAH en la fase germinal del partido morado: «Tania Sánchez trabajó desde el principio a nivel organizativo. No eran muchos, cuatro o cinco personas, con apoyos importantes en la PAH, que manejaba mucho dinero por las cooperativas que colaboraban con ella, y empezaron a atraer a nuevos dirigentes».

El abogado de la entidad, Rafa Mayoral, también empieza a participar en las tertulias de televisión, además de en *La tuerka*. En marzo de 2012 llega a ser entrevistado por Xabier Fortes en *La Noche en 24 horas*. Mayoral, por ejemplo, además de abogado de la PAH, es fundador de una cooperativa, Kinema, creada en Rivas-Vaciamadrid y que tan solo durante el gobierno de Carmena recibe al menos 500.000 euros. Este dinero, más todo lo que pudo obtener a nivel municipal en Rivas u otros municipios, dan la idea de cómo entre ciertas cooperativas y la PAH el paso era corto, y de ahí a Podemos, también. Pocos saben, además, que Mayoral proviene de las Juventudes Comunistas. Es decir, que es un camarada como Iglesias. Pero en esa organización en defensa de los desahuciados también milita otra futura dirigente de Podemos. Se trata de Irene Montero, que es la portavoz de la PAH y compañera sentimental de Mayoral.

Casi desconocida a nivel político, se hace apreciar por su trabajo y esfuerzo. Es muy detallista y está fascinada por la comunicación política. Comparte esa pasión con Iglesias, al que conocerá en una tertulia de *La tuerka* —exactamente como pasó con Tania Sánchez— y con el que emprenderá una relación en 2016. Montero es de Madrid y como otros futuros dirigentes de Podemos pasa por Rivas. Acude a las manifestaciones del 15-M y presencia algunas charlas, sobre todo aquellas vinculadas al tema de la vivienda. Como Iglesias, también Montero es de las Juventudes Comunistas, aunque el tertuliano comulga con más facilidad con algunos sectores del activismo académico a los que los jóvenes comunistas miran de reojo. Son, como ya

señalamos, los de Juventud sin Futuro, en los que participa Errejón, entonces con cresta y más radicalizado que Iglesias.

Algunos miembros de las Juventudes Comunistas consideran que el activismo se tiene que desarrollar en las calles y no en los platós de televisión. Esta reflexión enfrenta al núcleo tradicional con los más modernos. Iglesias pertenece al segundo grupo. Se siente un comunicador y sabe que la televisión es el vehículo para alcanzar fama, dinero y poder. El ejemplo italiano descansa siempre en su mesa de noche. Así que encuentra en Mayoral, Tania Sánchez y luego en Montero a personas dispuestas a concebir el medio televisivo como un instrumento desligado de connotaciones morales. También lo piensa Errejón, con quien, sin embargo, persiste latente una diferencia estratégica de fondo. Todos consideran al PSOE como una izquierda traidora por socialdemócrata, pero en cuanto a IU el juicio es diferente. Para el grupo proveniente de las Juventudes Comunistas es posible reformar IU, después de tomar el control de su organización. Para Errejón, en cambio, IU es un contenedor caduco, al que hay que aplastar y sustituir con un amanecer nuevo y dorado: un proyecto nacionalpopulista que busque la «transversalidad» y que renuncie, si hace falta, a conceptos como izquierda y derecha. Un partido líquido y moldeable a partir de las necesidades y esperanzas populares. En definitiva, un simple concepto de *marketing*, que Errejón ve claro antes incluso de que nazca Podemos y al que no renunciará nunca.

Esa dicotomía acabará manifestándose tan solo pocos días después del primer éxito del partido morado, las elecciones europeas de 2014, en una encendida discusión en la sierra madrileña, mucho antes del famoso congreso de Vistalegre II y antes incluso de la asamblea fundacional de Vistalegre I. Podemos está a punto de nacer y sus protagonistas están ya enfrentados. Aunque no lo saben.

TE QUIERO

El día en que la sangre llegó al río, Irene Montero aplaudía con entusiasmo desde su escaño parlamentario. Era el comienzo de la XI legislatura y el partido morado hacía su primera entrada en las Cortes; ahí donde Santiago Carrillo permaneció de pie, con Adolfo Suárez, durante la entrada y los disparos de Tejero en 1981, Pablo Iglesias dirigió sus primeras palabras a la lucha contra la corrupción. Habló de España, pero pensaba en Podemos. Personas de su confianza habían descubierto las pruebas de una traición urdida por parte de Errejón y el secretario de organización, Sergio Pascual. Después de tres horas de intervenciones en el Congreso, Iglesias subió rápidamente a su despacho parlamentario. Tenía que pensar en cómo comunicar a Pascual su cese. La decisión estaba tomada. Encontró las palabras adecuadas gracias a los miembros de su nuevo círculo de confianza, del que Pascual, amigo de hacía años, ya no formaba parte. Mientras, Pascual esperaba ese momento con resignación, como si se tratara de una víctima sacrificada para restaurar el orden. Cuando por la noche Iglesias le explicó su cese, Errejón desapareció. Él era uno de sus protegidos y sabía que la decisión de Iglesias era una desautorización a su trabajo. Algunos pensaron que iba a dimitir, pero no fue así. Decidió ganar tiempo. Mientras, aumentaba su deseo de venganza. Ese día, muchos críticos con Iglesias observaron cómo Irene Montero y Rafa Mayoral aplaudían el discurso del líder máximo con una vehemencia nunca vista.

En los libros y artículos publicados hasta ahora sobre la historia de Podemos, y la desavenencia entre los fundadores, se comparte una tesis que es errónea. Lo que se argumenta es que Iglesias y Errejón fueron uña y carne hasta la decisión de no apoyar al gobierno de Pedro Sánchez y Albert Rivera y de precipitar la reelección de Mariano Rajoy. Lo que en teoría podría parecer un conflicto de estrategia política no fue ni tan siquiera el trasfondo de esta historia. Errejón, de hecho, nunca expresó oficialmente su apuesta por la abstención a Sánchez y Rivera. Aquella fue una argumentación que él dio *a posteriori* para justificar su alejamiento de Iglesias, que, sin embargo, se fraguó mucho antes. Concretamente, en junio de 2014, tan solo dos semanas después de la primera gran victoria política de Podemos. En aquellas elecciones europeas de mayo,

Podemos rezaba por sacar como mucho un diputado. Hubiera sido un buen resultado para un partido todavía instrumental y recién estrenado. En la noche electoral la sorpresa fue mayúscula. Logró 1,3 millones de votos y cinco eurodiputados, y se convirtió en la gran sorpresa de los comicios. Una de las claves de aquella victoria fue la intuición de Íñigo Errejón de poner en las papeletas el rostro de Iglesias, conocido tertuliano en televisión, en lugar del símbolo del movimiento. Pasada la resaca de la fiesta electoral, que según Iglesias fue más sobria de lo esperado, el núcleo fundacional de Podemos supo que aquello no era algo esporádico y que había que trazar un proyecto que superara a Izquierda Unida, y mirara ahora directamente al todopoderoso PSOE. «Tras las elecciones europeas, habíamos quedado en casa de un amigo, tarde, para tomar unas cervezas y relajarnos tras muchos meses de duro trabajo. Pero nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas que hacer, que esto era solo el principio y que debíamos irnos a dormir. Esto para los más jóvenes del equipo fue duro. Debía ser un momento feliz y, sin embargo, fue un momento de máxima responsabilidad», relató el propio Iglesias años más tarde.

Después de las elecciones europeas, los fundadores de Podemos se citaron para un fin de semana en la sierra. Ese retiro entre Segovia y Madrid había sido un lugar casi germinal de la actividad política de los fundadores de Podemos. En el pueblo de Valsaín, Iglesias, Errejón y otro profesor de la Complutense, Ariel Jerez, compartían un piso en alquiler. Solían reunirse con sus respectivas parejas, Tania Sánchez y Rita Maestre, y debatir sobre series, televisión y política. En la Complutense, donde los dos compartían un despacho, se les denominaba «el club de Valsaín». Monedero también tenía un piso por la zona, y hasta Ramón Espinar llegó a alquilar otro. El entorno bucólico y el bar del pueblo eran lugares donde los investigadores universitarios pusieron los cimientos del proyecto político inspirado en la España de los indignados.

El idilio, no obstante, duró poco. «La política arruina las relaciones personales, os daréis cuenta de ello», les comentaron desde América Latina a algunos dirigentes de Podemos. El descanso de la sierra después de las europeas debía servir para dar respuesta a la frase que todos pronunciaban: «Ahora habrá que hacer algo». Sabían que la reunión debía trazar la hoja de ruta de Podemos con las elecciones autonómicas y municipales a la vista. Durante sus charlas, el grupo de los fundadores debatió sobre cómo afrontar el ciclo electoral. Monedero sostuvo que él podía ser el mejor candidato a la alcaldía de la capital, pero los otros enfriaron su ambición. Consideraban que su perfil no sumaba, sino que restaba. Finalmente cedió ante una todavía desconocida Manuela Carmena. Por otro lado, hacía falta asignar el puesto de salida para la Comunidad. Los presentes pensaban en Errejón. Pero el aludido rechazaba inmediatamente la oferta. Miraba al Congreso y no quería perder de vista lo que de verdad le gustaba. El ámbito local no le ha llamado la atención, de ahí que su plataforma Más Madrid sirva ahora como trampolín para alcanzar la cumbre de la política nacional.

El rechazo de Errejón despierta las sospechas de Iglesias. El líder del partido cree que él ha levantado el proyecto de Podemos, y exige espíritu de sacrificio a sus compañeros. Considera que él también se sacrifica al haberse convertido en un

pararrayos de todas las polémicas que surgen en los medios. Así que comienza a molestarle esa velada superioridad de su joven amigo, quien habla como si fuera artífice del éxito electoral de los morados.

Iglesias había llegado al encuentro seguro de sí mismo. El rostro visible de Podemos (todavía candidatura de Unidad Popular Podemos) había acertado todos sus movimientos. Había dado el paso por ambición personal y con cierto rencor por la decisión de IU de excluirle de la lista comunitaria, pero no le faltaba valentía y el resultado había sido espectacular. En las europeas casi iguala a los excompañeros de IU: cinco escaños a seis por la lista de Willy Mayer y la entrada en las instituciones europeas significa visibilidad y dinero. Era una oportunidad de oro. Además del sueldo de diputado, los representantes europeos manejan unos 200.000 euros al año para sus asistentes. El control de la Cámara europea sobre ese dinero es muy laxo, así que es habitual que se desvíen a asuntos organizativos. Podemos comienza a rodar de verdad con ese dinero europeo, que Iglesias y los otros diputados del partido, Teresa Rodríguez, Carlos Jiménez Villarejo, Lola Sánchez y Pablo Echenique, entregaban a la formación. Por su parte, Errejón estaba convencido de que él era ideólogo de un movimiento destinado a hacer historia. En las reuniones hablaba y hablaba y hablaba. Comentaba cuál era la estrategia a emprender, quiénes debían ser los aliados, por dónde había que buscar los votos y con qué palabras apelar a ellos. Ante ese protagonismo, en la cabeza de Iglesias comienza a manifestarse la idea de sentirse un títere de un chico que tiene cinco años menos que él y que se proponía como *deus ex machina* del nuevo fenómeno político.

Durante esos días de descanso en la sierra, Iglesias y Errejón protagonizan la primera gran pelea destinada a convertirse en un enfrentamiento secreto y sin cuartel. A Iglesias le fastidia el protagonismo que su amigo Errejón quiere alcanzar. Sabe que los dos se complementan. Errejón maneja bien el discurso político y ha sabido construir un imaginario rompedor y atractivo empleando palabras olvidadas por el resto de políticos. Pero no está dispuesto en convertirse en un segundón. Ambos son hábiles en las redes sociales y ante las cámaras: dos primeras espadas que, sin embargo, empiezan a picarse nada más comenzar su aventura. Iglesias es el carismático, capaz de conectar con el electorado de IU y hasta el del PSOE, y quiere que se le reconozca. No habían transcurrido ni dos semanas desde las europeas, cuando aquel retiro de la sierra se incendia. El respeto y el cariño mutuo eran incuestionables, pero Iglesias quería dejar claro que ahí mandaba él. Y que Errejón, por muy hábil estratega que fuese, era prescindible. El día acaba mal. Ambos se marchan enfadados y sin hablarse. Llegan incluso a salir del chat común que tenían para la campaña electoral de las europeas. Luego se reconciliarán, pero algo se ha roto.

Nada más volver a Madrid, Iglesias empieza a sospechar de Errejón. Y prepara su ofensiva. Sabe que Errejón cuenta con personas fieles entre las Juventudes sin Futuro, y que los suyos están entre los comunistas. Hace llamadas y se dirige a los miembros de este último colectivo. Cabe la posibilidad de que haya guerra pronto y quiere estar

preparado. La decisión está tomada. Su guardia de corps se hallará entre los componentes de las Juventudes Comunistas.

La reunión en la sierra fija para otoño el congreso fundacional del partido. Se elige el edificio multiuso del barrio de Vistalegre, concebido inicialmente como plaza de toros, para albergarlo. Iglesias y Errejón llegan a esa fecha con sus equipos ya montados y en un clima de cierta desconfianza. Sobre todo por parte de Iglesias, que en esos meses va a menudo a Estrasburgo y Bruselas, y ha dejado el partido en las manos de los fieles de Errejón. Aun así, la necesidad de navegar unidos va primando, e Iglesias está convencido de poder controlar a su número dos. Tanto en IU como en el mundo anticapitalista van surgiendo proyectos y fracciones que aspiran a liderar el segmento de la nueva izquierda alternativa al PSOE. IU intenta a través de la marca Ganemos amalgamar esos proyectos, e incluso frenar la escalada de Podemos. Nadie sabe hasta dónde puede llegar el partido de Iglesias. Solo se detecta que ha estallado la fuga de votos del PSOE y que la desconfianza hacia los partidos tradicionales se traduce en la voluntad del electorado de sacudir los equilibrios existentes. En esa pelea, Iglesias y Errejón saben que deben luchar juntos y en el congreso fundacional ambos forman parte de la candidatura pensada para liderar el nuevo sujeto político. Están enfrentados a los anticapitalistas de la andaluza Teresa Rodríguez, en cuyo equipo también figura el físico argentino Pablo Echenique.

El primer gran debate interno se juega en el ámbito de la forma que debe adquirir el partido. Podemos nació inspirado en el 15-M y el asambleísmo, pero a la hora de construir una formación política se plantean dos sistemas, uno más vertical, apoyado por Iglesias, y otro más horizontal, que daba mayor autonomía a nivel regional y municipal, respaldado por los anticapitalistas. Ganará Iglesias, como era de esperar. En noviembre de 2014, es elegido primer secretario general de Podemos con el 91 por ciento de los votos (más de 95.000 a favor). En orden de preferencias, le siguen Carolina Bescansa, Juan Carlos Monedero, la eurodiputada Tania González Peñas (que sustituye a Jiménez Villarejo en el equipo de eurodiputados), Luis Alegre y Rafa Mayoral. Entre los más votados, también se encuentran Gemma Ubasart, amiga de Iglesias desde el Erasmus en Bolonia, que será nombrada secretaria de Plurinacionalidad; Sergio Pascual, escudero de Errejón y fontanero de la organización; Sarah Bienzobas y Pablo Bustinduy, ambos cercanos a Errejón y una aún casi desconocida Irene Montero, sorprendentemente en décima posición y con más votos a favor que Rita Maestre.

Aquella asamblea ciudadana es, además, el momento en el que Iglesias acuña el término de «dar el asalto a los cielos». Es un guiño a la descripción que hace Karl Marx de la insurrección parisina entre marzo y mayo de 1871. Ese fue el primer estallido del socialismo en Europa, con la implantación del laicismo y la cuestión obrera como eje del nuevo sistema, por un lado, y la dura represión de los opositores, por el otro. La comuna de París eligió como símbolo la bandera roja, eliminó el ejército permanente y los ciudadanos tomaron las armas. El joven Marx quedó fascinado por la lucha

parisina, aunque más tarde Lenin la criticó, porque, sostuvo, se aplicó el sistema socialista y no el comunista, y por ello fracasó.

El guiño de Iglesias al asalto a los cielos hizo titubear a Errejón. Por aquel entonces, Podemos se estaba erigiendo como enemigo principal de todos los *establishments*, incluida la Corona, y Errejón quería que ese maximalismo no asustara al electorado moderado. Para Errejón, como se puede ver en un fragmento del documental *Política: manual de instrucciones* de Fernando León de Aranoa, producido por Roures, no era conveniente emplear esa frase. Iglesias era de la opinión opuesta: «Tendremos que dar a los historiadores material», afirma. Dos maneras distintas de entender la trascendencia de aquel momento, y la intención velada de Iglesias de imponerse a su consejero. Finalmente, Iglesias pronuncia la frase.

Las semanas que van desde el congreso de Vistalegre a las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2015 estarán ocupadas por el dilema de si presentarse con la marca registrada de Podemos o apostar por siglas instrumentales. El miedo es que en el aluvión de afiliaciones se puedan colar personas que manchen el proyecto. Tras un intenso debate, la cúpula decide que Ada Colau será la candidata a la alcaldía en Barcelona con una sigla propia, y que Manuela Carmena, aliada con Ganemos e Izquierda Unida, hará lo mismo en Madrid. Dirigentes del partido explican que aquella decisión de no concurrir con la marca de Podemos fue condicionada sobre todo por el miedo a mantener las distancias de los elegidos en cada ciudad, y a la vez para remarcar un modelo de partido inspirado en el municipalismo. El PSOE, recuerdan, se construyó a través de las baronías autonómicas, reflejo de la Constitución de 78. Podemos, que criticaba abiertamente ese proceso constituyente, apela a los movimientos sociales activos en los últimos años del franquismo: vecinos y barrios son las nuevas palabras fetiche del universo semántico de Podemos, después de indignación, casta, cambio y patria. Un modelo que, curiosamente, ahora se pone en tela de juicio por algunos sectores de Podemos, que se lamentan de que ha impedido el desarrollo de la formación y ha fomentado la desconexión territorial. Y que sobre esa desconexión, la secretaria ha aplicado un verticalismo exasperado en el que «o se hace lo que impone Pablo o llega la guillotina».

Las elecciones locales se convierten en otro éxito de la formación. Podemos y sus marcas locales alcanzan, a veces gracias a pactos con el PSOE, el control de municipios como Madrid, Barcelona, La Coruña, Cádiz, Valencia y Zaragoza. En esa eclosión, Iglesias decide dejar su escaño de europarlamentario y volver a España para preparar la gran operación de conquista del Parlamento. Quiere poner toda la carne en el asador. Desde el comienzo de su carrera política ha estado convencido de que su trayectoria sería meteórica. Cree que la escalada al poder será rápida o no será. Que solo habrá una oportunidad, y afirma entre los suyos que será candidato de Podemos como mucho en dos elecciones. Esta es su gran apuesta: romper las defensas de los otros partidos, más expertos y arraigados, a través de una guerra relámpago, o ataque sorpresa. Quiere sortear las líneas Maginot, sorprendiendo al adversario y atacando por un camino que él

no contempla. Está dispuesto a emplear todos los recursos disponibles. Anhela con fuerza gobernar. Es lo único que le interesa. Las enseñanzas de los viejos partidos comunistas europeos, cuyo plan consistió en trabajar en una esfera de influencia en la sociedad para «gobernar sin estar en el gobierno», tal y como decían los comunistas italianos del PCI, no le entusiasman. Para él es un todo o nada, y sus armas son la televisión y las redes sociales, no las fábricas y los sindicatos. En Reino Unido, los partidarios de la salida de la UE ganan en esos años el referéndum sobre el Brexit gracias a las redes sociales, que sortean todo tipo de filtro representado por los medios de comunicación. Es el terreno fértil para los nuevos populismos, que van naciendo en Europa y que en España tienen en Podemos un referente. Iglesias afirma en esos días que el resultado del Brexit es aceptable. Hablará también de un referéndum para resolver la cuestión catalana, además de atacar a la Constitución del 78, que describe como el origen de todos los males.

Representante de su tiempo, Iglesias simboliza a una generación líquida y deseosa de alcanzar la cima en poco tiempo. Es crítico con el capitalismo, pero se hace intérprete del más clásico de los mensajes publicitarios, y lo traslada a la política: si quieres, puedes, *Sí se puede*. Ese lema que Podemos importa de la campaña de Barack Obama otorga a la voluntad individual y colectiva un poder por encima de la comprensión de la realidad. No es el conocimiento, como diría Marx, el que empoderará y liberará a la clase trabajadora, sino la vehemencia del pueblo lo que mueve el mundo. Para ello es más importante estar en las redes sociales y en la televisión, donde Podemos tiene a periodistas y comunicadores amigos. Ese afán de gloria inmediata, sin embargo, acabará frenando al partido, porque Iglesias, confiado en el efecto *reality show*, se olvidará de construirlo.

En cuanto a fomentar un revisionismo cultural con respecto a la historia de España, no hace nada nuevo. En las universidades españolas de Ciencias Políticas e Historia es habitual que se celebren seminarios y conferencias en los que la Transición acaba siendo el blanco fácil de todo tipo de teoría más o menos estrambótica. Iglesias representa el enlace generacional con el socialismo propuesto por José Luis Rodríguez Zapatero. De hecho, para él es el «mejor» presidente de España. De alguna manera, se considera casi como un promotor del primer gobierno del socialista. Se refiere al mensaje SMS que corrió de móvil en móvil y que animó a la movilización después de los atentados de Atocha. «El Gobierno Zapatero tomó claramente nota de que su éxito electoral de 2004 (debido más a un aumento extraordinario en la participación que al descenso en el número de votos del Partido Popular) tenía mucho que ver con las movilizaciones sociales», escribió en su tesis doctoral. Y durante una entrevista al periodista Iñaki Gabilondo en su programa *Otra vuelta de tuerka* añadirá: «El famoso SMS se gestó en mi facultad con un grupo de gente pensando la manera en que había que ponerlo para que cupiera en los caracteres —el máximo previsto en un SMS— y generara ese efecto de *flashmob*». Ese SMS se creó en un equipo en el que, según afirman miembros de Podemos, estaban Monedero y Errejón. Y rezaba: «¿Aznar de rositas? ¿Lo llaman jornada de reflexión y Urdaci trabajando? Hoy 13M, a las 18h. Sede

PP, c/Génova 13. Sin partidos. Silencio por la verdad. ¡Pásalo!». Una cita a la que Iglesias no faltó.

La cercanía de Iglesias con Zapatero tuvo como telón de fondo las relaciones de ambos con los gobiernos de Bolivia y Venezuela. De ello hablaron, por ejemplo, en varias ocasiones. Probablemente incluso la primera vez que se conocieron en persona. Fue a finales de 2014, cuando Zapatero le pidió a José Bono invitar a Iglesias y Errejón a su casa para una cena. Iglesias contó que desde el primer minuto hubo afinidad personal con Zapatero. Y que a partir de aquel momento él le escribiría a menudo para que le diera su opinión sobre algunas dudas que tenía. El último consejo, según dirigentes de Podemos, fue el de intentar desbloquear la coalición con Pedro Sánchez en julio de 2019, pidiendo a cambio del Ministerio de Trabajo el control de las políticas activas para el empleo. Es decir, un botín de 6.000 millones de euros para tener controladas a las centrales sindicales y la patronal. Una propuesta que, evidentemente, Sánchez rechazó.

Sánchez había sido elegido secretario del PSOE en 2014, y en las elecciones generales de diciembre del año siguiente aspiraba a convertirse en una figura de renovación para un partido considerado responsable de la crisis económica. Respaldado por Susana Díaz y el grueso de los dirigentes socialistas, Sánchez tenía el encargo de frenar la escalada de Podemos. En el PSOE era común por aquel entonces referirse al PP como el gran promotor del partido morado. Se apuntaba a la figura de la todopoderosa Soraya Sáenz de Santamaría como la estratega de la «pinza»: un ataque urdido en los medios de comunicación para reducir el espacio político del PSOE tanto al centro como a la izquierda.

En esos meses, la socióloga y politóloga Carolina Bescansa se encargaba de estudiar demoscópicamente el *efecto Podemos*. A comienzo de 2015, el promedio de encuestas manejado por Bescansa señalaba que el partido morado crecía y crecía. En los medios empezó a aparecer como el partido que más votarían los españoles. Entonces entró en la escena política nacional Ciudadanos. El nuevo partido liberaldemocrático fundado en Cataluña y liderado por Albert Rivera decidió dar el paso nacional como alternativa a Podemos para robarle parte del pastel de la nueva política. Podemos empezó a decrecer en los sondeos, aunque recuperó en los últimos días.

Las generales de 2015 concluyeron con Podemos a tan solo 340.000 votos del PSOE. El cómputo final fue de 69 escaños y más del 20 por ciento de papeletas, a los que había que sumar los dos diputados de los comunes en Cataluña, primera fuerza de la región con 923.000 votos. IU acabó con dos diputados y un 3,7 por ciento de votos. En 2011, tenía once diputados. A partir de ese momento, el movimiento inspirado en los indignados se postula como impulsor y máximo intérprete del «cambio». Esa palabra, que había convertido a Felipe González en el presidente más longevo de la democracia española, es empleada ahora por un joven politólogo y tertuliano de televisión, *outsider* incluso en la estética y miembro de los movimientos antisistema de Seattle, Génova y Occupy Wall Street.

Es una revolución en plena regla, aunque no es una victoria real para Iglesias. El PSOE, al fin y al cabo, ha resistido y la pugna por la izquierda sigue siendo un capítulo abierto. El PP y el PSOE pierden en total cinco millones de votos. Mariano Rajoy, el candidato de los populares, acaba renunciando a intentar formar gobierno. El socialista Sánchez decide hacerlo. El Rey Felipe VI, en el trono desde el mes de junio de 2014 tras la abdicación voluntaria de Juan Carlos I (los dirigentes de Podemos dirán que aquella fue su primera gran victoria política), acepta la propuesta. Sánchez alcanza un acuerdo de investidura con Rivera, y busca el apoyo externo de Podemos para que empiece a rodar un ejecutivo que él califica de «progresista y reformista». Pero Iglesias se niega. Teme que su proyecto se quemara en el largo plazo. Su guerra relámpago obliga a avanzar sumando a Izquierda Unida para que se alcance el *sorpasso* al PSOE. Quiere lograr lo que Carrillo buscó sin suerte contra González a finales de los setenta.

Errejón y los suyos no están convencidos de aquella operación. El grupo de dirigentes de Podemos que provienen de las filas de las Juventudes sin Futuro nunca se ha fiado plenamente de los de IU. Ni estos últimos de ellos. Desde la celebración de las elecciones europeas en la sierra, Iglesias sabe que de Errejón no puede fiarse al cien por cien. Y decide seguir con su plan de pacto con IU, liderado por otro treintañero, el economista Alberto Garzón, en el que confía lo suficiente como para dar el paso.

No obstante, por mucho que *a posteriori* Errejón haya construido una leyenda, en ese momento nunca pronuncia públicamente su recelo hacia el intento de *sorpasso* al PSOE forzando una repetición electoral. Se mantiene de perfil. Para él Podemos es un medio y no un fin. Y en esto difiere de Iglesias. El único que plantea una abstención en el Congreso al gobierno Sánchez-Rivera es Alberto Montero, el profesor que había «fichado» a Errejón en Málaga para su beca de investigador. Montero es un errejonista y el único que ve conveniente que los morados se conviertan en la oposición de izquierda a un gobierno obligado a llevar a cabo recortes impopulares. Nadie le hace realmente caso. Errejón tampoco le apoya públicamente. El núcleo duro de Podemos se afianza en la tesis de que sumando los votos de IU cambiará la historia de la izquierda española. Confían en ello todos los generales de Podemos. Y por supuesto Iglesias. La suerte está echada. En el Congreso, cuando Iglesias pronuncia su «no» a Sánchez, sonrío ligeramente.

A comienzos de 2016, en los meses en los que el país se dirige hacia nuevas elecciones, en Podemos estalla definitivamente la guerra interna. Errejón, aunque calla, está muy enfadado con Iglesias. Disimula, porque sabe que su posición es de debilidad. El secretario general de Podemos le había encomendado el control de la organización durante su estancia en Bruselas. Pero algo había fallado. El ideólogo vio la oportunidad de organizar algo parecido a un *putsch* interno: construir un «partido dentro el partido», según la tesis de los pablistas, o una «corriente interna», según los errejonistas. El cisma se gestó y creció en Internet, tal y como apuntamos en el capítulo 1. En un chat, Sergio Pascual, mano derecha de Errejón y todopoderoso secretario de Organización (algo así como el maestro de llave del partido), había empleado una

expresión que despertó ciertas sospechas. Se trataba del «jaque pastor», una jugada de ajedrez dirigida a matar al rey en pocos movimientos, siempre y cuando el adversario no capte esa estrategia. A partir de un ordenador encendido en la sede de la formación los pablistas empezaron a tirar del hilo.

El esquema del complot de Errejón consistía en trabajar para cambiar la dirección del partido en la Comunidad de Madrid, y atacar desde ahí al secretario general. A ese chat se sumó otro, en el que los errejonistas se reían y utilizaban tonos despectivos sobre Iglesias. Nunca se supo si por el primero o el segundo foro digital, pero Iglesias decide actuar y cesar a la persona que había trabajado sin descanso durante dos años para levantar Podemos. Es Iglesias quien toma la decisión de echar a Pascual, acompañado por su nuevo núcleo duro. Se trata de personas vinculadas a las Juventudes Comunistas o amigos de ellos, como Mayoral, Irene Montero, Juanma del Olmo y un recuperado Echenique, que pasará a sustituir a Pascual en el control de la organización. También vuelve a ocupar una posición de prestigio Monedero, quien en abril de 2015 había decidido dimitir a causa de la moderación propugnada por Errejón y aceptada por Iglesias.

Tras descubrirse el intento de conjura de Errejón, Iglesias vive una verdadera encrucijada personal. Errejón sigue siendo el inspirador de la campaña electoral, pero ya nadie se fía de él. Ni siquiera Tania Sánchez, ya exnovia de Iglesias. Tania Sánchez no quiso ser una mujer florero y confesó a sus amigos que ella, que había sido clave para hacerle a IU la Opa hostil, había sido relegada por el entorno de Iglesias a «mujer del jefe». «En Podemos existe mucho machismo», llega a decir a personas de su entorno. Fue cuando señaló en concreto a Juan Carlos Monedero, uno de los hombres más cercanos al secretario general, quien en opinión de Tania Sánchez tiene actitudes cuestionables en muchos aspectos relacionados con las mujeres.

Monedero, de hecho, es quien comparte una conversación muy polémica con Pablo Iglesias durante sus años de eurodiputados en la que hablan en tono despectivo de la periodista Mariló Montero: «No me gustan los niños ni la familia, ni pasear por el parque, ni vestir bien, ni que me paren las viejas ni que franquistas asquerosos me digan olé tus cojones, y con la política de mayorías me pasa lo mismo que con el sexo de mayorías... no me la pone dura...», escribe Iglesias en el chat, al que le contesta Monedero: «Díselo a la Mariló. Después, claro, de llamarla Marilú». E Iglesias zanja la conversación: «La azotaría hasta que sangrase...esa es la cara B de lo nacional popular...Un marxista algo perverso convertido en un psicópata». La transcripción de esos mensajes saldrá a la luz después del robo de una tarjeta de móvil a una colaboradora de Iglesias en Bruselas, Dina Bouselham, una exestudiante de Iglesias que el secretario de Podemos ficha tras las elecciones europeas de 2014. En ese móvil, según las informaciones publicadas en varios medios y ahora bajo el foco de la investigación judicial por el caso del excomisario Villarejo, aparecen fotos íntimas que algunos interpretan como la señal de que Iglesias pudiera haber tenido una relación con su asistente, aunque ninguno de los dos confirmó nunca esa circunstancia. Bouselham, después de la etapa europea, hará carrera política: formará parte del

equipo de Iglesias en España y ocupará el cargo de secretaria de Comunicación y responsable de Inmigración de Podemos Madrid.

Cuando Podemos entra por primera vez en el Congreso, el propio Iglesias ya había roto su relación con Tania Sánchez y empieza a tratar fríamente a su excompañera. Durante la foto que el grupo político se hace delante de los leones de la Cámara baja después de las generales de 2015, Iglesias sigue tomando distancia de ella. Se rumorea que hay alguien detrás. Que la infidelidad era mutua, pero que Iglesias no aceptaba la de Tania Sánchez. Se habla de un asesor de Podemos, a quien Tania Sánchez ya se siente muy cercana. Cuando los dos en marzo de ese año habían anunciado en las redes sociales la ruptura oficial, se reconocieron habilidad, inteligencia y valentía. Pero su relación personal está acabada. En la ruptura entre Iglesias y Tania Sánchez muchos aseguran que hubo razones sentimentales y políticas. Las sentimentales apuntan a un cansancio de Tania Sánchez hacia el propio Iglesias, a quien ella ve como un «paranoico». Y las razones políticas se refieren a que ella esperaba tener más peso en Podemos. Será Juan Carlos Monedero quien logró convertir un problema político en un asunto de faldas para evitar que, desde fuera, se traslade la idea de que la unidad en la formación va mermando antes de un complicado ciclo electoral.

Todas las miradas comienzan a dirigirse hacia Irene Montero. Es joven y atractiva, e Iglesias va confiando en ella después de conocerla en los programas de *La tuerka* y haber apreciado su pasión y energía. Formada en el colegio progresista Siglo XXI de Moratalaz, fue Iglesias quien la fichó tras detectar en ella una cualidad que el máximo dirigente de Podemos valora mucho, que es la organización. Quizás porque él carece de ella. Entra como máxima responsable de las redes sociales, pero asciende rápidamente a puestos de coordinación. Es organizada, pero también impulsiva, y confía ciegamente en Iglesias y su instinto político. Le gusta, además, su manera de expresarse en público, que va copiando a medida que los periodistas se interesan en ella.

Iglesias se ríe cariñosamente: «Es una empollona», dice. Pero cada vez la escucha más. Montero es locuaz y vehemente y empieza a ser apreciada en los pasillos del Congreso, porque a diferencia de Iglesias, siempre esquivo, se para a hablar con los profesionales de la información, incluso más de lo que le aconsejan los miembros de su equipo. Es licenciada en psicología, estudió en Chile e intenta actuar con talante pedagógico. Para algunos es tierna, aunque sus enemigos la conocen por su severidad y anhelo de autoridad. «Yo no soy rencorosa, pero el que me la hace me la paga», admitirá años después en *Fashion and Arts*. «No se me hace fácil olvidar, no ya cuando me tocan a mí, sino cuando tocan a alguien a quien quiero», añadirá.

Como Iglesias, es una madrileña apasionada con el campo. Muy familiar, aprovecha la válvula de escape de Ávila para salir de Madrid. Sus padres, Clemente y Adoración, son de Tormellas, un pueblo cercano a Piedrahita. De niña, Irene Montero solía veranear en ese pueblo, donde también tiene a sus primos y tíos. A pocos kilómetros de esa zona se encuentra la casa ecosostenible de Pablo Iglesias en la que se aislaba en la época de las tertulias. Es una pequeña casa rural de madera, con una pequeña piscina y barbacoa, que Iglesias adquirió en el municipio de Casavieja y donde según algunos en Podemos solía fugarse con Tania Sánchez durante su romance. Como

Iglesias, Irene Montero aprecia las escapadas a la sierra. Criada en el barrio de La Elipa y afincada luego en Moratalaz, Irene Montero se afilió con 16 años a las Juventudes Comunistas. El origen humilde influyó en su personalidad: el padre era empleado de mudanzas y la madre educadora. De ahí su carácter luchador. A la vuelta de Chile hizo trabajos esporádicos, antes de sumarse al carro morado que le llevó en pocos años a obtener su actual elevado sueldo público.

Montero se mueve por instinto más que por racionalidad, aunque es extremadamente detallista. No hay intervención en el Congreso que no se prepare a fondo. Representa, además, el podemismo madrileño, más atento a la estética que el periférico, como el catalán o el andaluz. En eso, también hay muchos Podemos. Aficionada a las series como otros en el partido, escucha Manel, el grupo catalán que tiene en sus listas de Spotify. Viste con elegancia discreta y tiene amigos en el mundo de la moda. De ella dicen que es una persona limpia, bien vestida y con un punto coqueto. Nada más lejos de la estúpida polémica sobre el vello de sus sobacos. No obstante, no todos en el partido se muestran satisfechos con el acercamiento al líder máximo. Sus defensores creen que representa el espíritu más batallador y puro de Podemos; aquello que Errejón, con su empuje hacia la transversalidad, ha contaminado. Pero sus detractores dicen que ella y su círculo de amigos aíslan al secretario general, y que por esta relación íntima y patrimonial de Podemos comenzó el fin. Todos reconocen su vehemencia. La discrepancia es sobre si esta es buena o mala.

En los días del cese de Pascual, cuando la sangre de la polémica interna en Podemos por primera vez llegó al río, Montero ya era algo parecido a la mano derecha del jefe. Va escalando posiciones a medida que Errejón las pierde. De ahí la relación que los errejonistas difunden entre su triunfo y la pérdida de fuelle electoral de Podemos. La primera frenada del partido se realiza en junio de 2016, en unas generales en las que Errejón sigue siendo jefe de campaña, pero en las que Iglesias cierra el pacto con IU, conocido como el de «los botellines», en contra de la opinión de su número dos. Muchos en Podemos creen que con el millón de votos de IU será más fácil superar al PSOE. Las elecciones demuestran lo contrario. Podemos sube ligeramente en porcentaje y en escaños (2), pero el PSOE mantiene su ventaja y frena nuevamente el asalto a los cielos de los morados. Es un jarro de agua fría. El PP de Mariano Rajoy gana 14 diputados y tanto Podemos como el PSOE entran en una agitada fase de debate interno.

Mientras Pedro Sánchez empieza su periplo, de defenestrado a las primarias en las que logra confirmarse como secretario general, en Podemos los de Errejón deciden que ha llegado el momento de plantear la gran batalla contra Iglesias en el segundo congreso previsto para febrero de 2017. Errejón propone avanzar hacia un Podemos renovado, más abierto a la sociedad civil y más híbrido desde el punto de vista ideológico. Ese politólogo, que en la época juvenil había sido más radical que Iglesias, ahora ha dado un giro de 180 grados. Su pragmatismo le lleva a abjurar, si hace falta, incluso de la palabra izquierda. Sigue defendiendo un enfoque nacionalpopulista, pero

Iglesias ya está cansado de esa alocución, a la que cedió instrumentalmente para su guerra relámpago, pero en la que ahora, después de la victoria de Rajoy, ya no cree. Lo que busca es una vuelta a los orígenes, suya y de sus compañeros. Y en eso Irene Montero representa casi una inspiración, además de una hábil aliada. De cara al congreso de Vistalegre II, Montero trabaja buscando y tejiendo alianzas que consoliden la figura de Iglesias. «Es una coordinadora de nueve», va repitiendo el jefe.

En diciembre, el enfrentamiento con Errejón explota en las redes sociales. Ya no hay Navidad para los de Podemos. Los tambores de guerra retumban y los dos se preparan para enfrentarse en un congreso que decidirá la suerte del partido. En ese congreso Irene Montero es una figura de primer orden del núcleo pablista. Detrás del escenario, mientras los equipos de Errejón e Iglesias preparan sus discursos, se la oye gritar contra Errejón y los suyos. El congreso de Vistalegre II termina con un gran triunfo de Iglesias, y en un abrazo con Errejón que para muchos huele a naftalina. Iglesias logra imponer el «viraje» a la izquierda. El plan errejonista de transversalidad y nacionalpopulismo está cerrado para siempre. A partir de ese momento Podemos buscará sin descanso la unidad de fuerza con Izquierda Unida y otros sectores de la izquierda poscomunista. Acto seguido, Irene Montero es nombrada portavoz parlamentaria de Podemos, en sustitución del propio Errejón.

Nada más acabar Vistalegre II, Errejón hace algo que muchos compañeros del partido, entre ellos la propia Montero, jamás le perdonarán. En la noche del 12 de febrero de 2017, se dirige a La Morada, el mítico círculo de Podemos en la capital, para hablar a los suyos. Hay rostros tristes por la derrota y el temor de una purga que podría hacer perder las posiciones alcanzadas en el partido, así como los sueldos públicos a los que ya se han acostumbrado. Errejón pronuncia entonces un discurso en el que afirma que él no terminará de luchar: «No os preocupéis que vamos a contraatacar», dice. Cuando Iglesias se entera de aquel discurso, se le plantea otra vez la interminable duda de qué hacer con su exnúmero dos. Montero y otros de su entorno son favorables a la línea dura: apartarle de todos los cargos. Si hace falta, presionarle para que salga del partido. A menudo asocian las palabras conspirador y traidor a Errejón, ahora rebajado a secretario de Análisis Estratégico. Pero Iglesias no ve conveniente enzarzarse contra un adversario político que goza de muchos apoyos a nivel mediático. Plantea pues una tercera vía entre el ostracismo y la inacción, que pasa por recuperar aquella propuesta de la lista para la Comunidad de Madrid. Así piensa aislarle de la dirección política nacional.

Errejón, una vez más, tiene que tragar. Solo puede aceptar y ganar tiempo. Mientras pasa de la primera fila a la segunda del grupo parlamentario, comienza a mirar a sus alrededores. Todavía tiene a sus fieles en el partido, pero están marginados, a la vez que Irene Montero y su círculo son los elegidos del secretario nacional. Detrás de ellos, sin embargo, hay otra persona que sufre el aislamiento impuesto por Iglesias y Montero. Se trata de Tania Sánchez, que, detrás de una columna en el Congreso, le guiña el ojo. Comienza así, en el «agujero negro» creado por Iglesias con la

defenestración de Tania Sánchez, la verdadera venganza de Errejón: la construcción de un sujeto político alternativo que pueda superar a Podemos, desde dentro o desde fuera, si hace falta. Tal y como los jóvenes politólogos hicieron en su día con IU.

Algunos miembros de Podemos recuerdan cómo aquellas semanas fueron duras para todos los que eran sospechosos de errejonistas. El espíritu de las purgas comunistas sobrevolaba Podemos. Muchos señalan a Irene Montero como la gran directora de orquesta de aquella operación. En esa vorágine, unos fotógrafos la captan besándose con Iglesias en un bar en las inmediaciones de la sede de Podemos en la calle Princesa de Madrid. La relación se oficializa. Él está cansado de tanta guerra. Hay incluso quien sostiene que atraviesa una pequeña depresión. En tan solo cuatro años, desde las europeas a las segundas elecciones generales, ha perdido amigos y tiene una vida más estresada que nunca. Su asalto al poder tampoco ha triunfado, y ahora le espera una temporada en la oposición, situación que le aburre. Irene Montero, en cambio, está más fuerte que nunca y desde la portavocía del grupo parlamentario se erige en casi secretaria general. La oposición empieza a hablar de ellos como «los Ceaucescu», en referencia a la pareja de dictadores rumanos de los ochenta. Iglesias confía plenamente en ella, y comienza a delegarle el grueso del trabajo a nivel interno. Algunos fieles de Iglesias empiezan a torcer el rostro. Temen que Montero quiera aspirar a darle el relevo y que él esté de acuerdo. Pero confían en que se le pasará. Ven, sin embargo, cómo Montero va teniendo una influencia casi desmedida sobre él. Cuando años después, el líder de Podemos asuma ante Sánchez que renuncia a tener un ministerio para desbloquear una coalición de izquierdas, pero a cambio de que Irene Montero, ya madre de sus tres hijos, sea vicepresidenta, verán cumplirse los malos presagios. «Todo cambió con lo de Irene, pero es que Pablo simplemente se enamoró de ella», comentarán después.

EL RACIMO DE UVA

En la Francia del siglo XVIII, Honoré Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, fue espía, monárquico y revolucionario. Ya por 1780, un año después del estallido de la revolución, este conocido defensor del Tercer Estado empezó a escribir secretamente a Luis XVI. En una de sus misivas, aconsejaba al rey no tener miedo a la protesta: su espíritu, reflexionaba, no era antimonárquico, sino todo lo contrario. Los primeros revolucionarios apelaban a un pueblo de iguales, sin clases y fieles al rey. Deseaban una monarquía parlamentaria. «La idea de no formar más que una sola clase de ciudadanos hubiera gustado a Richelieu», escribía Mirabeau. Y añadía: «Esa superficie igual facilita el ejercicio del poder. Muchos reinados de gobierno absoluto no habrían hecho tanto a favor de la autoridad real como ese solo año de revolución».

Luis XVI no escuchó a su confidente. Intentó reprimir la protesta, pero no tuvo suerte. A medida que la monarquía ignoraba sus instancias, los revolucionarios se radicalizaban y la república se bautizó con la sangre de la familia real. Años después, otro intelectual francés, Alexis de Tocqueville, recuperó las cartas de Mirabeau. En ellas vio el instante definitivo del fin de la monarquía francesa: ignorando los consejos de Mirabeau, Luis XVI se condenó a sí mismo, porque ante un cambio revolucionario, no es suficiente comprender su impacto y origen, sino saberlo dirigir. Eso era lo que proponía Mirabeau y que para Tocqueville se resumía en «comprender la revolución como hombre en grado de conducirla».

Para España, el estallido del 15-M tuvo cierto sabor revolucionario. La protesta quiso modificar las bases del sistema del poder político. Podemos nació en medio de ese clima de tensión, como intérprete de la queja ciudadana. Pablo Iglesias se erigió en el Moisés de la rabia social, con la vista puesta en capitalizarla para su escalada al poder. Él y las personas que le acompañaron entendían mejor que otros políticos el fenómeno social del 15-M. Pero ¿supieron conducirlo?

En Vistalegre, cuando Podemos se convirtió en partido político, tanto Errejón como Iglesias lo tenían claro. La formación que había irrumpido en las elecciones de 2014 llevando la voz de la indignación al Parlamento europeo, y que había despertado

el interés comunitario después de Syriza en Grecia, no podía seguir siendo un mero movimiento. Hacía falta construir un partido. La cúpula de la formación dibujó un sistema mixto, con un verticalismo madrileño todopoderoso y muy mandón, y las siglas locales que nacían como marcas de Podemos, inspiradas en el asambleísmo.

En la primera fase de construcción, Podemos asumió la forma de un racimo de uvas: aspiraba a tejer alrededor de la rama madrileña siglas locales aparentemente autónomas como uvas, pero siempre vinculadas a la dirección nacional. La descentralización tenía que quedarse en algo simbólico, y avanzar hacia la construcción de un partido nacional en el medio plazo. A la vez, Podemos planteó ampliar su marco de alianzas a partidos localistas para sumar votos de cara a las generales. La Ley D'Hondt premia la concentración de votos a nivel regional, y esa era, en opinión de los fundadores de Podemos, la carta que usar para optimizar su representación parlamentaria. Su secreta esperanza era, además, absorber esas siglas tal y como hizo el PSOE en los setenta, cuando fagocitó partidos menores como el de Tierno Galván y se convirtió en hegemónico de la izquierda.

Para Podemos se trataba de un intercambio táctico útil para la estrategia de la guerra relámpago hacia el poder. Desde Valencia, hasta Cataluña, Aragón, Andalucía, Galicia, etc., Podemos dejó que partidos como Las Mareas y Compromís entraran en el círculo morado. Les aseguró autonomía y complicidad a nivel nacional. Pero pidió a cambio un esfuerzo en las generales a favor de la candidatura de Iglesias. De esta manera, la formación morada lograba que esas agrupaciones actuaran como filtro ante la entrada de oportunistas, y por otro lado se aprovechaba de su arraigo territorial. En los primeros años de Podemos, en las reuniones del Consejo Ciudadano Estatal, el segundo órgano más importante después de los congresos, las intervenciones de Errejón e Iglesias eran algo parecido a un monólogo que duraba horas y en el que los secretarios periféricos se limitaban a escuchar y tomar nota, para luego intercambiar puntos de vista en los bares o en los chats internos. El objetivo clave de esa fase era ampliar la marca a nivel nacional, pero sin ceder demasiado poder a las secciones territoriales.

La ecuación funcionó bien en los primeros meses de vida del partido. En las elecciones municipales de 2015, Iglesias y sus aliados locales lograron gobernar importantes ciudades en todo el país. Era el primer paso del asalto a los cielos, aunque fuera más simbólico que efectivo, puesto que los fondos gestionados en los municipios no son comparables con los de las autonomías. Pero servía de escaparate para demostrar que Podemos sabía gobernar. La propaganda municipalista, incesante en aquellos años, sirvió a Podemos para encajar la idea de renovación con su apuesta por el localismo. Uno más uno, por aquel entonces, seguía siendo dos. En las generales de 2015 y 2016, el resultado electoral fue también reseñable. Cuadruplicaron el éxito de las europeas, pero no lograron dar el *sorpasso* al PSOE. Dos asaltos fallidos contra el adversario socialdemócrata que dejaron a la dirección de Iglesias ante una disyuntiva: tenía que decidir si seguir apostando por el modelo de partido defensor del localismo o

aprovechar su propulsión inicial para dar un giro de 180 grados, y proponerse como partido nacional defensor de un proyecto de cambio desde el centro del Estado y por encima de la periferia. Eso era, por decirlo como Tocqueville, saber conducir el 15-M.

Poco después de las primeras elecciones generales, sin embargo, Podemos demuestra haberse equivocado de guion. En febrero de 2016, los morados, en lugar que frenar su tentación localista, la incentivan. Incluyen el concepto de «plurinacionalidad» como uno de los elementos esenciales para llegar a un acuerdo de gobierno con los socialistas. Es la primera vez que visten de concreción un término que habían utilizado solo como elemento diferenciador de otros partidos. Quieren que el Estado asuma la bilateralidad con sus regiones y que estas puedan incluso establecer relaciones bilaterales, lo que les permitiría crear federaciones. Quieren, pues, dotarle de una soberanía *de facto* nacional, por encima del pacto constitucional del 78. Al café para todos, contraponen la asimetría entre «comunidades» y «naciones», con el Estado como promotor de un rediseño institucional potencialmente autodestructivo gracias a un ministerio de Plurinacionalidad y más fondos y competencias a las regiones. Cuando Podemos anuncia esas exigencias, lo hace de la mano de sus aliados catalanes (En Comú Podem) y gallegos (En Marea). El líder de En Comú Podem, Xavier Domènech, dice entonces que el Estado debe «reconocer la existencia de varias naciones» antes de cualquier debate sobre su estructura.

Es una decisión arriesgada, porque España atraviesa su peor crisis en democracia. Antes, había tenido que afrontar una dura reconversión industrial, la superación de la derecha nostálgica del franquismo y el terrorismo vasco, pero ahora la amenaza viene directamente desde las instituciones y en su región más próspera. Las elites nacionalistas catalanas han elegido apostar por el separatismo para evitar que el electorado les señale como responsables del empeoramiento de la situación social durante la crisis. Encuentran en Madrid, la capital, el chivo expiatorio de todos los problemas de Cataluña. El fuego prende rápidamente. En la región, la educación y la televisión pública llevan años construyendo un proyecto de nacionalización de masas, que florece cuando así lo eligen sus gobernantes. Es el mismo esquema que el sociólogo George L. Mosse describe en su brillante texto *La nacionalización de las masas* para explicar la llegada al poder de Adolf Hitler en la Alemania de los años treinta.

En Cataluña, la reivindicación autonómica se mezcla con la construcción de una identidad diferenciada culturalmente de la española. De ellos nace un nacionalismo xenófobo en términos culturales con el resto del país, que la izquierda española es incapaz de detectar. El PSOE evita enfrentarse abiertamente a él, y Podemos tampoco aprovecha su potencial para hacerlo. En las diadas, el 11 de septiembre, fiesta nacional catalana, centenares de miles de personas marchan para pedir un referéndum secesionista a la manera escocesa, que Iglesias llega incluso a defender. Iglesias crea una secretaria de Plurinacionalidad, que entregará a la catalana Gemma Ubasart, su amiga personal y también de Errejón, quien la conoce durante su estancia en Girona. Errejón habla bien el catalán y está convencido de que los morados pueden usar la

táctica de escuchar las pretensiones nacionalistas para, luego, desactivarlas con una idea de España renovada y «más ilusionante» al estar liderada por Podemos.

El acercamiento al nacionalismo catalán es un callejón sin salida, y una desviación del espíritu del 15-M, pero Errejón entiende el populismo como un sistema de vasos comunicantes en los que la frustración puede ser aprovechada tanto por la derecha como por la izquierda porque no tiene fundamento ideológico. Ahí se encuentra el granero de votos al que Podemos aspira, sin contemplar los peligros que la legitimación del separatismo significa para la democracia española. Errejón cree que puede surcar la ola de la crisis, culpando a la «casta» y lanzándose al ataque del nacionalismo con la esperanza de asumir parte de sus reivindicaciones para hacerse fuerte ahí donde el PSOE pierde votos. Su plan, respaldado por Iglesias, consiste en crear un peculiar populismo «atrápalo todo» en clave española, que, aun concediendo más privilegios a la periferia, fortalezca el espíritu nacional. Ante el «derecho a decidir», Iglesias y los suyos están convencidos de que en una consulta triunfará la opción de la unidad si es la que apoya Podemos.

En su cabeza está la ceremonia indígena en Tiwanaku de investidura de Evo Morales en Bolivia y la recuperación de la «soberanía» que abanderan los populismos en América Latina y europeos. En Bolivia, por ejemplo, donde Iglesias y Errejón habían viajado en 2014, la plurinacionalidad ha sido incluida en el texto constitucional. Errejón, que lleva una pulsera con los colores de la bandera de Bolivia, observó desde dentro la asamblea constituyente de ese país y vio cómo se introdujo en el artículo 1 de la ley de leyes la definición de «Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario». Así, piensa, Morales ha logrado el apoyo del grueso de los indígenas del país, que representan el 60 por ciento de la población. Y esa receta consideran que se puede aplicar a España, uniendo a todos los resentidos por la crisis: los que culpan a Madrid desde los territorios centrífugos y los que culpan a la clase política en el resto del país. Los flecos de esa retórica se visualizan con toda su limitación intelectual el día de la Hispanidad de 2016, cuando en el Ayuntamiento de Madrid, ya gobernado por Manuela Carmena, el concejal García Castaño (hoy en las filas de Errejón) colgó en la sede municipal del Centro de Madrid la bandera whipala que Evo Morales impuso en Bolivia como símbolo del Estado para contrastar a la rojigualda del PP.

Iglesias y Errejón son hijos de una cultura identitaria de la izquierda posmarxista. Crecidos en los años de Zapatero, consideran equivocado plantear una lucha al regionalismo desde la izquierda. Lo que en Francia, Alemania e Italia es asumido como fundamental por la experiencia nazifascista, en España es desconocido. Iglesias reconoce esa peculiaridad española, pero considera que para llegar a La Moncloa en el menor tiempo posible es inútil intentar revertir esa dinámica. Ha decidido cabalgar el tigre. Sabe que las elites centristas en el País Vasco y en Cataluña son las que han capitalizado los votos nacionalistas y su plan no pasa por enfrentarse a ellas, sino por intentar robarles votos. Se concentra en la supuesta herencia franquista de la España democrática y entra en el juego de la retórica separatista.

Según las estadísticas demoscópicas, a medida que el conflicto en Cataluña aumenta e Iglesias no lo condena, pierde adeptos. Se convierte en el político peor valorado por los que no son sus votantes, pero en ningún momento se plantea romper con el pecado original de la izquierda poscomunista española que ha vetado la bandera rojigualda. Sigue anclado en el revanchismo republicano y viste camisetas con la bandera tricolor. En otros países europeos, la insignia nacional no representa un problema para la izquierda. Algunos partidos comunistas de la zona occidental del telón de acero la reivindicaron incluso ante la injerencia soviética, mientras que los que juraron fidelidad a Moscú perecieron rápidamente. Sánchez se diferencia de Podemos luciendo una gran bandera española. Su partido respaldará la aplicación del artículo 155 de la Constitución tras el desafío de Puigdemont, mientras que Iglesias nunca reivindicará la hispanidad o la bandera nacional, y llegará incluso a recurrir ante el Constitucional la aplicación de dicho artículo. Esa estrategia produce las primeras grietas a nivel político en el partido.

A medida que el desafío catalán toma forma, desde la consulta de Artur Mas hasta el referéndum ilegal convocado por Carles Puigdemont, en Podemos la crisis de liderazgo se cruza con la cuestión nacional. Errejón primero empieza a cuestionar el acercamiento de Iglesias a los independentistas. Cuando Iglesias se cita con Oriol Junqueras en la casa del magnate de la televisión, Jaume Roures, en Podemos son muchos los dirigentes que dudan de ese planteamiento. Pocas semanas antes, Errejón ya había empezado a discutir sobre esa estrategia. «Una fuerza progresista que no puede reivindicar la identidad nacional tiene pocas posibilidades de transformar el país y, por consiguiente, de ser útil. A mí me emocionan mucho los pueblos que se emocionan con su bandera», declara en *El Mundo*.

Errejón comienza a hablar de un proyecto federal para España, pero sale del armario y con más contundencia empieza a hablar de la «idea de España» y de plantear desde la izquierda una batalla cultural a la derecha sobre el significado de nación. Quiere involucrarse en la bandera y escenifica una fractura con Iglesias que ya no se limita al liderazgo o al acercamiento de Izquierda Unida, sino que propone una lectura diferente del legado del 15-M y del proyecto de cambio de Podemos. Recupera el concepto de patria, que el propio Iglesias había empleado en la mayor concentración popular promovida por Podemos. Había sido en febrero de 2015, cuando ante una Puerta del Sol a rebosar, Iglesias había concluido su discurso apelando a la «patria» de la «gente». «La patria no es una marca», dijo, pero resbaló cuando apeló a una patria que «respete la diversidad nacional» existente en España.

El 15-M pidió «limpiar» la administración de la corrupción, pero no descentralizar el Estado. Su exigencia fue un deseo de más igualdad y de rechazo a los privilegios en un contexto de dura crisis económica. La dinámica que llevaba a llenar la Puerta del Sol en los días del mayo madrileño era interclasista. La plaza solía llenarse a partir de las seis o siete de la tarde con la llegada de los treintañeros, aún con los trajes y las camisas del trabajo. No fue una movilización estudiantil, ni siquiera sindical. La transversalidad a

la que tanto apelaba Errejón se manifestó en la Puerta del Sol, y en otras plazas españolas en aquellos días. Pero en ningún caso ahí se habló de plurinacionalidad ni de mayores concesiones a los nacionalistas.

Aunque una de las consignas del 15-M fue «la llaman democracia y no lo es», lo que pedía la plaza era más presencia de las instituciones. Una ecuación que, *de facto*, significaba más centralismo, aunque eso pudiera parecer contradictorio en una nación como España, con una fuerte —y trabajada por las elites regionales— tendencia centrífuga. Podemos comprendió la fuerza rompedora del 15-M, la explosión del hartazgo, semilla de la revuelta. Pero más allá de aprovechar esa propulsión para su proyección personal, el nuevo partido no supo dar sustancia política a esa indignación. Habló de «plurinacionalidad», perdió el contacto con el corazón de las exigencias del 15-M y pronto cayó en una grave crisis interna y en la implosión de su propio modelo de partido, dinamitado por las marcas locales a las que aspiraba fagocitar.

Es la balcanización de Podemos, que se produce a la vez que Iglesias comienza a perder fuelle. No sabe conducir el movimiento, y esa misma Puerta del Sol desde la que había lanzado su amenaza definitiva a las clases dirigentes, imitando el sonido del reloj, «tic tac tic tac», le da la espalda. Durante otra concentración promovida con la campaña del Tramabus, en la que Podemos quiere recuperar su ataque a la corrupción como eje vertebrador de su discurso, el kilómetro cero de Madrid se vacía de gente. Unos pocos centenares de personas acuden a escuchar al líder de los morados tan solo dos años después de haberle erigido en ídolo de las masas. En el escenario también se encuentra Irene Montero, pero ya no son los políticos más buscados del país. A escucharles solo van militantes y algunos curiosos. Transeúntes y turistas cruzan sin problema la plaza. Algunos de ellos, con acento venezolano, llegan incluso a insultar a Iglesias mientras pasan por delante con las bolsas de la compra e interrumpen la intervención del líder máximo de los morados. La sensación de retroceso es palpable.

En ese periodo, otra fundadora de Podemos, Carolina Bescansa, empieza a mostrarse crítica con la dirección. Dice que Iglesias demuestra «confusión» en cuanto al encaje del partido en el desafío nacionalista y le acusa de «confundir la crisis política catalana con la crisis territorial española, la desobediencia civil con la desobediencia institucional, desentenderse del alcance de la crisis de Estado nacida de las decisiones del Parlament de Catalunya en septiembre de 2017, y no asumir el cambio constitucional como única propuesta capaz de hacer frente a la crisis territorial española y la crisis política catalana». Bescansa, autora de los estudios demoscópicos que en su día permitieron a Podemos encontrar el nicho electoral que le convirtió en tercer partido nacional, lleva meses advirtiendo de puertas adentro de la tendencia negativa en los sondeos. «A mí me gustaría un Podemos que le hablase más a España y a los españoles y no solo a los independentistas», ataca públicamente un día en el Congreso. Ya es oficialmente una voz crítica. Sale de la dirección del partido declarándose ajena a la pelea interna entre Iglesias y Errejón, aunque la decisión del secretario general de apartarla de la Comisión Constitucional, sustituyéndola por Montero, la enfurece. Su

comentario será otra vez lapidario: «Podemos es un partido de naturaleza estatal y español, con un proyecto político para España y para Cataluña. Pero es un partido con un proyecto político español y eso nos hemos olvidado de contarle en esta crisis».

La ruptura entre Iglesias y Bescansa se produce, no obstante, otra vez por la lucha de poder interno. En el canal oficial de Bescansa se publica, supuestamente por error, un documento en el que le planteaba a Errejón construir una corriente interna y desde ahí atacar a Iglesias aprovechando las elecciones autonómicas de 2019. Los chats internos vuelven a incendiarse. La filtración, de la que Bescansa responsabiliza a su «equipo», plantea también atacar a Ramón Espinar, hombre fuerte del secretario general en la capital. Bescansa se ofrecía como número dos de la lista electoral de Errejón para construir a través de Madrid «el embrión del futuro gobierno de España». Errejón, nada más conocer la publicación del documento-borrador, toma distancia de la socióloga. Tilda el documento de «delirante» y dice que «no ayuda a remar». Aun así, un año después será él quien, tras sumarse a la plataforma de Carmena, hace algo parecido: construir desde Madrid un nuevo sujeto político destinado a pelear con Podemos por su espacio electoral.

Bescansa había asegurado a los suyos que su reflexión estaba fundamentada por los datos. La socióloga había detectado la caída de Podemos cada vez que Iglesias y los suyos hacían comentarios aperturistas hacia el conflicto separatista en Cataluña. Así, desde finales de 2016, hasta los días más conflictivos de los meses de otoño de 2017. «Cada vez que Pablo habla de derecho a decidir y de referéndum, Podemos pierde votos», comentaba en su círculo de confianza. Para ella, la cuestión catalana estaba acabando con Podemos, y hacía falta un revulsivo en el sentido opuesto. No estaba equivocada. Desde el 15-M, la sociedad española había vivido con intensidad un difícil receso económico y social que había obligado al principal competidor en el espacio de la izquierda, el PSOE, a un duro proceso de cambio interno. Pedro Sánchez, después de ser defenestrado por los barones territoriales contrarios a que buscara un pacto con Podemos y los nacionalistas, logra volver a controlar el partido. La gestora dirigida por Javier Fernández, asturiano socialista y antinacionalista, comete el error de dejar que entre la salida de Sánchez y las nuevas primarias internas pasen más de seis meses: el sector guerrista jamás le perdonará esa equivocación. Sánchez, respaldado por el núcleo valenciano del partido y algunos medios afines a Podemos, recupera el control de la formación, que mueve hacia axiomas como el lenguaje inclusivo o la plurinacionalidad, hasta entonces patrimonio de Podemos. Mientras el PSOE se va reforzando, Iglesias y Montero deciden entregarle a Sánchez el gobierno de la nación tras una moción de censura a Mariano Rajoy en la que son esenciales los votos de los independentistas.

Durante la moción de censura a Rajoy, en junio de 2018, la olla de Podemos está en plena ebullición. Dentro del partido, algunos creen que entregar a Sánchez el gobierno sin pedir nada a cambio es contraproducente. Pero la posibilidad de alejar al PP del gobierno, después de la sentencia sobre la Gürtel que se asocia a un caso de corrupción,

hace que suba la adrenalina entre los morados. En parte es el cumplimiento de su misión, pero la fiesta no durará mucho tiempo. Iglesias, que tan solo dos años antes había acusado a Felipe González de tener las manos manchadas de sangre y cal viva por los GAL, ahora entrega el gobierno a su partido rival e incluso se encarga de las negociaciones con los nacionalistas. Rajoy, bloqueado entre el orgullo personal y la indecisión sobre si pasar el bastón de mando a una de sus herederas con el peligro de romper el PP, deja que la moción prospere. De ella, solo saldrá un vencedor. Es Pedro Sánchez, quien demostrará desde la sala de máquinas del gobierno la eficacia de la máxima de Giulio Andreotti, que reza que «el poder desgasta a quien no lo posee».

Con la supuesta victoria política de la moción de censura, Iglesias intenta tapar muchas fallas internas. Pablo Echenique, todopoderoso secretario de organización, es incapaz de crear las bases de un partido arraigado a nivel local y Podemos se va fracturando. Solo Irene Montero comienza a detectar que, fuera de Madrid, el líder máximo está en realidad desnudo. En Castilla-La Mancha, donde Podemos logra entrar en el ejecutivo de García Page, actúa un grupo que empieza a distanciarse de Iglesias. Son pablistas convencidos, como José García Molina o Francis Gil, todos dirigentes de peso que detectan el cansancio de las bases. Aun así se mantienen fieles a la dirección nacional y reniegan de las tesis errejonistas, que van cuajando en Madrid y en algunos sectores de la izquierda regionalista.

En esos meses de 2017, cuando también estalla el caso de la compra por parte de Iglesias y Montero de un chalet en una urbanización en las afueras de Madrid, Errejón mantiene un perfil bajo. Es el candidato elegido para las elecciones madrileñas del año siguiente, pero ya no va a las reuniones internas. Nadie sabe concretamente dónde está, aunque algunos de los más veteranos políticos de Podemos y otros de IU sospechan que está tramando algo. Aparecen algunos vídeos de Errejón en clave prelectoral dentro de la campaña *Sí Madrid 2019* en los que domina el color turquesa y no el morado. El turquesa será luego la elección cromática de Más Madrid. También aparece una M en el lado superior de la pantalla, a la que pocos dan importancia, aunque los más atentos avisan a Iglesias. El secretario general, no obstante, está ocupado con la gestión de las polémicas personales sobre él y Montero, y en evitar que el primer gobierno de Sánchez caiga y se adelanten elecciones. Iglesias percibe que Podemos ya no es la marca atractiva de hace cuatro años. Pero tras el nacimiento de sus dos hijos, se ausenta de la primera línea política seis meses. En esa ceguera, ya no se da cuenta de que a nivel territorial va cundiendo cierta preocupación.

Como es habitual, la destrucción de un imperio comienza en la periferia. Y lo hace de manera imperceptible, hasta que desde el centro sea imposible frenarla. Cuando antes de las elecciones generales y autonómicas de 2019, Errejón decide dar el paso y sumarse a la plataforma de Manuela Carmena, detrás ya tiene el respaldo de siglas regionales como Compromís y otros federalistas en Cataluña, Andalucía y Madrid. Sectores ecologistas también le apoyan, atraídos por la idea de un proyecto político que vuelva a hablar de cambio. Errejón está convencido de que puede recuperar el espíritu germinal de Podemos, aquello de la regeneración a la que ahora quiere sustraer la plurinacionalidad, sustituida por un encaje federal más retórico que efectivo. Vuelve su

lectura de la política como táctica *transformista*, de populismo entendido como sistema de vasos comunicantes, útil para captar la frustración popular ahí donde se encuentre. En definitiva, puro oportunismo.

En esos primeros días del golpe de Errejón, la crisis interna amenaza con romper por completo el edificio de Podemos. La fidelidad de los sectores comunistas de Izquierda Unida, y el papel del propio Alberto Garzón, impiden que ocurra el desastre. La formación de Iglesias, no obstante, ha perdido su propulsión. En cierto sentido, también Iglesias ha sido víctima del *procés*: quiso ser verdugo, sacrificando por un cálculo electoralista las instancias más profundas de los indignados del 15-M, pero acabó en los brazos de Junqueras y Roures. Pero, para que una explosión sea controlada, hace falta saber cuándo y dónde colocar la dinamita. Errejón lo supo desde hacía tiempo. Con su expareja, Rita Maestre, llevaban años reuniéndose de manera confidencial con Manuela Carmena, la nueva alcaldesa de la capital, que empezó a proponerse como guardiana de las esencias de Podemos y enemiga de Iglesias. Tania Sánchez se sumó al grupo. Solo hacía falta activar el mecanismo de desconexión. Durante el primer mes de baja de paternidad de Iglesias, Errejón aprovecha de manera poco noble para hacer explotar por dentro el partido. El racimo de uva ya está descompuesto, solo hace falta recoger los frutos caídos dentro de un nuevo contenedor, ahora liderado por él.

TU QUOQUE, CARMENA

«**M**amá, tú eres la Ada Colau de Madrid». El primero que vio la posibilidad de que Manuela Carmena, jurista y exjuez de 72 años, pudiera convertirse en alcaldesa de la capital fue su hijo, Manuel. Ocurrió durante una cena familiar, mucho tiempo antes de que Podemos se interesara en ella y en un clima de convulsión social que ya había proyectado a la activista Ada Colau como candidata a la alcaldía de Barcelona. La exjuez, prácticamente desconocida por la opinión pública, era entonces una simple gestora de Zapatelas, una tienda de ropa de niño confeccionada por reclusas en el barrio de los hipsters de Madrid. El establecimiento, que olía a café y magdalenas, había sido abierto tras el registro de la sociedad Yayo Emprendedores, de la que era dueña.

Exafiliada al PCE y magistrada en el País Vasco, había sido invitada junto al exministro de Educación socialista, José María Maravall y al catedrático de Filosofía Contemporánea en la Universidad de Barcelona, Manuel Cruz, al programa de Jordi Évole, *Salvados*, que se emitió el 2 de junio de 2013 y en el que se abordó el tema de la desafección de los españoles hacia la política. Carmena, alrededor de una mesa de madera con Évole, señaló como causa de esa desconfianza el incumplimiento de los programas electorales. «Porque los programas de las elecciones son de una vaguedad, falta de precisión, sin datos técnicos... ya que están preparados para no cumplirlos», acusó. También calificó de «interesante» la posibilidad de que se considerara «delito» no mantener la palabra dada en campaña electoral y recordó la demanda que el cantante Luis Llach quiso interponer contra el PSOE por su giro con respecto al referéndum de la OTAN en 1986. De sus contertulios, solo Maravall subrayó que los intentos de condenar jurídicamente el incumplimiento de un programa electoral fue denegado en tres países diferentes, y que lo más importante no era la judicialización sino el «castigo» en los comicios por parte de los votantes, lo que se suele llamar *accountability*. Pero tanto Carmena como Cruz ya estaban entregados a un discurso muy próximo a la antipolítica.

La juez sobresalió comentando la declaración de «nulidad» de la ley hipotecaria española por parte de la justicia europea, a raíz de la defensa de Dionisio Moreno en el caso Aziz. Para ella era la evidencia de que «sí se puede» cambiar el sistema político en

un contexto de crisis económica. Su retórica y discurso gustaron en los ambientes de Podemos. Aquella noche, Carmena entró como un rayo en la cabeza de un dirigente muy curtido del partido morado. Concretamente de Jesús Montero, exsecretario de las Juventudes Comunistas del PCE en los ochenta y hombre de confianza de Iglesias, que empezó a contemplar la posibilidad de que esa exjueza mayor de edad y jubilada, con la sonrisa tierna y un discurso casi clavado al de los indignados, podía formar parte de una próxima candidatura de la formación morada. Se guardó su nombre.

En esa época, desde Madrid, los dirigentes de Podemos miraban con mucho interés el crecimiento de la figura de otra activista. Era Ada Colau, que gracias a la lucha contra los desahucios se había convertido en una personalidad conocida en Barcelona y a la que La Sexta daba mucha cancha. Cuando se supo que Colau preparaba una candidatura para concurrir a las elecciones en la ciudad condal, algunos dirigentes de Podemos tomaron contacto con Carmena. Creían que para el curso electoral de las autonómicas y municipales de 2015 hacía falta buscar a personas de la sociedad civil de edad avanzada para ofrecer la imagen de un partido maduro para gobernar. Durante la primera charla informal con la magistrada, que tuvo lugar antes del verano de 2014, escucharon con interés los cumplidos que ella pronunciaba para hablar de esos «jóvenes» del 15-M. Carmena había quedado impresionada por la edad de los promotores de Podemos y comulgaba con ellos en muchos asuntos políticos. Egocéntrica y activa, se sintió halagada por la visita de los delegados de Podemos, pero rechazó todo tipo de afiliación. Habló del problema que hubiera representado su ancianidad para una iniciativa que debía tener una propulsión juvenil. Aunque, justo en los últimos minutos de esa conversación, hizo entrever una esperanza: recordó las palabras de su hijo, con risas, de que podía ser la «Ada Colau de Madrid», y dejó a sus interlocutores una puerta semiabierta. La delegación de Podemos se retiró satisfecha.

Por aquel entonces, Iglesias seguía en Bruselas como europarlamentario. En Madrid, sus hombres buscaban perfiles adecuados para lanzar una candidatura de «cambio» que atrajera a todas las siglas municipalistas nacidas en las aguas removidas de la crisis. Algo parecido ya se estaba moviendo en Barcelona. Ganemos, el equivalente de Guanyem, se presentó en Madrid en el barrio de Lavapiés a finales de 2014. Personas de la cultura, políticos y activistas presentaron en el Teatro del Barrio el embrión de la plataforma que tomaría el nombre de Ahora Madrid. Era el mismo lugar donde Errejón e Iglesias habían anunciado su entrada en política. Todo se ejecutaba con rapidez y Podemos tenía que actuar con decisión si quería evitar que IU se convirtiera en el interlocutor del cambio que estaba cuajando en la izquierda. La gran habilidad de Iglesias y sus socios había sido cabalgar y liderar el movimiento del 15-M con prontitud y eficacia. La protesta había sido espontánea, pero ellos rápidamente la habían capitaneado. Lo habían hecho poniendo en práctica una de las máximas de la estrategia política comunista, dirigida a infiltrarse en los movimientos revolucionarios, aunque sean de procedencia burguesa, con el objetivo de liderarlos o, por lo menos, sacar provecho de ellos. En Barcelona, Colau se había convertido en pivote de muchas

reivindicaciones del mismo bloque social y político en el que se inspiraba Iglesias, y en Madrid quedaba pendiente la cuestión del nombre del candidato. El encuentro entre las diferentes siglas de la izquierda madrileña alternativa al PSOE sirvió para decidir que el nuevo candidato común saldría de primarias. Era una victoria de Podemos, puesto que era la sigla más de moda del momento y la favorita para elegir el cabeza de lista. A la vez, los morados asumieron que los puestos en las listas se distribuirían de manera proporcional a los resultados en esas elecciones internas.

Una joven dirigente procedente del activismo universitario y la Complutense aspiraba a convertirse en la cabeza de lista del sector morado. Era Rita Maestre, novia de Errejón, y conocida por su perfil batallador. Hija de altos funcionarios, provenía del Madrid adinerado pero no rico del barrio de Salamanca. Ella también muestra interés en la historia y la política italiana, pues como otros muchos miembros de Podemos había estudiado en el Liceo italiano de Madrid, una entidad que alterna maestros y profesores italianos y españoles y que ha constituido otro peculiar nexo de la generación de jóvenes dirigentes de Podemos con el país transalpino. Se autodefine «partisana», pero es de alta cuna, refinada, empollona y no acepta las críticas. No le cuesta mentir, y como muchos dirigentes de Podemos tiene una imagen edulcorada y mítica de la izquierda de los primeros años de la Transición, concretamente de la experiencia de sus padres, a quienes no quiere decepcionar. De niña acompañaba a su abuela a misa, pero de estudiante lo hará en sujetador, para protestar quizás más contra su pasado de «niña bien» que contra no se sabe qué autoridad. En Podemos acaba encargándose de las redes sociales, y la marca madrileña Ahora Madrid le apoya durante la investigación por su irrupción en la capilla de la Complutense con un mensaje que reza: «Somos putas, señoritas, bolleras, pescaderas... Seguimos siendo las brujas que no pudisteis quemar». Cuando llega a ostentar un cargo público en su currículum aparecen solo efímeras experiencias profesionales de monitora y una estancia en América Latina. Puede permitirse ser una revolucionaria porque sabe que siempre caerá de pie.

Debido al episodio en la capilla de la Complutense, fue imputada por un delito de odio, y exculpada años después. Cuando recibió la notificación oficial de la absolución rompió a llorar. Su carrera política estaba a salvo. Maestre había trabajado como otros jóvenes en la creación de Podemos. Tenía 26 años y era considerada una de las mejores oradoras del grupo, aunque con muy poca experiencia. Con ella otro peso pesado del partido esperaba tener el honor de luchar por la alcaldía de Madrid. Era Juan Carlos Monedero, quien se había interesado en ello desde las elecciones europeas de un año antes. Monedero era uno de los ideólogos y dirigentes de mayor peso del «núcleo irradiador» de Podemos, por decirlo en palabras de Errejón. Sostuvo que su perfil de académico podía convertirle en la primera opción de la izquierda madrileña, y de ahí robar al PP el bastón de mando. Cuando hizo esa propuesta, los suyos la descartaron casi de inmediato, aunque tuvieron que comunicárselo más de una vez para que él lo entendiera. «El problema es que tu nombre no suma, sino resta», le explicaron. Monedero lo asumió muy a su pesar. Pero Maestre, apoyada en la retaguardia por Errejón, siguió intentándolo hasta el final.

El tercer nombre sobre la mesa era el de Carmena. Ella se había asociado siempre con las víctimas del atentado derechista de Atocha, en 1977. Aquello fue un acontecimiento central de la Transición, porque después de la matanza de cinco abogados laboristas por parte de un comando filofranquista, Santiago Carrillo, histórico secretario del PCE, dio la orden de no responder. Era la demostración de que el partido ya no dependía de Moscú y que no era una amenaza de otra Guerra Civil. El rey y Adolfo Suárez actuaron en favor de su legalización y el día en que Carrillo dictó el regreso de los comunistas a España lo hizo poniendo una bandera rojigualda detrás de la mesa en la que leyó su comunicado, como símbolo de la unidad nacional que se debía alcanzar en democracia. Carmena se consideraba heredera de aquellos años y una figura conocida de los ambientes feministas. Había sido una de las juristas más jóvenes de su época y estaba vinculada al despacho de abogados atacado el 24 de enero de 1977. Su perfil era electoralmente interesante. Si bien desconocida por la opinión pública, rompía con la imagen del partido revolucionario y de jóvenes. Proyectaba solvencia y moderación, justo lo que buscaba Podemos para unas elecciones locales que debían lanzar al partido hacia la línea de meta del *sorpasso* al PSOE.

Aunque los errejonistas empujaban por Maestre, el pablismo era más proclive a elegir a Carmena. Después de la primera toma de contacto del verano de 2014, los emisarios de Iglesias volvieron a tocar a su puerta ya entrado 2015. El tiempo corría rápido. En tan solo pocos meses se celebraban las elecciones municipales y era necesario oficializar al candidato. Cuando Rita Maestre rozaba la posibilidad de convertirse en número uno de la lista de Podemos, Jesús Montero hizo un último intento. Se presentó en la tienda de la magistrada en el barrio de Malasaña para comunicarle que tenía que decidirse: «Es ahora o nunca», le dijo. Carmena esta vez se lo pensó unos minutos, y decidió dar el paso. A las pocas horas de que Errejón y Maestre se enteraran de que Carmena había manifestado su disponibilidad, y que la dirección de Podemos nacional y madrileña estaba trabajando para dar el visto bueno a la operación y preparar su lanzamiento público, decidieron adelantarse. Acudieron en secreto a su casa para buscar de inmediato su complicidad. Querían erigirse de alguna manera en los primeros interlocutores oficiales de la candidata a la que, en realidad, habían elegido los afines a Iglesias y así tejer una vinculación especial con la exjuez. Con la cabeza ya puesta en ocupar la casilla madrileña para dar el salto a la secretaria general, según el esquema que los pablistas descubrirían un año más tarde, Errejón había movido otra ficha. Él y Rita Maestre engatusaron a Carmena, quien, a los pocos meses de gobierno, ya tomaría distancia de Iglesias.

En marzo de 2015, gracias al respaldo de los afiliados de Podemos, Carmena arrasa en las primarias internas de Ahora Madrid. Su cara empieza a circular en los *flyers* de Ahora Madrid, al lado de Pablo Iglesias, de Nacho Murgui, coordinador de las asociaciones vecinales de Madrid, y el candidato de Podemos en la Comunidad, José Manuel López. «Madrid, capital del cambio. Es ahora», rezaban los carteles. De la nada, Carmena se había convertido en una de las figuras más buscadas por la prensa y la

televisión. Su edad y su perfil llamaban la atención en un público acostumbrado a ver en Podemos a un grupo de treintañeros críticos con el sistema y temidos por su discurso rupturista. Carmena rompía con la retórica de los opositores y también del PSOE, que pretendía frenar el tsunami morado recurriendo a su experiencia de gobierno. La futura regidora, además, era conocida en los ambientes de la izquierda «divina» de Madrid. Gracias a ella y su marido, un importante arquitecto de la capital, eran muchas las figuras de la jet set que la apoyaban.

La esperanza era que, con los votos recogidos por el socialista Antonio Miguel Carmona, las dos izquierdas recuperasen el gobierno de la capital. Desde el principio, Carmena confió en poder ganar la contienda. Los sondeos y muchos de los nuevos dirigentes de Podemos temían que fuera exagerada su esperanza, pero los resultados dieron la razón a la exjuez. Gracias a la coyuntura favorable y a la ansiosa campaña de la popular Esperanza Aguirre, que la convirtió en una de las figuras más conocida del momento, la exjuez dio la sorpresa. Con 519.000 votos convirtió a Ahora Madrid en el segundo partido más votado en la capital, a tan solo 45.000 votos del PP. Aguirre ganaba pero no sumaba una mayoría de gobierno. Ahora Madrid y el PSOE, en cambio, sí podían gobernar, y solo dependía de que el partido liderado por Pedro Sánchez decidiera qué hacer. La popular, con habilidad, propuso entonces a Carmona hacerle alcalde para evitar que Podemos ocupara el Palacio de Cibeles. El socialista tuvo que pensárselo y mucho. Para un político con aspiraciones nacionales y el bagaje que lucía, convertirse en alcalde de la capital representaba la antesala a muchos cargos de prestigio. Pedro Sánchez, sin embargo, vetó que contara con los votos del PP.

El secretario socialista quería evitar que algún compañero potencialmente crítico se fortaleciera. Carmona recogía apoyos en muchos ámbitos académicos, políticos e intelectuales, y Sánchez, que años antes también había sido concejal en Madrid —apodado el «guapo» y elevado a las primeras posiciones políticas por Pepe Blanco para rejuvenecer la imagen del PSOE— sabía que en Madrid era esencial no tener dísculos. Así que apostó por entregar los votos del PSOE a Podemos, IU y Anticapitalistas, argumentando, al menos en la teoría, que el frágil equilibrio interno de Ahora Madrid no habría resistido mucho tiempo y que el PSOE habría reconstruido el edificio derrumbado por la izquierda radical. Carmona pudo rechazar la orden de su secretario, ir por libre e intentar gobernar, aun con tan solo nueve concejales. La historia del PSOE quizás hubiera cambiado. Pero decidió asumir que los votos del PP de Aguirre no eran aceptables para un gobierno en minoría del PSOE, y que lo mejor era convertir a Carmena en regidora y entrar en su ejecutivo a partir del segundo año.

Un núcleo de expertos y afines a Carmona empezó entonces a negociar con Carmena un programa de gobierno, que ella pronto habría desatendido, de la misma manera que habría calificado de «sugerencias» las decenas de páginas del programa electoral de Ahora Madrid, tan solo dos años después de sus sentencias en el programa de Évole. Ya en aquellas negociaciones, Carmena demostró su talante independiente. A su lado, iba emergiendo el futuro hombre fuerte de su ejecutivo, su sobrino Luis Cueto, a quien los dirigentes de Podemos tildarían de «alcalde en la sombra». A la vez que la figura política de Carmena se consolidaba, la de Carmona comenzó a dar un giro

inesperado. Sánchez decidió cesarle de la portavocía del grupo municipal de manera inmediata por temor a que ese acuerdo tácito alcanzado con la regidora le convirtiera en un enemigo interno. Meses más tarde, cuando ya el ejecutivo de Ahora Madrid había empezado a rodar y el PSOE en cada votación clave se convertía en la muleta del gobierno de Carmena, algunos ediles del PP le recordarían a menudo la oferta rechazada, añadiendo: «Qué gran alcalde ha perdido Madrid». Carmona hoy mantiene intactos muchos de sus apoyos y prestigio, y sigue activo como político en el ámbito madrileño y nacional.

El día en que Carmena fue investida alcaldesa, en junio de 2015, sus descubridores y principales promotores, Iglesias, Montero y Monedero, ya entendieron que algo iba mal. Ni Carmena ni su lugarteniente, Maestre, entregaron las invitaciones a tiempo y casi se quedan fuera de la sesión de investidura. Lograron entrar como invitados para aplaudir a la nueva regidora y estar en la foto gracias a una funcionaria pública y al concejal García Castaño, que les entregó los papeles necesarios para acceder al hemicycle. En aquel momento, Monedero llevaba tiempo advirtiendo a Iglesias de que tuviera cuidado con Errejón. «Te equivocas al elegir tus amigos», se había atrevido a comentar. El fundador del partido morado detectaba la influencia de Errejón sobre Iglesias y mantenía su discrepancia por no haber sido elegido candidato. A finales de abril, había comunicado su dimisión de la dirección del partido, justificándola con un cuestionamiento de la estrategia «moderada» que estaba tomando Podemos. Monedero, que también se había sentido abandonado por el sector errejonista durante la polémica del dinero que tuvo que regularizar con Hacienda, consideraba que la formación se estaba decantando por convertirse en una «maquinaria electoral», más que en un partido destinado a modificar el futuro del país. «A veces nos parecemos a lo que queremos sustituir. Eso es una realidad», avisaba a las personas de su máxima confianza, a las que señalaba a Errejón como el responsable de esa deriva. Aunque muchos le daban la razón, nadie podía imaginarse hasta dónde habría llegado Errejón en la búsqueda de un proyecto personal, y cómo ya entonces estaba plantando los cimientos de su golpe a Iglesias.

Gracias a aquella primera visita y a cierta confianza personal, Maestre se había consolidado como principal interlocutora de Carmena. Con Iglesias, en cambio, la nueva regidora guardaba las distancias. Con él nunca se había entendido del todo y en público había incluso rechazado considerarlo como un «amigo». Más bien un conocido, comentaría. En cuatro años, solo se reunió en privado con Iglesias tres veces. Así lo reveló la propia regidora, después de que el popular José Luis Martínez-Almeida le arrebatara el gobierno de la capital. Ninguno de esos encuentros fue particularmente agradable, aunque tampoco conflictivo. Entre ambos había una relación de respeto, pero nada parecido a la amistad. Diferentes e iguales, desconfiaban el uno de la otra. Y si Iglesias intentaba que Madrid fuera el escaparate del Podemos de gobierno, Carmena cada dos por tres se desmarcaba del partido que la había aupado a la alcaldía. Desde

muy pronto, Carmena propuso un modelo muy vertical de gobierno, aunque aliñado con una retórica asamblearia, de la que se consideraba portadora.

Una de las primeras cosas que hizo fue ordenar una gran mesa circular que colocó en la segunda sala de su despacho en el Palacio de Cibeles para celebrar las reuniones de la junta de gobierno. La mesa circular, que sustituyó la cuadrada situada en la esquina por el exalcalde Ruiz Gallardón, tuvo que entrar por partes debido a su tamaño. Con un diámetro de unos seis metros, esta mesa debía ser el símbolo del asambleísmo elevado a poder político. Nada más efímero, porque Carmena gobernó su equipo con orden y mando. Su juicio sobre la «chavalería» que la acompañaba era demoledor. Cuando llegó al Palacio de Cibeles, la regidora incluso pensaba que no era necesario tener un equipo de prensa. Pero pronto cambió de opinión, y fijó un protocolo para desmentir a los medios. También compactó sus filas e impuso un método de mando firme. Amenazó en varias ocasiones con dimitir ante los desafíos, a veces estériles e inoportunos, de sus concejales críticos, y acabó por romper por dentro Podemos, haciendo que de los seis o siete ediles considerados morados se convirtieran en carmenistas, so pena de perder en las segundas elecciones el puesto en la lista electoral y el sueldo de casi 100.000 euros anuales al que se habían acostumbrado. La propia alcaldesa, que había prometido reducirse el salario, concluyó su mandato con más dinero que su antecesora Ana Botella y siendo la regidora que más cobraba en España.

Carmena, de hecho, destacó más por los gestos que por la gestión. Rita Maestre, su portavoz y persona de máxima confianza, construyó un rodado equipo de comunicación y propaganda, en el que trabajaron entre 60 y 70 personas entre funcionarios, asesores y becarios encargados de promover una imagen positiva del gobierno local. Parte de la estrategia de comunicación del Ayuntamiento fue, en realidad, una continuación de lo que Errejón había diseñado para Podemos. Las redes y la televisión eran las puntas de lanza de la construcción del relato que promovía el Consistorio. Carmena forjó incluso una herramienta digital, *Versión original*, para contrastar la información desde las instituciones. Duramente criticada por asociaciones y sectores de la información, la alcaldesa dio finalmente marcha atrás. Pero no renunció a otros tipos de campañas no convencionales. Disparó el gasto en Facebook y otras redes sociales un mil por ciento, hasta un desembolso anual que superó los cinco millones de euros. Este esquema funcionó a la perfección durante cuatro años. Cuando un periódico publicaba informaciones críticas con su gobierno, se activaba el dispositivo de defensa en redes para condicionar el estado de opinión. Las radios y televisiones, menos incisivas que los medios escritos, se convirtieron en el megáfono de la alcaldesa, y si hacía falta su equipo no se ahorraba ataques personales a los periodistas. Sería falso sostener que esa táctica sucia fuera algo único de Carmena y su gobierno. Todo político lo intenta, en mayor o menor medida, pero la alcaldesa de Madrid fue muy hábil a la hora de construir una realidad paralela, un hecho sin duda digno de interés. Es un hecho, por ejemplo, que nunca trascendió las quejas constantes de los profesionales de la prensa hacia el trato recibido por el «Ayuntamiento del cambio», mientras que sí ocurrió con Podemos y otros partidos.

Como Jordi Pujol en los ochenta, Carmena se convierte en una intocable. Solo así se explica por qué un caso de supuestas facturas falsas por dos millones de euros en un organismo municipal durante su gobierno (está siendo investigado por los tribunales); la imputación de dos ediles por supuesta malversación y prevaricación; la intervención de Hacienda por el incumplimiento del techo de gasto y las advertencias repetidas de la autoridad independiente fiscal Airef; los millones de euros entregados a empresas afines; la protesta callejera que perduró durante tres días con incendios, coches y tiendas rotas mientras la regidora se encontraba en París, y otros asuntos que habrían sacudido a todos los anteriores ejecutivos municipales, quedaron, en el caso de Carmena, como anecdóticos y nunca mancharon su imagen. La figura de Carmena se mantuvo impoluta y siempre desligada de sus errores. Ella no era la responsable de que la capital estuviera más sucia, fuera más peligrosa, menos cuidada y más contaminada, según datos de las encuestas a los ciudadanos a lo largo de los cuatro años de gobierno de Ahora Madrid. Su estrategia de comunicación, acordada con su mano derecha, Marta Higuera, el coordinador de alcaldía, Cueto, y su yerno, Rómulo Aguillaume, experto publicitario que había trabajado para Coca-Cola y McDonald's, planteaba su alejamiento de todo tipo de tema conflictivo. Ella solo aparecía cuando hacía falta inaugurar algo, muy poca cosa debido a la mala gestión de los fondos públicos, o acudir a algún acto protocolario. Ante los problemas, su estrategia consistía en ponerse de perfil, hasta que el asunto dejara de ser de actualidad. «Ella es como Messi en el Barça, que si pierde es culpa del equipo y si gana es mérito suyo», comentaban algunos miembros de su gobierno. En cuatro años, fueron pocas las veces que tuvo que intervenir. Y cuando lo hizo, siempre había un segundo fin: por ejemplo en la destitución de dos ediles, Celia Mayer y Carlos Sánchez Mato, cesados por su gestión pero también por haberse convertido en díscolos.

En lo económico y social, la gestión de Carmena también fue contradictoria. La pancarta Welcome Refugees se mantuvo durante años en los que las personas a la espera de obtener el permiso de refugiados tenían que dormir en las iglesias de la capital. La contaminación no se atajó. Y en cuanto a la deuda, reducida a ritmo récord, la explicación es que el milagro económico de Carmena era, en realidad, el resultado de la ley de Estabilidad Presupuestaria. La misma ley que ella y los suyos tildaban de «injusta» en el pleno, y fuera de él presumían de sus resultados. Esa normativa fijaba que todo el dinero presupuestado por los ayuntamientos iba automáticamente a amortizar la deuda contraída con los bancos si no se gastaba en el plazo de un año. La filosofía que subyacía a esa medida era evitar el gasto descontrolado de las entidades locales, las que más se habían endeudado en los años de la borrachera financiera de los ochenta y noventa. Formaba parte de un compromiso firmado por España con la UE. Carmena y sus ediles, que aspiraban al buen gobierno, hicieron cada año promesas económicas muy expansivas. Pero, al no saber cómo ejecutarlas, el dinero acababa en el cajón de los fondos perdidos, y, de ahí, a los bancos. Llegaron a perder hasta el 65 por ciento del dinero previsto para inversiones públicas en 2017, una cifra récord a nivel nacional. Carmena amortizó así más deuda de lo que había contemplado el plan de ajustes de Botella, a la que acusaban de «austericida». Cuando los representantes de la

oposición y el propio PSOE criticaban esa actuación, los miembros del gobierno de Carmena negaban la mayor. Los ediles de la oposición Miguel Ángel Redondo, José Luis Moreno y Ransés Pérez Boga nunca lograron el tan deseado *mea culpa* de Carmena. Y mientras la alcaldesa se erigía en defensora del *bon ton* político y la ejemplaridad institucional, desde su posición de regidora, delegada de Cultura y presidenta del pleno (poderes que ningún alcalde jamás ha tenido en Madrid), llamaba a Begoña Villacís, portavoz de Ciudadanos, «Villacid» (sin duda un lapsus curioso) y al actual alcalde «gilipollas», según relató él mismo tras convertirse en regidor.

A medida que Carmena se afianza en el gobierno local e ignora a la oposición y a los grupos que forman parte de su equipo, crece la preocupación en Podemos. Nadie duda ya de su olfato político, pero los descalificativos no se ahorran: «Es vengativa y mentirosa», coincidían muchos exmiembros de su ejecutivo. Alérgica a las reuniones internas de Ahora Madrid, Carmena empieza a amenazar con tirar la toalla cada vez que teme encontrarse en minoría. En los primeros dos veranos ya detecta señales de cansancio. Le cuesta tener bajo control a algunos de sus ediles. Ella y sus fieles, como Cueto e Higuera, no tardan en considerar «sectarios» a los miembros de IU y los anticapitalistas. Pero logra que miembros de Podemos, como Maestre, José Manuel Calvo, delegado de urbanismo, y Pablo Soto, en transparencia, se conviertan en su guardia pretoriana.

Su imagen pública es cada vez más vigorosa. Ambiciosa y egocéntrica, disfruta de cada acto público en el Consistorio. Ha pasado de ser una persona casi anónima en la última etapa de su vida a un referente de la política capitalina y nacional. En Podemos empiezan a dudar de todo lo que dice. Incluso de que su estrategia de tira y afloja antes de su nombramiento fuera una puesta en escena. Podemos, que le entregó toda su maquinaria electoral para auparla a la alcaldía, se ve de repente como un estorbo en la estrategia de la regidora. Ella ya ha construido su marca personal, y los morados son un obstáculo hacia su crecimiento. Desde IU alertan de que su intención será pronto intentar «fagocitar» al partido de Iglesias.

En la recta final de su mandato, Carmena da otro giro de los suyos. Después de decenas de declaraciones públicas en las que niega que repetirá como candidata, toma una decisión irreversible. Los rumores sobre su repetición como candidata se hacían incesantes, a la vez que sabía que se había convertido en todo menos una aliada de Iglesias. Los continuos coqueteos con el PSOE y su marcado distanciamiento de él habían molestado al núcleo dirigente del partido morado. Aun así, todos coincidían en que no podían criticarla públicamente. La solución que buscaron fue frenarla desde dentro, forzándola a incluir a personas de máxima confianza de Iglesias en la nueva lista electoral.

En otoño de 2018, Carmena anunció por fin que intentaría repetir como alcaldesa. En los años anteriores había descartado esa hipótesis, apelando a que los políticos no deben ser profesionales sino miembros de la sociedad civil. Pero ahora afirmaba que para acabar con su proyecto de cambio hacían falta otros cuatro años de gobierno.

Planteó su segunda candidatura desde la cocina de su casa, en un estilo familiar, cercano y azucarado, que se ha convertido en un *storytelling* de éxito. Será la misma cocina desde la que dará el pistoletazo de salida a la conjura de las empanadillas contra Iglesias. En esos días, Carmena pidió a Iglesias un encuentro privado para ver qué hacer de cara a las elecciones. Los dos se reunieron en el chalet del secretario general. En ese encuentro, Carmena le explicó su intención de ser autónoma a la hora de formar la lista electoral. Los años de peleas internas en Ahora Madrid la habían cansado, y quería que su equipo supiera desde el minuto uno quién manda y cómo hacer su trabajo. Iglesias comprende esa exigencia, ambos son pragmáticos y soberbios, pero desconfiados. Así que remarca a Carmena que, por mucho que ella lo desee, su partido exige celebrar primarias como mecanismo de selección de sus candidatas.

La reunión termina sin acuerdo, pero Iglesias decide adelantarse y, según la versión de los afines a la alcaldesa, dinamita todo tipo de entendimiento. En las primarias que Iglesias convoca para el otoño de 2018 resulta ganador Julio Rodríguez. El exjemad, ahora miembro de Podemos Madrid, no cae bien a la mayoría de dirigentes morados ni a Carmena. Los anticapitalistas rechazan su proveniencia del sector militar, y algunos utilizan expresiones fuertes para definirlo. Todos coinciden en que no es una persona hábil en las negociaciones. Pero es de máxima confianza de Iglesias. «Siempre contigo mi general», afirmará en la campaña electoral de las generales de 2019. Carmena comprende la estrategia de Iglesias y contraataca. En una rueda de prensa anuncia que ella no participará en primarias, y convoca «participatarias», es decir un mecanismo parecido pero con listas bloqueadas en las que el ganador decide de manera individual todo el equipo de gobierno. Ese neologismo significa que Iglesias puede bajar la cabeza o habrá guerra. Él rechaza esa fórmula y declara excluidos del partido a todos los miembros de Podemos que no pasen por las primarias de la formación morada. Quedan señalados todos los actuales concejales morados, incluida Maestre.

Es un punto de no retorno. Ahora solo falta activar la conjura contra Iglesias y que Carmena se una a los conspiradores. A finales de 2018 Iglesias anuncia a los militantes una retirada de varios meses por el nacimiento de sus dos hijos. Como Bruto con Julio César, es entonces cuando Carmena y Errejón, y sus respectivos equipos, dan el paso. Esta vez la reunión es en el chalet de Carmena, en Portugalete. Es la hora de la cena. Alrededor de la mesa están la regidora, Errejón y personas de confianza de ambos equipos. Es casi Navidad y el orden del día es delinear el proyecto de Más Madrid, la candidatura alternativa a Podemos para la capital. Tiene que ser una celebración y hay optimismo. Es el nacimiento de un nuevo proyecto. Pero con una nota triste. Mientras Carmena lleva las empanadillas a la mesa, tropieza y se rompe el tobillo. Tiene que ser hospitalizada, punición casi divina, dirían los antiguos griegos, que hablaban de la *hibris* para explicar la mala suerte que afecta a las personas que pierden la humildad por una ambición desmedida. La exjueza había sido rescatada de la nada por Iglesias y lanzada gracias a los votos de Podemos a la todopoderosa alcaldía de Madrid. Cuatro años después, su plan era aniquilar a su rescatador. Más allá del percance, los equipos

siguen trabajando, demostración de la determinación con la que se actuó. Aquella noche, Carmena tranquiliza a los medios informándoles de que se encuentra bien, pero evita explicar con quién estaba cenando. En Podemos casi nadie se espera lo que ocurrirá de ahí a unos pocos días.

Es el 17 de enero, y suena el móvil de Iglesias. Es Errejón, quien le comunica que va a anunciar su decisión de concurrir a las elecciones autonómicas de mayo en la lista de Carmena. Es el acto final de la conjura. Y el comienzo de una nueva fase para Podemos. Una semana trágica que es el prelude de otra dura purga. La tormenta acaba de empezar, pero los vientos vienen de lejos, de años atrás en los que Errejón, Maestre, Tania Sánchez y finalmente Carmena se han unido en un ataque conjunto al «rey». Carmena, la abuela jubilada elegida para despertar la confianza del electorado moderado en Podemos ha traicionado y dinamitado por dentro el partido. «Sin ella, Íñigo ni de coña da el paso», aseguran los diputados de Podemos en el Congreso. Monedero recuerda: «Pablo es inteligente, pero debía tener más cuidado con sus amistades». Las cuchilladas llegan hasta Galapagar. El líder máximo está cansado. Algunos aseguran que es paranoico; que ve traidores por todos los lados. Nadie ya se atreve a contradecirle. Hay quien prepara las maletas: ahora deberán decidir de qué lado estar. Irene Montero solo contempla la venganza. Habrá guerra, y será sucia.

CHICKEN GAME

La película *Il Sorpasso* (1962) es al mismo tiempo un fresco de la Italia del *boom* económico y la historia de dos personajes muy diferentes entre sí, que, unidos por el afán de descubrimiento, se embarcan en una aventura arriesgada por las carreteras de Roma y la Toscana. Vittorio Gassman interpreta al protagonista carismático, locuaz, mujeriego y fanfarrón. El otro personaje, Jean-Louis Trintignant, es el estudiante de derecho, responsable, culto e inteligente, que decide apuntarse al viaje con algo de miedo y poca convicción. Bailarán, participarán en carreras desenfrenadas y conocerán a mujeres. Hasta que Trintignant acaba desinhibiéndose y pretende capitanear la búsqueda del placer. «Acelera, acelera», dice, ya libre de miedo. En el enésimo adelantamiento arriesgado, el coche sale de la autopista y Trintignant, novato aventurero, pierde la vida. Gassman saltará del vehículo a unos metros del barranco, y al llegar la policía admitirá no conocer a su compañero de viaje. La suya habría sido una amistad efímera, fruto de la esencia del primero de los *road movie*, cuyo viaje es una experiencia en sí misma, sin importar la meta final.

A lo largo de sus cinco años de vida política, los promotores de Podemos también se han lanzado en un viaje arriesgado. Su inesperada irrupción ha encontrado un símil en el mundo del entretenimiento. Principalmente en las series de televisión, llenas de giros de guion, a veces interminables, más que en las grandes películas. La política, sin embargo, tiene un comienzo y un fin, y en la última semana del mes de enero de 2019, Iglesias ve cómo Podemos se acerca a su barranco.

El vídeo que Carmena y Errejón cuelgan por la mañana del día 17 en las redes sociales está repleto de indirectas que los miembros de Podemos ven inaceptables. La alcaldesa y su nuevo aliado hablan de crear un «proyecto que renueve su ilusión y confianza en que las cosas se pueden hacer todavía mejor», y rematan: «Para ello hay que abrir y sumar yendo más allá de las siglas». Es decir, que Podemos ya no es necesario, y que para evitar que se repita en Madrid la victoria de la suma Vox-PP-Ciudadanos, como acaba de ocurrir en Andalucía, es necesario que Más Madrid fagocite a Podemos por la vía de los hechos. Cuando el líder de Podemos ve el vídeo de Errejón

se encuentra en su chalet de Galapagar acompañado de la niñera de sus dos hijos. Está bloqueado por el permiso de paternidad que él mismo se ha impuesto. Le quedan las redes sociales para lanzar toda su ira contra su viejo amigo. Notoriamente impulsivo, comete el primer error declarando a su exnúmero dos ya casi como un expulsado. Errejón ha iniciado un «nuevo proyecto político personal», afirma. «Él ya no forma parte del partido», comentan varios dirigentes en esas horas convulsas.

Errejón puede sonreír. En el decálogo de la táctica de Podemos aparecer como víctima (del sistema, el poder o el secretario general) da réditos. Así ha sido en casi todas las campañas electorales, hasta la última de 2019, en la que Iglesias apeló a las «cloacas» del Estado y a una supuesta trama gubernamental-periodística dirigida a impedir que los morados lleguen al gobierno. También Pedro Sánchez entendió el valor del victimismo cuando se presentó como el socialista defenestrado por «el aparato» para recuperar el control del partido. La víctima crea rápidamente un vínculo identitario con las personas a las que se dirige, sobre todo si puede compartir con ellas la idea de debilidad y fracaso. Eso le hace inmune a la crítica, gracias al vínculo sentimental que establece con ellas. La censura en caliente de Iglesias ubica a Errejón en esa posición de mártir. Es lo que busca. Muchos periodistas adoptan rápidamente su relato. Iglesias y los suyos se dan cuenta del error que están cometiendo y reculan. Irene Montero plantea incluso una posible convergencia con Más Madrid, pero a cambio de que Errejón deje la dirección de Podemos. Quieren evitar que se traslade a la opinión pública la idea de que Errejón ha sido expulsado del partido con un *diktat* del secretario. El cambio de estrategia de Iglesias deja a Errejón en una difícil tesitura. Deberá decidir si salir de Podemos y avanzar en el diálogo para sumarse a una plataforma de izquierdas liderada por el partido de Pablo Iglesias, o mantener el pulso y ser acusado de fraccionar la izquierda. De esta manera, la hoja de ruta de Iglesias no sufre cambios. Prometió a los suyos que habría guerra. Sin cuartel contra Errejón, y sucia contra Carmona. Aunque la retórica es ahora más conciliadora, para convertir a Errejón de víctima en victimario. El cambio de registro surte efecto. En el Congreso, los miembros del equipo directivo, Rafa Mayoral y Juanma del Olmo, dejan caer ese razonamiento a los periodistas entre un cigarrillo y otro. «Quieren ganar el relato», explican los dirigentes más veteranos.

La palabra escisión aparece por primera vez en los pasillos del Congreso, aunque, desde Galapagar, Iglesias tranquiliza a Irene Montero y le recuerda que adelantó las primarias nacionales para evitar que el próximo grupo político en la Cámara se viera afectado por las peleas internas. Montero alaba a su compañero. Cree que su visión política es insuperable. Mientras que Monedero, ya convertido en perro de presa de Iglesias, es el único que ataca sin miramientos al exsecretario de Análisis Estratégico. «No sé si le compensará a Errejón que en el momento en que debiéramos estar defendiendo a los trabajadores y trabajadoras haya roto tanta alegría. Ningún interés personal debiera primar», afirma. Le contesta otro diputado del área errejonista, Eduardo Maura, en las redes sociales: «Si todo tiene que arder, por favor que arda con Monedero. Solo le pido eso a estos días marcianos». El diputado autonómico Emilio Delgado también se enzarza contra Monedero: «Para ya, hombre».

En medio de la tormenta, otro acontecimiento sacude las paredes de la casa morada. Es Ramón Espinar que, de manera sorprendente, anuncia su renuncia a todos sus cargos (portavoz en la Asamblea de Madrid, senador y líder de Podemos Madrid). Espinar no comulga en nada con Errejón. Desde siempre se ha considerado afín a Iglesias. Él fue quien paró en las primarias madrileñas de 2016 el asalto del tándem Maestre-Sánchez que aspiraba a tomar el control de la ejecutiva local para afianzarse a nivel nacional. Con ellas se encontraban dirigentes como Clara Serra o Hugo Martínez Abarca que también entrarán en Más Madrid. Aquellas primarias ya habían sido muy tensas: durante la campaña se destapó la polémica del piso protegido que Espinar, supuestamente favorecido por los contactos de su padre, exdirigente del PSOE y condenado por las tarjetas black, había comprado y luego revendido siendo tan solo un veinteañero. Una operación de especulación inmobiliaria que puso al dirigente entre las cuerdas, pero a quien Iglesias siempre defendió con los dientes. La información, adelantada por la Cadena Ser, fue acogida en los ambientes pablistas como una traición de los errejonistas. El núcleo duro de Iglesias reprochó a Errejón la filtración. Desde su posición de debilidad, los errejonistas, que oficialmente siempre han negado su autoría, también sabían que ese era el único medio disponible para modificar los equilibrios internos en el partido a su favor. La derrota en las primarias de 2016 representa para el núcleo errejonista una encrucijada: comprenden que ya no tienen márgenes para actuar; que el control de Iglesias sobre el aparato es infranqueable, y que solo queda espacio para una conspiración. Es en este momento cuando todos los críticos de Iglesias hablan por primera vez de una Opa hostil a Podemos, de la misma manera que el partido morado hizo en su día con IU.

La renuncia de Espinar tiene una motivación política y personal. Es cierto que el dirigente madrileño no acepta que Iglesias, en sus reuniones personales, le trate como un traidor por plantear una táctica diferente ante el órdago errejonista. Pero Espinar no tolera en absoluto la influencia de Irene Montero sobre el secretario general. Para él, la intención de Iglesias y Montero de romper todos los puentes con Más Madrid es un error que ubica a Podemos en un callejón sin salida. Y el definitivo alejamiento de la búsqueda de la ilusión del electorado. «Espinar nunca ha estado en la lógica o papá o mamá, y se ha hartado», comentan algunos dirigentes de Podemos Madrid, aunque en el partido circulan rumores sobre la decepción del madrileño por no haber sido elegido por Iglesias como candidato contra Errejón en las elecciones autonómicas. La exclusión también de María Espinosa, una de sus afines y ahora enfrentada a Tania Sánchez, después de haber sido amiga suya durante años, también influyó en su decisión, filtran desde la dirección del partido. Cuando da un paso al lado, Espinar advierte de que no es una salida del partido.

El mismo día en que Espinar envía su renuncia, varios secretarios regionales se dan cita en Toledo. A pocos kilómetros de Madrid, redactan una misiva que entregarán a Iglesias y en la que piden distensión con Errejón. Quieren evitar un enfrentamiento a cara de perro que pueda propagarse en todo el territorio nacional. Temen que la grieta

madrileña acabe extendiéndose hasta despedazarlo todo. Uno de los promotores de ese manifiesto de Toledo es José García Molina, amigo de Espinar y dirigente considerado hasta la fecha hombre fuerte de Iglesias. Su protagonismo al pedir el deshielo con Errejón sorprende a muchos cargos intermedios del partido. Reina la confusión, y corre de móvil en móvil la teoría de que Iglesias ha perdido su autoridad; que es Irene Montero quien le maneja desde la retaguardia y que ya nadie se puede atrever a contestar las decisiones tomadas por los dos. Muchos cargos en el partido son temporales y dependen de la confianza de cada dirigente. El temor a caer en una nueva purga es inmenso. El consumo de tabaco, habitualmente notable entre los miembros del partido morado, va al alza.

La lucha interna en Podemos está al rojo vivo. Y todavía falta por celebrar el Consejo Ciudadano Estatal de fin de mes, en el que los líderes locales del partido morado se darán cita en Madrid para escuchar el mensaje del secretario. El día del Consejo Ciudadano Estatal, el 30 de enero de 2019, en las puertas de la sede de Podemos en la calle Princesa de Madrid, se apalotan los periodistas. Los pocos metros cuadrados de acera que separan las obras del Edificio España con el cruce de la Gran Vía y la Plaza de España se convierten en un hormiguero de cámaras, fotógrafos, curiosos y periodistas. Las cafeterías y bares están repletos de cronistas. Errejón finalmente ha decidido no acudir tras dimitir como diputado después de las acusaciones de Monedero y Montero. Pero los suyos están presentes. La tarde es lluviosa y la información desde las entrañas del partido llega con cuentagotas. Pasan las horas y el cónclave sigue enquistado. Nadie hace declaraciones. La atmósfera es plúmbea. Horas antes, Iglesias había lanzado un comunicado en el que había pedido no llamar «traidor» a su exnúmero dos, aunque había recalcado que su movimiento debe inducir a considerarle un exmiembro de Podemos: «En política la forma es el fondo (...) Hacer las cosas en secreto, por sorpresa y sin contar con los espacios colectivos me parece incompatible con formar parte de Podemos. Con todo, es legítimo que, por la vía de los hechos consumados, haya compañeros que abandonen nuestra formación. Hay que asumirlo con naturalidad y madurez», afirma. La mayoría de medios ve en esas palabras el reflejo de la distensión. Muchos periodistas no entienden que, Iglesias ha vuelto a tender la mano a Errejón para que sea él quien la rechace. La condena a su viejo amigo es incuestionable.

El resultado del Consejo Ciudadano Estatal es el primer logro de Iglesias después de varios días de dificultad. Para conseguirlo aplica a la letra el método comunista, aprendido en muchas de las reuniones juveniles. Deja en el aire todo tipo de decisión sobre el futuro de Errejón y la candidatura madrileña de Podemos, para dilucidar si tiene que integrarse en Más Madrid o luchar contra esa plataforma. Pero mueve sus fichas en la sombra. Cuando termina el debate, ya sobre las nueve de la noche, los errejonistas salen para tomarse una cerveza. Están convencidos de que el encuentro «ha ido bien», aunque reconocen el «atasco» sobre el futuro de la candidatura madrileña. Los más optimistas confían en que se pueda llegar a un entendimiento. Y aunque no se ha votado nada (por ejemplo, la expulsión de Errejón), creen que queda

tiempo para buscar la unidad. Están equivocados. Iglesias y Montero han reflexionado a fondo y su decisión es irrevocable. Han decretado la exclusión de Errejón de Podemos y la confrontación con él. Pero no quieren un debate interno en el partido, ni que se expresen los militantes, que consideran condicionados por la prensa, notoriamente más indulgente con Errejón que con Iglesias.

Antes de dar su golpe, de hecho, el exnúmero dos de Podemos había celebrado sendas cenas y reuniones reservadas con importantes redactores y jefes de los principales periódicos nacionales. Durante esas reuniones Errejón iba desgranando las injusticias que, en su opinión, había sufrido a lo largo de los últimos años y calificó a Podemos de fuerza política «sectaria» y «criptocomunista». Esos encuentros, que se celebran a finales de 2018, demuestran la premeditación de su plan de ruptura, ya que más allá del debate político general, su principal interés era desacreditar a Iglesias y Montero a los ojos de periodistas influyentes. El secretario de Podemos ignora la existencia de esos encuentros, pero sabe que Errejón se mueve bien entre los profesionales de la información. Por ello trabaja para que el Consejo Ciudadano Estatal delegue en la agrupación madrileña la resolución del embrollo sobre la nueva candidatura. Iglesias la controla gracias a una gestora al mando de Julio Rodríguez, y otros pablistas como María Isabel Cabrera; así puede amarrar el plan de guerra sin cuartel contra Más Madrid, tanto a nivel municipal como autonómico.

Mientras tanto, se va asegurando de que Alberto Garzón, coordinador nacional de Izquierda Unida, no le traicione y se vaya con Errejón. La decisión de IU es esencial para la supervivencia de Podemos. En ese esquema tiene un papel clave Enrique Santiago, líder de los comunistas (que todavía quedan en IU). Santiago se ha consolidado como uno de los hombres de máxima confianza de Iglesias, y le asegura que frenará todo tipo de maniobras en el partido de Garzón que apunten a un acercamiento a Más Madrid. El apoyo de Garzón y Santiago es fundamental. En muchas secciones regionales las relaciones con Podemos están rotas. Pero Garzón controla las siglas desde Madrid, y esta es una ventaja. Además, los andaluces también apoyan la alianza. El joven dirigente de IU, que dio la espalda a muchos de los fundadores y de la vieja guardia del partido con su pacto de «los botellines» con Podemos, mantiene su palabra. Lo hace más por interés personal que por convicción política: sabe que después de haber movido el partido hacia el pacto orgánico con Podemos, un giro de 180 grados acabaría con su carrera política. Iglesias y Garzón están unidos en su destino común. A partir de ese momento, los más atentos saben que la primera decisión de Iglesias será alejar todo lo que huele a errejonismo. El secretario general ha decidido entrar en una carrera de vida o muerte contra Errejón, que recuerda la película *Rebeldes sin causa*. Los dos coches van hacia el barranco, y solo el último en salir del vehículo será el ganador. Iglesias es un animal de campaña electoral y confía en poder frenar las expectativas de Errejón en las elecciones autonómicas. Su olfato le dice que ha cuajado la idea de que Errejón es un traidor y tan solo con un empate lograría que el candidato de Más Madrid se quemara. Como *Il Sorpasso*, la película terminará en tragedia. Al adversario de James Dean se le engancha la chupa al coche y acaba en el barranco.

Iglesias avanza, por otro lado, en consolidar su control interno. En la última fase de la Roma republicana, el dictador Sila publicó las primeras listas de proscripción de los enemigos políticos. Se trataba de un listado que venía expuesto en el Senado y que condenaba al destierro político a los que aparecían en ella. El sistema, que se repitió en varias fases de la historia y regímenes para frenar todo tipo de disidencia, también se vivió en Podemos en esos días de febrero de 2019. Después de la dimisión de Espinar, y de que algunos de sus más cercanos colaboradores manifestaran públicamente su cariño hacia él, la cúpula de Iglesias decidió apartarles sin ni siquiera entregarle una comunicación oficial. Las listas de proscripción pablistas alejaron de sus cargos a personas como Óscar Guardingo, senador catalán contrario a la deriva filosoberanista de Jaume Asens, nuevo elegido de Iglesias para liderar la lista en esa comunidad; a Víctor Rey, Elena Sevillano y María Espinosa, considerados afines al secretario general pero ahora excluidos de la lista electoral madrileña que liderará Isa Serra, anticapitalista y amiga del nuevo factótum del organigrama de poder, amigo íntimo de Irene Montero y su expareja, Juanma del Olmo. Es el responsable de la propaganda, autor del Tramabus y fundador de la marca de ropa 198, que Iglesias ha lucido en algunos importantes encuentros públicos. Entre otros, el debate televisado para las elecciones generales de abril de 2019. Además de esos nombres, también es apartado Fran Casamayor. Ese dirigente había ascendido rápidamente hasta llegar a ser número dos del secretario de Organización, Pablo Echenique. Amigo íntimo de Espinar, con él había militado en los sectores anticapitalistas antes de entrar en Podemos. Pero en seguida se había convertido en uno de los más apreciados por Iglesias. Su trato con el secretario general era de máxima confianza. Llegó a ser encargado de apagar algunos «fuegos» que según la propia Irene Montero había encendido Echenique. Montero, crítica con las salidas de tono de Echenique, aceptó que Casamayor le acompañara en sus tareas, hasta nombrar a Alberto Rodríguez nuevo secretario de Organización. Conocido como el diputado de las rastas, él también es amigo de Montero y proviene de las Juventudes Comunistas. Cuando Espinar decide dar su paso al lado, Casamayor manifiesta su afinidad hacia su «amigo» y respalda parte de sus argumentos en *petit comité*. Del Olmo llega a conocer la existencia de esos mensajes y decide comentárselo al secretario. Iglesias y Montero ordenan su inmediato alejamiento.

El terror se ha apoderado del partido a todos los niveles. Algunos de los promotores y mentes más privilegiadas de la formación, como el descubridor de Carmena, Jesús Montero, se alejan de la formación. Otros cuadros intermedios son apartados, mientras que el grupo de asesores cercanos a Errejón son despedidos aplicando la reforma laboral de Mariano Rajoy que Podemos quiere derogar. Que en política los líderes no suelen dejar espacio a sus enemigos es sabido, pero en Podemos se empieza a hablar de «patrimonialización» del partido. Los «Iglesias-Montero», por decirlo como Espinar, impiden todo tipo de cuestionamiento de la línea estratégica de la formación, a la vez que convierten el partido en una entidad alérgica a cualquier debate interno.

Toda la estrategia de Iglesias está enfocada en evitar que Errejón gane la batalla y, si hace falta, está dispuesto a arriesgar la supervivencia de Podemos. Cree que él ha sido su creador, y que de alguna forma acabará con él. Se instala en el más clásico de los *chicken game*, o juego de la gallina, que contempla una competición de automovilismo en la que dos participantes conducen dos coches en dirección al del contrario. El más cobarde (el gallina) será quien gire el volante antes de tiempo; y el ganador quien mantenga recta su trayectoria. El juego se basa en la idea de crear presión psicológica hasta que uno de los dos participantes se eche atrás. El concepto trascendió el ámbito deportivo para instalarse en el de la teoría política durante la Guerra Fría. En ese escenario, se ha asociado el *chicken game* a los juegos que no son de suma cero, es decir, los dilemas en los que solo hay un ganador, y que el politólogo Errejón demostró desconocer en uno de sus encontronazos con el periodista Arcadi Espada. La teoría de juegos aplica ese sistema en las negociaciones entre grandes potencias, en las que ninguna de las dos manifiesta su disponibilidad a ceder, hasta que la conclusión del pacto es inminente. El peligro concierne el hecho de que si ninguna de las dos partes cede, ambas experimentarán una colisión. Cada participante confiará en la racionalidad de su opositor, a menos de que el otro no decida bloquear, por ejemplo, el volante. La irracionalidad de uno de los jugadores mueve al otro a la elección racional, y a ceder para evitar la colisión.

En los convulsos días de la semana trágica, y en las siguientes semanas en las que Iglesias pone rumbo hacia una confrontación directa y sin cuartel contra el tándem Carmena-Errejón, estalla el problema de las elecciones adelantadas. Iglesias ordena a los suyos evitar que el gobierno de Pedro Sánchez colapse. Considera que el partido no está listo para unos comicios y, como en los días de la moción de censura a Rajoy, toma el control de las negociaciones. Los críticos vuelven a agitar el fantasma del Podemos «muleta del PSOE» y en los sondeos el partido morado cae hasta la cuarta fuerza. Nadie, además, sabe qué puede pasar con la irrupción de Vox. El temor a quedar por debajo de la IU de Anguita se apodera del partido morado: «Si vamos por debajo del 15 por ciento es un desastre», comentan algunos. Montero se mueve por el Congreso trabajando con ahínco para que el gobierno en minoría del PSOE apruebe algunas medidas sociales que justifiquen la acción parlamentaria de Podemos.

Iglesias empieza a llamar por teléfono una y otra vez a Carles Campuzano, el portavoz de los convergentes en el Congreso. Quiere que interceda con el presidente de la Generalitat, Quim Torra, y sobre todo con Carles Puigdemont, fugado en Bruselas tras el naufragio del desafío separatista y la investigación judicial en curso. Campuzano le explica que todo depende de Torra y Puigdemont, aunque él está a favor de que la legislatura no muera. Iglesias intenta escribir a Torra, pero ninguno de sus movimientos es productivo. También se mueve para buscar la complicidad de Esquerra Republicana. El partido de Oriol Junqueras ha sido el primero en avisar de que no apoyará los presupuestos, y las fuerzas independentistas están empecinadas en demostrar a su electorado quién es el más duro opositor al gobierno de la nación. La espiral no se puede frenar. No servirá hablar con Joan Tardà, cuyas relaciones con la cúpula de Podemos son buenas. Tampoco con Gabriel Rufián, quien por edad y estilo

comunicativo, en teoría, debería ser más cercano a los diputados de Podemos, pero que sufre el desprecio de los políticos morados. Irene Montero le considera un mentiroso, así que ese canal también está cerrado.

El fracaso de las negociaciones presupuestarias y el descubrimiento del pacto firmado en Pedralbes con Torra para establecer negociaciones al margen del Parlamento con los partidos nacionalistas y en presencia de un relator, posiblemente extranjero, obligan a Sánchez a tirar la toalla. Inteligentemente, el principal asesor de Sánchez, Iván Redondo, considera que hay una vía por la que el PSOE puede verse favorecido. Convierte las elecciones adelantadas en un referéndum sobre la España moderna, representada por el PSOE, y la vuelta al pasado, relacionada con Vox. El PP y Ciudadanos cometen el error de no sellar una alianza que habría aniquilado las esperanzas de Sánchez, mientras que Iglesias y Montero evitan una pelea a cara de perro contra los socialistas. Para ellos el resultado de Podemos en esos comicios es en realidad secundario. El líder de Podemos ha puesto toda la carne en el asador de la lucha contra Errejón, y hasta que no se conozca la fecha electoral, busca la manera de que todo encaje. Empieza a circular la posibilidad de un superdomingo electoral el 26 de mayo, con las elecciones autonómicas, municipales, europeas y generales juntas. Para algunos dirigentes de Podemos es la gran oportunidad para desarmar a Errejón. «Así no hablamos de Carmena, y la campaña de Errejón muere», afirman. Pero otros piden cautela. Temen que Errejón «quiera jugar» en las generales, adelantando el estreno de su nuevo partido nacional, que algunos ya apodan Más España o Más País.

Iglesias, por su parte, va recuperando fuerza. Ha encontrado a un nuevo consejero, un argentino que ha sido antes asesor de Lula da Silva y Dilma Rousseff. Pablo Gentili se había incorporado a su equipo en noviembre del año anterior, después de haber conocido al líder de los morados durante una visita a Buenos Aires en mayo. Es un sociólogo de más de 50 años, con cuatro hijos y trato afable, que después de la salida del poder de Dilma va buscando un futuro a su carrera profesional. Proviene de buena familia, es kirchnerista y es conocido por ser amante de la buena vida y el buen vino. Gracias a la intermediación de Juan Carlos Monedero, quien sigue siendo el que mejores contactos tiene en América Latina, entra en el círculo de confianza de Iglesias. Ambos han trabajado para una consultora, Neurona, que hace estudios electorales en México y también Bolivia. Algunos miembros de Podemos aseguran que «es una máquina para hacer dinero». Gentili logra engatusar a Iglesias durante una cena en la que le lleva dos botellas de Vega Sicilia Único, un Ribera del Duero que ronda los 300 euros. La compra en el Corte Inglés (él niega haber realizado dicha compra, aunque varios miembros de la cúpula de Podemos sí lo reconocen), aprovechando uno de sus viajes a España cuando es presidente del Clacso, una entidad de estudios políticos y sociológicos que dirige celebrando los eventos más grandes y costosos de la entidad. El peso del analista en las decisiones que toma Iglesias es, no obstante, limitado.

El líder de Podemos ha aprendido a actuar siguiendo su instinto. A menudo demasiado, le reprochan los suyos. Y cuando se ve abocado a una campaña electoral,

decide adelantar su regreso. Convoca un acto público en la plaza aneja al museo Reina Sofía de Madrid. Es el mismo espacio en el que se celebró el triunfo en las europeas de 2014 y para Podemos tiene un gran valor simbólico. Del Olmo, sin embargo, organiza esta vez el mitin colocando el escenario en el centro de la plaza, y no en uno de los extremos. Los dirigentes más importantes, como Noelia Vera, Ione Belarra o el propio Mayoral, reman en la misma dirección. Anuncian un regreso triunfal del líder con un cartel mesiánico que pronto deberán retirar al ser acusado de machista. Pero el partido teme el pinchazo en la vuelta del secretario general. Iglesias llama a Comisiones Obreras. Pide a los dirigentes madrileños acudir, y les promete que les dejará hablar. Sabe que si aceptan vendrán los suyos, y será más fácil llenar un espacio de entre 8.000 y 10.000 personas. Comisiones rechaza la oferta. Por tradición no acude como organización a mítines de partidos. Así que Podemos fletará autobuses desde todos los rincones del país.

Es fundamental que acuda el pueblo morado a la cita: está en juego el presente y futuro de la formación y, sobre todo, el de los que la lideran. El grueso de los asistentes es de mayor edad. Algunos son afiliados y representantes de Podemos en varias ciudades españolas. Todos arremeten contra Errejón: «Nos ha jodido bien», afirma un asistente de 62 años que ha llegado desde Valencia. Otra remarca: «A los traidores, ni agua». Y entre los jóvenes, una madrileña de 24 años comenta: «Parte de mi grupo está desencantada y votará a Sánchez. Dicen que lo ha hecho bien y van a votar útil. No lo entiendo». Ironías de la vida, es una estudiante de Ciencias Políticas de la Complutense de Madrid, cuna de Podemos. La percepción de esa estudiante refleja la realidad: el partido de Iglesias ha pasado del 16,6 por ciento al 9 por ciento en intención de voto entre los menores de 24 años en tres años, según el CIS. Ya no es el partido más «[sexy](#)» entre los jóvenes, tal y como había afirmado el propio Iglesias en abril de 2016.

Por mucho que Iglesias y Montero intenten esconderse detrás de la cortina de la traición de Errejón, el proyecto morado ha superado desde hace tiempo su cenit, y se aproxima inexorable al ocaso. A diferencia de los comienzos, Podemos ya no plantea dar el *sorpasso* al PSOE. Es Errejón, en cambio, quien ahora exclama «acelera, acelera», deseoso de velocidad y poder. Monedero escribirá que «la diferencia entre las películas de autor y las series es que en las primeras el final lo dicta lo que nos quiere contar el director, y en las series, de manera creciente, lo que quieren las audiencias». La suma de esos giros inesperados es, en opinión del fundador de Podemos, el resultado de una política con horizonte incierto. «Es lo que pasa cuando la política la hacen actores bien parecidos y eficaces guionistas de anuncios en vez de aburridos ideólogos o gentes con un proyecto de país», añade para atacar al PSOE de Sánchez, aunque esas palabras reflejan mucho de la historia de Podemos. Y el hecho de que, aun huyendo del final trágico de las películas de autor, también las mejores series tienen su última temporada.

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

Lunes, 23 de febrero de 2015. Pablo Iglesias e Íñigo Errejón se preparan para la campaña electoral en Andalucía en la que quieren poner en la diana a la candidata del PSOE, Susana Díaz. Han pasado casi dos meses desde su reunión secreta con dos socialistas ilustres, José Luis Rodríguez Zapatero y José Bono. La cena había sido organizada por el expresidente del gobierno socialista, que quería conocer a los dos jóvenes para intentar rebajar el clima de enfrentamiento entre las dos formaciones. Los morados se presentan al encuentro convencidos de poder disputarle a los socialistas la primera posición de la izquierda española. «Podemos sale a ganar», advirtió Iglesias a sus interlocutores, y con cierta arrogancia añadió: «Nuestra mano está tendida al PSOE si da un giro de 180 grados».

El PSOE acaba de nombrar a un desconocido Pedro Sánchez como secretario general. El *guapo*, como se le apoda entre los sectores socialistas más escépticos hacia él, y no son pocos, es respaldado por el sector felipista y aupado por Susana Díaz. En la reunión en la casa de Bono, todos los presentes acuerdan mantener la máxima discreción. La conversación se mantiene en el marco de la cordialidad. Pero solo hasta la primera botella de vino. Después, sube la tensión. Iglesias, que por aquel entonces no le tenía miedo al destino y actuaba con cierta arrogancia, critica la labor de Bono en su etapa de ministro de Defensa. Llega a arremeter contra los GAL y Felipe González. Es la primera entrega de la «cal viva» que lanzará en el Congreso. Bono se niega a asistir a un mitin en su propia mesa. La reunión termina a gritos. Algunos sostienen que incluso a bofetadas. «Calla, que yo saqué a tu padre de la cárcel», le espeta Bono a Iglesias en uno de los momentos más tensos de la velada. Zapatero, por un lado, y Errejón, por el otro, agarran por los brazos a los dos comensales. Queda claro que entre las dos izquierdas corre mala sangre.

Desde el comienzo de su aventura política, Iglesias tiene en su cabeza dos sueños. Por un lado, tomar el control de Izquierda Unida, intentando sustituir a su cúpula. Por el otro, robar al PSOE el papel de fuerza mayoritaria de la izquierda. Ambos escenarios van cuajando en su planteamiento gracias al éxito repentino de Podemos, cosechado

con el respaldo generoso y mediático del empresario Roures y de algunos sectores de la derecha deseosos de debilitar al PSOE. Sin esos espaldarazos, Iglesias se habría quedado posiblemente en algo parecido al partido X Red Ciudadana, que también surgió después del 15-M y apelaba a la democracia directa, pero que acabó en nada.

El papel de La Sexta en el nacimiento y auge de Podemos es tan esencial como lo era para Lenin tener el control de un periódico para el triunfo del bolchevismo. En su *¿Qué hacer?*, el líder bolchevique considera «inconcebible» lanzar un ataque revolucionario sin tener un «periódico central para toda Rusia». «La organización que se forme por sí misma en torno a este periódico, la organización de sus colaboradores (en la acepción más amplia del término, es decir, de todos los que trabajan en torno a él) estará precisamente dispuesta a todo, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del partido en los momentos de mayor depresión revolucionaria, hasta preparar la insurrección armada de todo el pueblo, fijar fecha para su comienzo y llevarla a la práctica», escribió.

Iglesias, que lleva el mismo nombre y apellido del fundador del PSOE, y cuyo abuelo, Manuel Iglesias, trabajó con Indalecio Prieto en los años treinta, alberga sin embargo hacia los socialistas hijos del felipismo cierto rencor. Quizás heredado. Su padre trabajó en la campaña por el No a la OTAN, en el referéndum de 1986, y su madre, sindicalista de Comisiones Obreras, ayudó en la organización de la huelga general de 1988, la gran desavenencia entre los sindicatos y el ministro Carlos Solchaga. Ambos acontecimientos, que pillan a Iglesias entre la niñez y la adolescencia, le involucran emocionalmente. Y de poco sirve el hecho de que un socialista pata negra como Bono le recuerde que él fue quien ayudó a su padre a salir de la cárcel en tiempos de Franco por difundir propaganda contra el régimen.

Iglesias es, en este sentido, hijo político de Zapatero, tanto en su búsqueda de un nuevo relato posterior al pacto del olvido de la Transición, como en la cuestión territorial y nacional, sobre la que el enfrentamiento con el PSOE es directo. Y, como Zapatero, goza de una relación de amistad con Roures. El magnate catalán que se ha hecho millonario gracias a los derechos del fútbol es quien permite a la productora de Iglesias facturar tan solo en 2015 unos 310.000 euros. Y es la misma persona que, gracias a la mediación de Monedero, el líder de Podemos conoce durante los seminarios cinematográficos de la Complutense y con quien comparte ideología. La Sexta será el *Pravda* de Podemos.

En cuanto a González, el líder de Podemos experimenta sensaciones confrontadas. Aprecia su valentía en el pulso al partido en los setenta, pero rechaza la «cobardía» de haberse agachado en el Congreso cuando entra Tejero en 1981. Desde el punto de vista táctico, sin embargo, estudia el felipismo con atención. Por ejemplo, cuando logra imponer el giro ideológico del posmarxismo a finales de los setenta. La máxima del «conmigo o contra mí», que emplea González para convertir al PSOE en un partido modernizador, fascina al politólogo. De hecho, la empleará en más de una ocasión,

llegando incluso a trivializarla cuando convoca un referéndum entre las bases para legitimar la compra de un chalet por valor de 600.000 euros.

El líder de Podemos resuelve a menudo sus dudas aplicando criterios como el coraje y la cobardía. Esos términos aparecen en muchos de sus análisis sobre la historia de España. De entrada, no aprecia la temeridad. Pero es soberbio y a la hora de la verdad demuestra un grado elevado de cinismo, lo que le diferencia de algunos dirigentes de la Transición. También de Santiago Carrillo, de quien se siente políticamente muy alejado. Del eurocomunismo, Iglesias no tiene buena consideración. Piensa además que Carrillo se equivocó en su relación con la monarquía. No perdona a la izquierda no haber abierto la caja de pandora de la república durante la Transición. Pero su reflexión suele carecer de traducción práctica. Por ejemplo, reprocha a Carrillo no haber trabajado en la ramificación del comunismo en la sociedad civil, y en los cinco años que controla Podemos tampoco él lo hace.

Ni siquiera funciona Vamos, la iniciativa al estilo peronista que lidera Rafa Mayoral. Al revés, los círculos morados se convierten rápidamente en una estructura casi estalinista, en la que todos los díscolos son apartados. Iglesias prefiere concentrarse en las redes y la televisión para dar el asalto al poder. Y moralmente cede, aceptando lo que sabe que es falso, como la lectura demagógica y simplona de la historia de España que se resume en el coro «PSOE y PP, la misma mierda es». Es cierto que no todos en Podemos contemplan la acción política como un instrumento amoral dirigido hacia el poder. Pero las opiniones díscolas —que las hay— emergerán con cuentagotas e Iglesias y Errejón las acallarán.

Como en el *Fausto* de Goethe, Iglesias firma un «pacto con el diablo» para tener éxito en su vida terrenal, la política. Contempla esa experiencia como una carrera contra el tiempo, jugada al filo de la navaja, donde el ataque a las elites nacionales debe ser inexorable, directo, repentino. Es una apuesta desenfadada, que puede parecerse al guion de una película sobre póker, y que abjura de la construcción de un proyecto alternativo al PSOE en el largo plazo. Cuenta solo llegar al poder y, acto seguido, construir el partido. En ese terreno elabora su antagonismo a Susana Díaz y a todo el pasado felipista que tiene como momento cumbre el famoso ataque en el Parlamento a González. Iglesias cree que puede llegar a pactos de gobierno con el PSOE, pero solo si el partido centenario «cambia de rumbo 180 grados». O sea, si sigue la estela morada. Pero no se da cuenta de que ese discurso parlamentario pronunciado en marzo de 2016, el de la «cal viva», más que contra los socialistas, se convierte en un bumerán para Podemos. Allí se mide su fidelidad al Estado, porque lo que pronuncia en el Congreso es *de facto* una apología de la cultura política nacionalista y del terrorismo. Ante eso, Errejón se limita a fruncir el ceño.

Los dos dirigentes, en ese momento ya divididos, habían sido los responsables de haber convertido el experimento Podemos en un *Terminator* electoral, según dijo el propio Monedero. La victoria en Grecia de Alexis Tsipras demostraba que el momento era propicio. Y cuando Errejón e Iglesias cenan con Zapatero, ya suena la posibilidad de

que Susana Díaz rompa el pacto con IU y decida adelantar las elecciones al mes de marzo. Ella es la *enfant prodige* del socialismo felipista y aspira a revalidar su Ejecutivo tras la investigación de los ERE.

En la campaña electoral andaluza, Iglesias remarca su lejanía del PSOE. En enero, celebra en el Palacio de Exposiciones y Congresos de Sevilla un macromitin al que acuden 4.000 personas y centenares se quedan a las puertas del edificio. El secretario señala al PSOE como principal contrincante político. Acusa a Díaz de impedir que Canal Sur le entreviste. «No quiere al coleta», dice riéndose. Horas después, la cadena interviene para negar tajantemente la acusación. La candidata de Podemos, Teresa Rodríguez, reprocha a Díaz ejercer como «madre autoritaria» y tratar a Sánchez como un «pelele». E Iglesias concluye su intervención con un estilo más bien insolente: «Está *lost in the USA* y *looser* en España. ¿Sabéis cuál es mi serie favorita? *Juego de tronos*. ¿Y la de Pedro Sánchez?, ¿*Perdidos*?».

Andalucía es el bastión de resistencia del PSOE e Iglesias quiere empezar desde ahí su conquista. El partido más longevo de España anda desorientado, golpeado a su derecha por el PP y, a su izquierda, por los morados. Es la pinza «sándwich al PSOE» entre Podemos y La Sexta, como le dirá Mauricio Casals, hombre fuerte de *Atresmedia*, a Edmundo Rodríguez Sobrino, consejero delegado de *La Razón*, en una conversación grabada por la Guardia Civil y publicada en mayo de 2017 por el periódico de Pedro J. Ramírez, *El Español*.

El resultado electoral de marzo de 2016 en Andalucía prefigura, al menos desde el punto de vista aritmético, la posibilidad de una alianza entre socialistas y morados: el PSOE confirma sus 47 escaños, mientras que Podemos irrumpe con 15. Pero las relaciones están rotas. El propio Iglesias veta ayudar a la socialista y ella, irónicamente, le responde que es «hija de la casta de los fontaneros» (su padre era fontanero). Díaz acabará pactando con Ciudadanos, mientras que en la formación morada se va fortaleciendo la corriente anticapitalista, que el propio Iglesias alentaré para confrontar a Errejón cuando el exjefe de campaña morado comienza a plantear el acercamiento al socialismo. Errejón tiene la esperanza de que en las generales los equilibrios se modifiquen y el PSOE se vea obligado a ceder. Por ello, considera que hace falta no asustar al electorado del PSOE en Andalucía. Iglesias, sin embargo, se mantiene firme. «El PSOE debe dar un giro de 180 grados».

Según muchos jóvenes de la «generación Podemos», la izquierda socialdemócrata entró en una especie de colapso ético entre los ochenta y los noventa. El concepto de tercera vía, acuñado por Anthony Giddens y adoptado por Tony Blair, se convirtió en la síntesis de todos los defectos del nuevo socialismo. Para esos sectores de la izquierda antagonista, de la que provienen todos los dirigentes de Podemos, el PSOE es la traducción española de aquella corriente, y la traición a los valores de la lucha contra los poderosos. La incomprensión entre ambas culturas es evidente. El PSOE, desde la época de Felipe González, ha trabajado para superar lo que el propio Lenin consideró la «enfermedad infantil» de la izquierda. El rechazo de la doctrina marxista convierte al

PSOE en un partido de gobierno: «Socialismo es libertad» fue uno de los motes de los renovadores en una época en que existía el miedo a la «italianización» de España, según afirmaba el mismo González en 1978.

Para que España no se italianice, González acepta la ayuda (técnica y financiera) de los alemanes del SPD y construye la gran historia del socialismo felipista. Hasta la irrupción de Zapatero y su revisionismo inspirado en la teoría del republicanismo de Philip Pettit, que, por aquellos años, Susana Díaz quiere borrar. Ella es la última representante de la tercera vía de los noventa, y, al mismo tiempo la enemiga más poderosa que tiene Iglesias. Una vez eliminada, del socialismo solo quedará una copia de Podemos. Y los electores preferirán el original a la copia, confía el secretario.

El enfrentamiento directo contra el PSOE se mantiene hasta 2016, cuando Pedro Sánchez necesita el respaldo de los morados para sustituir a Rajoy en el Ejecutivo. Después de las elecciones generales de diciembre de 2015, en las que no se cumplen las aspiraciones de superar al PSOE, Iglesias lanza su propuesta inasumible: un pacto de coalición con cinco ministerios (Defensa, Economía, Educación, Justicia e Interior) y el control de la televisión pública. La suerte está echada. El líder de Podemos quiere jugar otra ronda. Vivía las horas más dulces de su experiencia política y muchos en la sala de máquinas del partido estaban convencidos de que podían ganar al PSOE. Ese es el objetivo principal de la formación, incluso por encima de llegar al gobierno. Reabrir aquella pugna por la hegemonía de la izquierda que Carrillo perdió en los setenta, y que Anguita incluso intentó reformular en los noventa con su acercamiento a José María Aznar. En los mítines de la campaña electoral los dirigentes de Podemos gritaban «El pueblo unido jamás será vencido». Entre los más convencidos se encontraba una joven dirigente todavía desconocida para muchos: Irene Montero.

La IU de Alberto Garzón está entregada a Podemos y la idea de sumar su millón de votos era, al menos desde el punto de vista aritmético, razonable. A los dirigentes laminados por la nueva estructura de Garzón, solo les queda denunciar ese entreguismo al partido de Iglesias. Así lo expresa el portavoz de IU Madrid, Ángel Pérez, que dice de los morados: «Algún día tendrán que explicar o explicarán cómo al coger un grupo de profesores universitarios generan un mito social sobre lo listos que son, y cómo con un ordenador, con Internet, y con cientos de miles de horas en dos cadenas de televisión privadas mañana, tarde y noche, es decir, subvencionados con decenas de miles de euros en tiempo de televisión, consiguen cientos de miles de votos. Y eso evidentemente no lo ha hecho Pablo Iglesias ni Errejón, ni Rita Maestre, ni ninguno de ellos. Eso lo ha hecho quien podía hacerlo, y estos pues son sencillamente unas marionetas que se han prestado para hacer un proyecto que encorsete la frustración y la indignación de la gente».

Al otro lado del río, también los veteranos socialistas asistían con preocupación al auge de ese movimiento. Consideraban despreciable el ataque de Podemos, su teatro y el hecho de que cada vez daban voz a las críticas más conformistas. A diferencia de Zapatero, Felipe González siempre ha rechazado encontrarse en privado con el líder de

los morados. Le considera un populista y el propio Alfredo Pérez Rubalcaba se niega a legitimar su discurso político. Ni siquiera acepta el lenguaje «inclusivo», que se convertirá en una de las batallas culturales ganada por los morados. Aquel «nosotros y nosotras», que el socialismo empieza a adoptar en el Ayuntamiento de Madrid, aplastado por las amonestaciones de Carmena y convertido en el primer laboratorio del sanchismo.

Pedro Sánchez, de hecho, demuestra que él puede ser el hombre apropiado para dar el giro de 180 grados al PSOE antes de la noche más traumática del partido, la del 1 de octubre de 2016. Los barones y los andaluces frenan el primer asalto de un dirigente dispuesto a pactar con Podemos y los independentistas para llegar a La Moncloa. Es el famoso gobierno Frankenstein, según la definición de Rubalcaba, que refleja el asalto de los «bárbaros» liderado por Sánchez. El ataque se para, pero por poco tiempo. El defenestrado, tras un momento de debilidad, gana las primarias con un discurso anti *establishment* que va desde Telefónica hasta Prisa, y que hace de La Sexta su foro para disparar. Quiere una vuelta del PSOE al zapaterismo, con quien comulga. Al fin y al cabo, siempre fue un descubrimiento de Zapatero, a través de la intermediación de Pepe Blanco. Sánchez mantendrá fuerte el vínculo con Zapatero, hasta que el expresidente del gobierno le ayude en algunas gestiones tanto con Podemos como los independentistas catalanes.

El PSOE ha cambiado de piel. Llega entonces la «portavoza», lanzado por Irene Montero y recogido por dirigentes como Adriana Lastra. Figuras del nuevo PSOE sanchista, como Odón Elorza, empiezan a aparecer en todos los actos alternativos que Podemos celebraba en el Congreso. Y al «No es No» de Sánchez a Rajoy, se añade la convergencia programática con Podemos: el ingreso mínimo vital, los permisos de paternidad de 16 semanas obligatorios e intransferibles para ambos padres, el incremento de las pensiones al IPC, la prohibición de la publicidad para las casas de apuestas...

La podemización del partido socialista, que comienza durante la segunda etapa de la secretaría de Sánchez, choca con la primera fase en la que el madrileño siguió la hoja de ruta del felipismo. Era la época en la que se reunía con Matteo Renzi y Manuel Valls para lanzar el socialismo de camisa blanca. En Grecia había explotado el fenómeno Tsipras, y Renzi, Sánchez y Valls dejan en el perchero sus corbatas. Iglesias, sin embargo, no renuncia a su estilo. «Tienes que parecerle más a Tsipras, dar una imagen de moderación, si quieres gobernar», le dicen sus asesores. Pero el líder morado rechaza esos consejos. Acabará quitándose el pendiente, pero no la coleta, porque sabe que en su periplo podrá modificar la táctica, pero no la estética. Lo dirá más adelante en el libro-entrevista con el periodista Enric Juliana: «Gobernamos en las primeras ciudades y queremos hacerlo en España. Es más, estamos dispuestos a hacerlo con el PSOE. Ahora bien, no asumiremos su relato, su estética, ni nos haremos las fotos que querrían que nos tomáramos juntos».

Aunque se asemejen cada vez más, PSOE y Podemos mantienen las trincheras durante otros dos años. Hasta que a partir de 2017, en un contexto radicalmente nuevo para ambos partidos, vuelven a hablarse. Sánchez promueve un grupo de dirigentes fieles y lamina a todos los que huelen a susanismo. Es en teoría el escenario mejor para que Iglesias lance su ataque definitivo, pero el partido morado ya no es lo que fue, bloqueado en sus defectos originarios: la volatilidad ideológica, la falta de debate y el hiperliderazgo. Y un tsunami inesperado está a punto de abatirse sobre él.

Es mayo de 2018 y aparece en la prensa la compra por parte de Iglesias y Montero de un chalet de 268 metros cuadrados en la sierra madrileña por 600.000 euros. La adquisición de la vivienda con piscina y zona para los invitados es una bomba atómica para un partido crecido en la denuncia de la especulación inmobiliaria y de los privilegios de la «casta». Es un *casus belli* que puede acabar con la autoridad moral de Iglesias y su futuro político. «¿Entregarías la política económica del país a quien se gasta 600.000 euros en un ático de lujo?», afirmaba pocos años antes el secretario general de Podemos para referirse al ministro de Economía, Luis de Guindos, que había adquirido un ático por ese precio. El alcalde de Zamora, Francisco Guarido, de IU, resumirá así la incongruencia del discurso de Podemos y la compra del chalet: «No puede ser que un chico de Vallecas que presume de ir a comprar al supermercado dé ese vuelco en su vida».

La preocupación de Iglesias y Montero es palpable. Los rostros están tensos en cada rueda de prensa, y sus argumentaciones son confusas. Las redes sociales, su habitual terreno de juego, se lanzan contra ellos. Para cerrar la crisis Iglesias hace como González: convoca un referéndum interno y pide que las bases legitimen la compra de su nueva vivienda o renunciará al cargo. Es el 27 de mayo de 2018 cuando salen los resultados del referéndum interno de Podemos a favor de Iglesias; tres días después de la sentencia del caso Gürtel que cuestiona la «credibilidad» del testimonio de Mariano Rajoy y acredita la caja B del PP.

El líder del PSOE presenta su moción de censura el 25 de mayo. España y Podemos han entrado en una curiosa espiral: el 1 de junio Mariano Rajoy pierde la moción, la primera de la historia democrática española, gracias a la suma de los votos de los nacionalistas y Podemos que permiten a Sánchez convertirse en presidente del gobierno. Podemos, el eterno enemigo del PSOE, acaba entregándole a Sánchez la llave de La Moncloa tan solo tres años después de negarse a apoyarle en Andalucía, y dos de obligar al país a una reelección para evitar que Sánchez gobierne con Rivera. El socialista se hace con el Ejecutivo y la prensa olvida la crisis del chalet de Iglesias. Ambos líderes ganan, aunque entre los dos partidos solo se fortalecerá el PSOE.

El desenlace de la moción, después de un fugaz momento de éxtasis, acaba dejando abatido a Iglesias. Quien le conoce asegura que ha perdido fuelle y la ilusión; que desea incluso dar un paso al lado. El enemigo socialista le está venciendo. El parto prematuro de Irene Montero dificulta la actividad política. Sánchez, en cambio, es un renacido. Da vida a un gobierno con estrellas mediáticas, algunas de las cuales duran muy poco,

salpicadas por escándalos tributarios o plagios en sus tesis. Pero la imagen del nuevo presidente socialista no se ve afectada.

Se sospecha incluso de su doctorado. Hay quien apunta a que plagió su tesis y obtuvo el título gracias a un tribunal académico favorable. Esa última pista de investigación, la única verdaderamente sustancial, acaba siendo tapada por la actuación acelerada de la prensa conservadora, concretamente del diario *Abc*, que se lanza a acusar de plagio al presidente sin tener pruebas sustanciales. En ese momento, Iglesias, que es autor de una tesis de doctorado intachable en cuanto a la forma, solo puede callar. Ha sido él quien entregó el trono de La Moncloa a su rival para tapar el problema del chalet, y ahora no puede dar marcha atrás.

El mesías de los indignados contra los privilegios de la «casta» tiene las manos atadas, bloqueado por su incoherencia y su conveniencia de corto plazo. El que quería ser el enterrador del PSOE, se ha convertido en muleta de un político como Sánchez. Ha logrado, eso sí, que el PSOE se podemizara. Pero ¿a qué precio? Aquel proyecto «de los de abajo» que tenía que ser el gran paladín de la justicia social se ha reducido a una empresa personal que depende de los intereses y las deudas de su líder.

Después de las purgas, el alejamiento de la mayoría de fundadores, la caída en los sondeos y la confirmación de que el PSOE ha ganado la guerra, para los morados queda recoger las piezas de su derrota. Entre el verano y el otoño de 2018 el experimento podemita se limita al cambio estético. Los jóvenes indignados han logrado modificar el lenguaje de la política, pero no la estructura. En temas como el ecologismo o el feminismo, por ejemplo, han impuesto una radicalización de la sensibilidad pública. El PSOE, eterno camaleón, se ha adaptado. Aquel partido fundado en 1879 que entró a comienzos del siglo XX en las instituciones con la promesa de salir de ellas cuanto antes, el partido de Largo Caballero que elogiaba a Lenin, la formación que salió de España cuando Franco y que volvió para modernizar el país se ha entregado durante la época de Sánchez a la izquierda posmoderna, con el afán de devorarla tras imitarla. A Podemos solo le queda escorarse a la izquierda y ocupar el lugar de IU, herederos de los herederos de Carrillo. Es la caída de los dioses para Podemos.

El cansancio convence a Iglesias de que su ciclo puede terminar. Y comienza a hablar con Irene Montero de que ella deberá ser su relevo. Su pareja y actual número dos se ve con fuerza. Es lo que desea y muchos sectores de la militancia la respaldan. La operación relevo empieza así en 2018, cuando falta un año para las elecciones adelantadas, que Sánchez convocará tras diez meses de Ejecutivo. Iglesias cree que él seguirá siendo algo parecido a un guía moral para Podemos, aunque se dedique a dar conferencias y, quizás, dirigir un programa en televisión. Es la salida natural que muchos de sus conocidos ven más apropiada. «En él late el corazón de un periodista», asumen. Otros hablan de un *showman*. Pero todos coinciden en que el paso de su secretario general a la política es transitorio, y que quien en cambio se quedará en ella será Errejón.

Durante los meses de gobierno de Sánchez, los de Iglesias nunca muerden al socialista. Proponen medidas sociales que el PSOE acepta a regañadientes, como la subida del salario mínimo interprofesional a 900 euros, pero el embrollo catalán deja a Sánchez sin apoyo a la hora de aprobar su plan económico. Tiene que convocar nuevas elecciones y al líder de Podemos le falta tiempo para organizar el relevo. Montero admitirá que «pronto» habrá una mujer al frente del partido. Iglesias asume el liderazgo de la campaña electoral, y hace una especie de armisticio con Sánchez. Tanto en sus mitines como en los debates televisivos.

El partido está debilitado y la única esperanza que tiene para seguir al mando de la formación es desde el gobierno. Se agarra a una promesa que Sánchez le hace durante una conversación telefónica poco antes de las elecciones. Que si los dos partidos suman para gobernar, su intención será compartir cargos en la mayoría de ministerios, siguiendo el modelo del pacto del Botànic en Valencia. Iglesias advierte a los suyos de que se preparen para esa hipótesis, aunque sabe que con Sánchez siempre media el océano entre lo dicho y lo hecho.

Los sondeos apuntan a que los morados obtendrán entre un 11 por ciento y un 13 por ciento de votos. Aunque desde la dirección confían en poder remontar. El partido del asalto a los cielos debe luchar por no hundirse a niveles de la IU de Anguita, que logró 22 diputados. La orden es concentrarse en las grandes zonas donde el partido tiene más peso: Madrid, País Vasco, Galicia y Cataluña. El resto de España, incluida Andalucía, ya en manos de los anticapitalistas, son para el secretario territorios secundarios.

Vuelve a inyectar dinero en las redes para la propaganda segmentada. Esta técnica usada con éxito en el referéndum del Brexit permite modular la propaganda en función del usuario. Así, si a un potencial votante le interesa la política agrícola, el sistema le informará sobre las propuestas del partido en ese ámbito; si el elector, en cambio, es autónomo, el mensaje se moldeará sobre las necesidades de esa categoría profesional. Dos empresas con sede en Brasil y México se encargan del desarrollo de esa política de comunicación. A las propuestas añade la retórica victimista por el presunto espionaje del excomisario José Manuel Villarejo y los medios que llama «cloacas». Se agarra a ese clavo ardiendo para afirmar que los morados servirán a Sánchez para limpiar las instituciones desde dentro. Se ve de «socio» del PSOE, mientras que sus críticos ya hablan de un líder «agachado» y «muleta» del socialista.

El resultado de las generales de 2019 no es positivo, pero no es demoledor. Sánchez gana con un 28 por ciento de votos, y Podemos salva los muebles con un 14,3. Pasa de tercera a cuarta fuerza, pierde 30 diputados y en zonas de España se queda con una presencia marginal. Pero no ha sido la debacle dibujada por los analistas. Comienza una fase de seducción al PSOE. La alianza en el gobierno se convierte en el único puerto al que Iglesias quiere dirigir el transatlántico Podemos. Los críticos creen que no es suficiente y afirman que hace falta abrir el debate del liderazgo. Ramón Espinar, viejo escudero de Iglesias, propone celebrar un congreso adelantado. El edificio morado tiembla otra vez.

Aun así, el secretario logra frenar rápidamente la crisis. Rompe el bloque de los críticos prometiendo más fondos y más autonomía a los andaluces de Teresa Rodríguez. La pareja de Rodríguez, el alcalde de Cádiz, José María González Santos (Kichi), está de su lado, de la misma manera que en la historia íntima de Podemos otros se han posicionado con el líder morado: se trata de Gloria Elizo y Pablo Fernández Alarcón o Juanma del Olmo e Isa Serra. La hermana de Isa, Clara, en cambio, se ha pasado al bando errejonista, aunque mantiene un duro pulso con Tania Sánchez ex de Iglesias y promotora del nuevo partido de Íñigo Errejón. Podemos pierde otra pieza, pero Iglesias sobrevive. En el resto del país, no obstante, la crisis interna vuelve como si fuera la marea. En Cataluña, los Comunes ya van por libre. Colau se hace con la alcaldía de Barcelona gracias a los votos regalados por Manuel Valls y a las presiones internas. Teme que su currículum quede manchado por el apoyo externo de un liberal como Valls, pero los suyos van al grano y le recuerdan que de ella dependen unas 80 personas que se han acostumbrado al sueldo del poder político. En Asturias, Aragón, La Rioja, País Vasco y en parte Valencia, Podemos ya no es pablista. Los dirigentes que llevan tiempo trabajando en la formación, que dan la cara y que organizan las campañas electorales, son objeto del enfado de Irene Montero y Pablo Echenique. La número dos, que ha decidido mantenerse al margen de la campaña de las elecciones autonómicas para no verse afectada por un mal resultado, ahora achaca a las direcciones locales el fracaso.

Malestar sobre malestar, se van juntando las piezas de una alianza cada vez más fuerte contra Iglesias y Montero. Solo queda una carta que jugar: entrar en el ejecutivo y desde ahí afianzar la dirección. Iglesias nunca tuvo un plan B, porque siempre pensó que solo desde el gobierno podía consolidar su figura y el partido. En eso se mantiene, cinco años y ocho meses después de la fundación de Podemos.

Epílogo

RULETA RUSA

Un vez más, la decisión clave se tomó en Galapagar. Son los días inmediatamente posteriores a las elecciones generales del 28 de abril de 2019 y la pareja que lidera el partido morado establece que para su futuro solo queda una vía transitable: la coalición con el PSOE. La suma de escaños de ambos partidos (123 más 42) no alcanza la mayoría absoluta (176), pero confían en la reedición de la mayoría de la moción de censura a Rajoy, es decir, en el apoyo del PNV y la abstención de ERC. «Será coalición o elecciones», asumen tanto Iglesias como Montero. Saben que esta es la única manera que tienen para consolidar su liderazgo en un partido que hace aguas por todos lados, con militantes desmotivados y una sangría de dirigentes. Entre sus más fieles comienza a circular una curiosa expresión para calificar esa estrategia: Operación ruleta rusa.

Uno de los elementos fundamentales de esa estrategia tiene que ver con la lectura psicológica que Iglesias hace de su socio-adversario, Pedro Sánchez. Lo ha visto en acción desde 2015 y 2016, y sabe que el socialista es un político dispuesto a todo con tal de mantenerse en el poder. Durante sus encuentros reservados con Sánchez ha crecido en el líder de Podemos la convicción de que el socialista está acomplejado ante él. Muestra cierta inseguridad cuando se reúnen alrededor de una mesa. Ve que se hace fuerte solo cuando le protegen otros, como Luis Ábalos o el asesor Iván Redondo. Sánchez nunca confía del todo en el equipo de Iglesias, aunque en las primeras reuniones en La Moncloa la delegación del PSOE les muestra con amabilidad la sala del Consejo de Ministros. «Por aquí os sentaréis, si todo va bien», le trasladan. Son días de optimismo en el chalet de Galapar.

Las semanas posteriores a las elecciones generales los dirigentes de Podemos están ocupados con otra campaña electoral. Es la campaña de las autonómicas y municipales. En esos comicios los morados caen en picado. Pierden importantes ciudades, entre ellas Madrid, y bajan en votos en casi todos los sitios. Iglesias cree que el escenario nacional se puede desligar del ámbito local, pero comienza a sorprenderse cuando ve que pasan las semanas y los meses, y Sánchez evita llamarle. Empieza a lanzar campañas en redes y a través de sus portavoces para señalar a Ábalos y Redondo como responsables del bloqueo. En el PSOE hay sectores proclives a llegar a acuerdos con los morados. Estos deben ser su caballo de Troya. Está confiado en que en julio, o

como mucho en septiembre, Sánchez acabará cediendo y ofrecerá una coalición aceptable. Esa es la meta que Iglesias se asigna y en la que lo apuesta todo para tranquilizar también a sus aliados de las confluencias.

Tras unas cuantas campañas victoriosas, Iglesias quiere bajar hacia Roma como César. Jugar a la ruleta rusa para llegar a la coalición se convierte en su río Rubicón. Sabe que ya no puede dar un paso atrás, pero razona que la caída histórica del PP y la tozudez de Rivera en negarse a pactar con Sánchez ofrecen las condiciones para formar a un gobierno de izquierdas. Es ahora o nunca. «Sánchez no puede estar tan loco como para obligar al país a otras elecciones», confía a su círculo. En el partido comienzan las quinielas sobre los ministrables: desde Pablo Echenique, hasta la juez Vicky Rosell, pasando por Gloria Elizo, Julio Rodríguez, el portavoz de Equo, Juan López de Uralde, o el inspector de Hacienda Héctor Illueca. Todos perfiles leales que no hagan sombra a Iglesias.

Iglesias ha consolidado en los últimos años una fe casi ciega en su instinto. La guerra de posiciones que planteaba Errejón y el cálculo frío de las probabilidades en función de las cartas que se poseen son reminiscencias del pasado. Desde hace ya mucho tiempo Iglesias abraza la teoría del todo o nada, jugada basada en estudiar la mirada del adversario, comprender su miedo, anticiparse y atacar cuando menos se lo espera. «El miedo es un operador político crucial», afirma. El Iglesias marxista se va convirtiendo en un político profesional. Las grandes teorías de la conspiración del club Bilderberg, las del uno por ciento de la población mundial contra el restante 99, las de la casta que le habían convertido en el mesías de la España de la segunda Transición se desvanecen. Ahora, está convencido de que en política cuenta más el factor personal. De hecho, él mismo admite su mutación al periodista Enric Juliana: «Tiempo atrás, mi formación marxista me habría hecho despreciar el componente humano a la hora de pensar cosas tan importantes como la política exterior de un país entero. Hoy en día, en cambio, después de haber conocido a algunos líderes políticos personalmente, lo considero un factor explicativo significativo. Antes de entrar en política, nunca hubiera imaginado que la personalidad contara tanto. Los psicoanalistas sonreirán...En efecto, no todo es infraestructura, superestructura e intereses de clase».

En ese terreno, Iglesias cree poder prever las jugadas de Sánchez y sacar provecho de una situación en la que necesita llegar a tener una presencia en el gobierno que no sea testimonial. Desde Andalucía, los anticapitalistas se han hecho fuertes, y le amenazan con apoyar la convocatoria de un Congreso adelantado si Podemos no obtiene importantes cargos ministeriales. La alternativa que plantean es el apoyo programático. Pero Iglesias sabe que adentrarse en ese sendero equivale a gangrenarse como mula del PSOE. No tiene ninguna intención de concluir su trayectoria política con una lenta y agónica muerte. La negociación con el PSOE, sin embargo, no arranca hasta los últimos días. Y para que esto ocurra Iglesias debe emplear toda su estrategia para obligar a Sánchez a que empiece a jugar. Le tiende una trampa muy hábil, en la

que Sánchez y sus asesores caen precisamente por desconocimiento del carácter y la personalidad de su adversario. Un punto para Iglesias.

Esta vez es el tándem Iglesias-Monedero el que descoloca al PSOE. Monedero acude al plató de RTVE en la noche del 16 de julio. Entrevistado en el programa de tertulia nocturna, el profesor universitario, amigo íntimo de Iglesias y fundador de Podemos lanza una serie de duros ataques a Sánchez durante la entrevista de Marc Sala. Monedero describe al candidato socialista como un líder sin espina dorsal, un títere de su asesor Redondo, a quien califica de «una suerte de Rasputín de la mercadotecnia». Es él, dice el dirigente de Podemos a quien muchos en el partido apodan *pitbull de Iglesias*, quien «está dictando los pasos tratando a Sánchez como una marca. Es decir, que ahora mismo Sánchez no es ni presidente del gobierno, ni secretario general del PSOE, ni posible responsable de un gobierno de coalición que pudiera cambiar el rumbo de la UE, sino que es una marca. Y se le trata como tal». Y añade que dirigentes como Adriana Lastra «mienten» y que «el PSOE pacta con Hungría y Polonia». Sánchez y los suyos asisten en directo al *show* de Monedero, y se enfurecen.

Dos días después, el líder socialista acude a la reunión con su ejecutiva federal. Llega aún nervioso por lo que ha oído en la televisión pública. Ese día tiene programada una entrevista en La Sexta, y decide contraatacar. Preguntado por el periodista Antonio García Ferreras, señala a Iglesias como el «escollo principal» para desbloquear la negociación. Iglesias ha logrado que Sánchez caiga en la trampa. Con Monedero han ejecutado algo parecido al timo de la estampita, que ni Sánchez ni sus asesores han visto llegar, por la simple razón de que consideran a Iglesias un político arrogante y, por ello, incapaz de dar un paso al lado. El análisis no es del todo equivocado, por no han calculado el factor humano: que el secretario general de Podemos está cansado y de ninguna manera desea convertirse en un ministro con centenares de papeles sobre la mesa, reuniones aburridas e incómodas decisiones que tomar. La vicepresidencia tampoco le entusiasma. Sería como convertirse en subalterno de Sánchez. En la situación en la que se encuentra Podemos y, con la operación ruleta rusa en marcha, para Iglesias dar un paso al lado no es un gran sacrificio, como adelantó el diario *Vozpópuli*. De hecho, tarda pocas horas en anunciar que, por responsabilidad institucional, cede para desbloquear la situación. El PSOE está obligado ahora a dialogar. La presión mediática es inaguantable. Carmen Calvo habla con Pablo Echenique para fijar una agenda de reuniones. Lo primero que le comunica el portavoz de Podemos es que sin Irene Montero en el gobierno, su partido rechaza cualquier tipo de acercamiento.

Los días siguientes son un vaivén de declaraciones, filtraciones, reuniones en lugares escondidos del Congreso, móviles que suenan y chats que se quedan en silencio. Hasta el desenlace final, con una propuesta que el PSOE formaliza y que consiste en una vicepresidencia social para Montero, y tres ministerios (Sanidad, Vivienda e Igualdad). Alberto Garzón, muy interesado en evitar que se repitan los comicios, rema para que los socialistas no se asusten, y ayudar a favorecer el encuentro. La promesa del Ministerio de Igualdad había sido un logro de Garzón, tras

una comunicación directa con los sherpas del PSOE. Sin embargo, lo que en apariencia es un éxito, para Iglesias se convierte en una desautorización. Quizás algo más: una traición. El orgullo puede con un líder herido. Así que sube la apuesta para demostrar que él puede sacar algo más. El miércoles 24 de julio, pocas horas antes de la segunda votación de la sesión de investidura, después del fracaso de la primera, Iglesias y Sánchez mantienen una conversación telefónica. Sánchez comunica al secretario general de Podemos que esa es su última oferta. Iglesias estalla. Al colgarle el teléfono transmite a los suyos que la negociación está rota. Otra vez comienza el baile de filtraciones, hasta que de repente la situación se reconduce, a la espera de que los morados reflexionen y decidan qué hacer en la votación parlamentaria. A primera hora de la mañana, Echenique anuncia a los suyos que tiene la intuición de que puede exigir más a los socialistas. Iglesias le da luz verde. Pone sobre la mesa la voluntad de los morados de ocupar el ministerio de Trabajo. El PSOE se niega tajantemente a ceder la joya de la corona de un gobierno de izquierdas. De tal manera que Iglesias, en la reunión que celebra minutos antes de entrar en el hemiciclo, comunica al grupo confederal con IU, Galicia En Común, Equo y los Comunes que tendrán que abstenerse. Les dice y repite que tiene la convicción de que será en septiembre cuando Sánchez se avendrá a entregarles lo que piden. Cree haber entendido el farol de su adversario, o quizás piensa gozar de información privilegiada, gracias a su amistad con el expresidente José Luis Rodríguez Zapatero, que trabaja codo con codo con Sánchez y busca en esos meses construir puentes con el mundo del independentismo catalán.

Sea como fuere, en la votación clave del 25 de julio, y por sorpresa, Iglesias pide a Sánchez controlar las políticas activas de empleo (6.000 millones de euros al año que se asignan para los cursos de formación, es decir, fondos estratégicos para controlar a los sindicatos) para desencallar la situación. El PSOE rechaza esa opción, que luego Iglesias dejará entender que recibió vía móvil del propio Zapatero. Al acabar la sesión parlamentaria, los diputados de Unidas Podemos abandonan el hemiciclo visiblemente irritados y cansados. Garzón no esconde su enfado personal. Cree que ha sido un grave error desafiar así a Sánchez, quien por activa y por pasiva había advertido de que solo haría un intento de coalición. También entre los Comunes sobrevuela el miedo a una repetición electoral. Equo les apoya.

El desánimo hace mella rápidamente en el partido. Ya nadie le habla a la cara a Iglesias. El clima de sospechas interno provoca que nadie comparta sus críticas con el resto. Ven que el PSOE no da ningún paso, y cada hora es un ladrillo en el muro de contención a una coalición rojo-morada. Iglesias se reúne una y otra vez con sus aliados: les asegura que no se preocupen, que Sánchez cederá. Pero entre los miembros del partido empieza a cundir el malestar, y se buscan responsables por una decisión que muchos lamentan. Iglesias deja filtrar la información de que había sido Irene Montero, preocupada por tener una vicepresidencia sin recursos e incapaz de hacer políticas de cambio, la responsable del «no» a Sánchez. Otros matizan esta versión, y apuntan al miedo de Montero al «qué dirán», si, ya sentada en el gobierno, la PAH acaba protestando debajo

de su ventana. Un tercer sector morado apunta, sin embargo, a una responsabilidad directa de Iglesias. «Es víctima de su ego» y «ha pecado de arrogancia» son las ideas que circulan entre varios miembros de la formación. Esa versión se enriquece con más detalles: por ejemplo que Irene Montero sí estaba dispuesta a sellar el pacto con el PSOE, deseosa de desempeñar un cargo de gobierno, pero que Iglesias, después de su cesión y con la convicción de que Sánchez iba de farol, la persuadió para que esperara. Emerge la figura de la madre de Iglesias. Es ella quien en las horas previas a la fatídica votación del 25 de julio publica en Twitter un mensaje que para muchos vaticina el caos: «No tenemos nada que perder más que la dignidad. Nuestra dignidad no tiene precio, sus privilegios sí. Por eso creo que el acuerdo será digno o no será. No es la dignidad del Partido, ni la del SG. Es la nuestra, la de 3.700.000 de votantes. Ese es nuestro deber». Esa clave, la de la lucha reparadora de la dignidad ofendida, será el argumento del que Iglesias se valdrá en los meses siguientes para insistir en lograr una coalición con Sánchez. Entre la mujer y la madre, Iglesias se decanta por la opinión materna.

El cotilleo en Podemos alcanza cotas muy elevadas. Algunos aseguran que entre Iglesias y Montero ha habido roces y un puntual alejamiento. Comentan que el líder morado le ha pedido alejarse de los asuntos más prosaicos de la política, y que evite debatir todo el rato sobre tácticas mientras están en casa. Le pide respetar a su asesor Gentili, a quien Iglesias encarga seguir de cerca la negociación. Pero Montero se fía poco del argentino. Del Olmo, su amigo y protegido, no se siente cómodo con él. Y Montero cree que Gentili en realidad rema para que el partido apoye a Sánchez a cambio de nada, movido por el temor a perder su nuevo trabajo madrileño. A estas alturas, para Montero nadie puede flaquear en la búsqueda de la coalición. «Ni siquiera Gentili», dice a los suyos. El argentino, mientras tanto, comienza a mover contactos para un posible regreso a Buenos Aires de la mano de Alberto Fernández, candidato kirchnerista a la presidencia del país latinoamericano, con quien comulga.

En la retaguardia de Podemos todas las sensibilidades favorables a sanear la herida con Sánchez comienzan a barajar una salida de emergencia: se trata de entregar a Sánchez una investidura gratis, es decir, prestar los votos de Podemos a cambio de nada, ni coalición ni pacto programático, con tal de evitar elecciones. El cálculo, que muchos dirigentes de la vieja guardia de Podemos califican de «más inteligente», permitiría a Iglesias ganar tiempo, reubicar el partido en la oposición y azuzar al PSOE cuando fuera necesario. Una vez más se trata de volver a la trinchera. Para sobrevivir políticamente y, seguidamente, trabajar para consolidar el liderazgo de Iglesias y Montero. Además de evitar una confrontación con Errejón, que insiste en la creación de su nuevo partido.

En la cabeza del secretario general vuelve a presentarse una encrucijada. Los más confiados creen que primará el «pragmatismo» del secretario general. O sea, que Iglesias hará de todo para evitar elecciones. Pero el grupo de halcones insiste en que no se puede perder la dignidad. El propio Iglesias intenta hacer llegar a La Moncloa un mensaje para decir que está dispuesto a ceder, pero necesita una vía que le permita salvar la dignidad de su partido. De no ser así, sabe que le espera la muerte política.

Pero Sánchez y los suyos ignoran las apelaciones de quien hace tan solo tres años argumentaba que «PSOE y PP la misma mierda es». El propio Sánchez se lo explica en la última conversación telefónica que los dos líderes mantienen el viernes 13 de septiembre de 2019. Iglesias, que insiste en un planteamiento «generoso», pide a su homólogo del PSOE una actitud parecida. Pero la respuesta que recibe es tajantemente negativa. «Tengo la sensación de que no nos reconocéis lo que representamos para este país», le espeta el líder del PSOE a Iglesias, quien hizo de la renovación su trampolín para conquistar el partido heredero de Carrillo, pero que ahora va camino de estrellarse contra el de Felipe González. Su eterno rival.

El segundo debate de investidura no llegará ni siquiera a producirse. El cálculo de Iglesias de estirar la negociación con Sánchez hasta los últimos compases se demuestra un error, a la vez que el secretario general también se equivoca al creer que Íñigo Errejón teme acelerar la presentación de su nuevo partido, que en los chats internos llaman Más País. Iglesias sabe que desde finales de mayo su viejo amigo mantiene contactos con Equo, Compromís y otros actores. Pero también en ese caso se entrega a su instinto. Manuela Carmena, la exregidora, intérprete de una izquierda buenista, mantiene en vilo a Errejón sobre si entrar a formar parte de una candidatura nacional o no. E Iglesias se agarra a la convicción de que sin ella su viejo aliado y fundador de Podemos no dará el paso. «Yo conozco a Íñigo, tiene miedo» es el resumen de su reflexión. Lo que no sabe es que, en la sombra, Errejón lleva tiempo trabajando para robar los apoyos mediáticos que en su día auparon a Iglesias y Podemos en el asalto a los cielos. El autor de la receta del nacionalpopulismo va estudiando su campaña electoral, con el horizonte puesto en una probable repetición de los comicios el 10 de noviembre de 2019 y un planteamiento pactista con Sánchez. «Nosotros sí sabemos y podemos», dirá en los mítines. Con Carmena o sin ella, está dispuesto a dar el salto nacional. Desea recoger los frutos caídos del árbol morado. «No os preocupéis, que vamos a contraatacar», había prometido a los suyos tras la derrota de Vistalegre II. La venganza es un plato que se sirve frío.

Llegados a este punto, cabe hacer una reflexión sobre el presente y futuro de Podemos. Y la conclusión es que son tres los factores que han marcado y marcarán su descenso: el ego, la pasión y Cataluña.

Cuando Lenin, uno de los referentes de Iglesias, organizó la vía revolucionaria tenía claro cómo debía construirse el partido: una organización armada, con una teoría revolucionaria sólida, centralizada y constituida por «revolucionarios profesionales». Esa estructura, además, tenía que aprovecharse de un periódico capaz de llegar a todos los rincones de la Rusia zarista, para ejercer el papel de organizador colectivo. El poder se toma por asalto, sin miramientos e infundiendo miedo, no convicciones. Esa era la vía soviética para lograr el poder, que Gramsci intentará moldear para un país, como Italia, que aspiraba a convertirse en una democracia representativa de carácter liberal. El italiano propone algo parecido a una larga marcha, hecha de pequeñas conquistas diarias, de ocupación del tablero político a través de un partido capaz de infiltrarse en

todos los resquicios del sistema liberaldemocrático. Para Iglesias, esa vía gramsciana siempre ha representado un trabajo demasiado lento y arduo, que podía acabar con su liderazgo en el largo plazo y que no encajaba con su táctica de un veloz jaque mate al rey.

El ego, es decir, el miedo a que un partido más estructurado pudiera restarle fuerza y rapidez, además de cuotas de poder interno, frenó la conquista del electorado por parte de Podemos. Iglesias, veía cómo las encuestas le señalaban como el líder político menos querido por los españoles. Sufría por ello. Pero ya era tarde para despojarse de las vestimentas de rebelde populista en lucha contra las elites. El personaje, de alguna manera, se comió a la persona e Iglesias, tras varios años interpretando el papel que le había cocido Errejón, estalla. Cansado de la guerra interna, las falsas sonrisas y las filtraciones a los medios, encuentra en Irene Montero algo así como el espíritu más genuino de la protesta. Ella no tiene el conocimiento político de Tania Sánchez ni la habilidad estratégica de Errejón, pero los círculos y las bases aprecian su pasión. Quizás a Iglesias le recuerda los primeros años del activismo, el lado humano de la política. No obstante, es vanidosa y autoritaria. Sobre todo es vengativa y comienza a alejar del secretario general a todos aquellos que considera que le pueden traicionar. El proyecto político se hace más personal, y pierde fuelle. Mientras que la cuestión social deja de tener importancia en la hoja de ruta de la formación, ya enconada en la única labor de garantizar la permanencia de Iglesias y Montero en la cúspide del partido.

Iglesias nunca creyó de verdad en el grueso de sus propuestas sociales. Desde la devolución del dinero prestado a los bancos tras la crisis económica, o la intervención de los precios de la energía, es consciente de la inviabilidad de esas medidas. Asume la práctica populista, pensando que conoce su coste. El cinismo forma parte de esa elección, puesto que se trata de explotar las frustraciones y el sufrimiento de los más débiles en beneficio de un proyecto personal. Pero cree que es un trago necesario para alcanzar el poder, y que desde ahí llegará su expiación. Aunque hacerlo significa alejarse de los que veían en el conocimiento y la verdad la liberación de las masas.

Esos ingredientes se mezclan con otro, gran desencadenante de la crisis de Podemos. Este es el factor humano y su debilidad. A medida que el proyecto de Podemos se va asentando en las instituciones, en el Iglesias político comienzan a manifestarse sus fantasmas. La infancia en Soria, sus orígenes de activista comprometido con la causa de los más desfavorecidos, los valores de la izquierda extraparlamentaria, el sentido de la historia. La receta creada por Errejón del nacionalpopulismo, de la transversalidad, empieza a derretirse. Aquel aspirante de los indignados que declaraba en febrero de 2014 que «en todos los debates que tengo con los *compas*, me preguntan: “Pablo, ¿vas a hablar para la izquierda, o vas a hablar para la gente?” Rubalcaba y Rajoy están encantados de que pensemos así. Porque saben perfectamente que el límite de esto es un 15 por ciento o un 20 por ciento de los votos. Que se dediquen a esto, que hagan sopas de letras, así no pueden ganar. Y yo quiero ganar. No quiero ser el 20 por ciento ni el 15 por ciento. No quiero que mi máxima aspiración política sea arrancarle tres consejerías al maldito partido socialista. No quiero ser una bisagra. Quiero ganar», ha dejado de existir.

El nuevo Pablo Iglesias, cansado de la lucha política, con la voz más tenue y sufrida, que ha reducido su círculo de confianza a pocas personas, muchas de ellas amistades de Irene Montero, y en buena medida incapaces de plantarle cara, busca un refugio. Lo encuentra en el chalet de Galapagar. Concretamente en una urbanización con una casa rodeada de un pequeño muro, lejos de la capital, donde vida y trabajo significan tensión y guerra. Cuando estalla la polémica sobre la compra de ese chalet, Iglesias e Irene Montero van sumando muchos momentos de estrés. El gran muñidor de la moción de censura a Rajoy comienza a aflojar también en el compromiso programático. «Se ha hecho eurocomunista», ironizan algunos dirigentes más veteranos.

Toda la retórica que sirvió para dar el asalto a los cielos se ha secularizado. Lo divino se ha convertido en terrenal. Y la compra de un chalet en las afueras, de por sí elemento residual de lo que debería ser el balance de la trayectoria de un político, se convierte en acto final de una tragedia, que sus protagonistas como mucho temían que acabara en farsa. Ese factor humano, esa búsqueda legítima de una zona de confort para huir de la batalla política, un búnker donde crear una familia y buscar serenidad, aquella misma serenidad que los indignados negaban a la «casta», es ahora un triste espejo de cómo ha envejecido el movimiento. La salida de Vallecas de Iglesias es el epitafio de sí mismo, que en octubre de 2015, durante la primera campaña electoral y tras su primera visita a La Moncloa, él mismo reza sin saberlo: «Son casta los que después de estar en un Parlamento suben al avión de un multimillonario. No lo son los que después de estar en el palacio de La Moncloa, y a mí a lo mejor me toca venir a vivir aquí, aunque me gustaría si es posible seguir viviendo en mi casa, vuelven con su gente, con su barrio, los que siguen llevando una vida que se parece a la de la mayor parte de los españoles, que asumen que el salario de un político no puede ser un insulto a la mayor parte de los ciudadanos que tienen estrecheces. Eso es lo que diferencia a los que hacen política y defienden a su gente, de los que hacen política y son casta».

A medida que el partido pierde capacidad propositiva, Iglesias comprende que el único elemento diferenciador del PSOE es Cataluña. Y en esa voluntad de acercamiento al separatismo, de seducción de la clase dirigente catalana ya rebotada contra Madrid, acaba acercándose a Jaume Roures, el empresario catalán que le asegura una plataforma mediática para difundir de manera más o menos directa su mensaje. Como decía Lenin, sin un periódico controlado por el partido, no se hace la revolución. Iglesias, que desde el comienzo había buscado su canal de televisión, lo logra con La Sexta. Y si el precio que hay que pagar es asumir entre sus valores el referéndum separatista en Cataluña, considera que es aceptable. La vanidad y la sed de poder se imponen.

En Cataluña, Iglesias encuentra su Waterloo. Comprende que la disyuntiva independencia-unionismo es para los morados un terreno de batalla muy complicado. Pero Bescansa, una de las expertas demoscópicas de Podemos, advierte de que cada vez que Iglesias habla de referéndum y autodeterminación, el partido pierde puntos. Es un

goteo constante porque durante todo el bienio amarillo (2017-2018) el líder de los morados abraza la teoría de la equidistancia de Ada Colau. Acabará incluso ofreciendo liderar la lista de Barcelona a Jaume Asens, además de amigo personal de Iglesias, es quien aconsejó a Toni Comín huir de la justicia española para sumarse a la fuga de Carles Puigdemont después del 1 de octubre de 2017, según publicó Gonzalo Boye, abogado del expresidente de la Generalitat en su libro *Y ahí lo dejo. Crónica de un proceso*. El dirigente de Podemos llegó incluso a presentarle a este abogado chileno condenado por colaborar en el secuestro de un empresario a manos de ETA.

A los ojos de muchos votantes de Podemos, después de cinco años de construcción de un partido personalista, la suma ya no es positiva. Además, el «partido del cambio» no solo no se ha envuelto en la bandera española, como hubiera podido hacer, y ahora posiblemente estaríamos escribiendo otra historia, sino que se ha colgado en la solapa un pin amarillo. La brújula del joven líder que entusiasmó a una generación de treintañeros frustrados por la crisis y deseosos de gritarle al sistema «qué hay de lo mío» se ha averiado. Su electorado, posmoderno como él o desencantado con las promesas populistas, comienza a formar sus propias familias. Regresa a casa. La noche ha sido divertida, pero el compromiso acaba con los primeros rayos de sol.

Agradecimientos

Este libro ha sido escrito en tres países y dos continentes, pero ha visto la luz sobre todo gracias a la colaboración de decenas de personas, que han aportado puntos de vista, información, reflexión y también crítica. De todos ellos, el principal agradecimiento es para Emilia, que ha entendido el potencial de esta historia y ha confiado en su autor, buscando el mérito, sin más afán que la difusión de algo valioso. Un gesto tan poco habitual que quiero decirle que eso es lo que diferencia a las personas con talento de los mediocres. También agradezco al equipo de La Esfera de los Libros, Ymelda, Carmen y Mónica, cuyos consejos han sido clave para crear un hilo narrativo que espero resulte novedoso y entretenido al lector.

En cuanto a cada línea que componen este volumen, ha sido esencial la aportación de personas que han trabajado, militado u orbitado alrededor de Podemos y que por razones de confidencialidad prefiero no nombrar. A todos ellos les quiero comunicar que he apreciado su pasión a la hora de hablar de política y su generosidad en dar su punto de vista. Algunos sé que afrontan momentos difíciles, pero saben mejor que yo que solo avanzan los que tropiezan, caen y vuelven a levantarse. También hay amigos que no militan en Podemos, pero que han seguido de cerca su periplo. La ayuda de todas esas fuentes ha sido fundamental para desentrañar las zonas más escondidas del partido que miró al 15-M y aspiró a dar voz a los abandonados de la crisis. Además, un grupo de personas muy querido ha mostrado siempre hacia mí una confianza que no voy a olvidar. Saben Laura, Núria, Josep María, Víctor, Joan, Arcadi, Leyre, Óscar, Pepe, Vicente, Javier, Tomás, Jorge, Juan, Jesús, Michela, José Luis, José Manuel, Antonio, Rafa, Sergio, Cayetana, Abdón, Blanca, Juan Antonio, Paco, Pedro, Nacho, Javi, Beth and Keith, Álvaro y María, que hacia ellos va un profundo agradecimiento y un abrazo por todo su cariño.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Luca Costantini, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9164-707-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.